

La
decisión
de *Alba*

Cristin Ferro

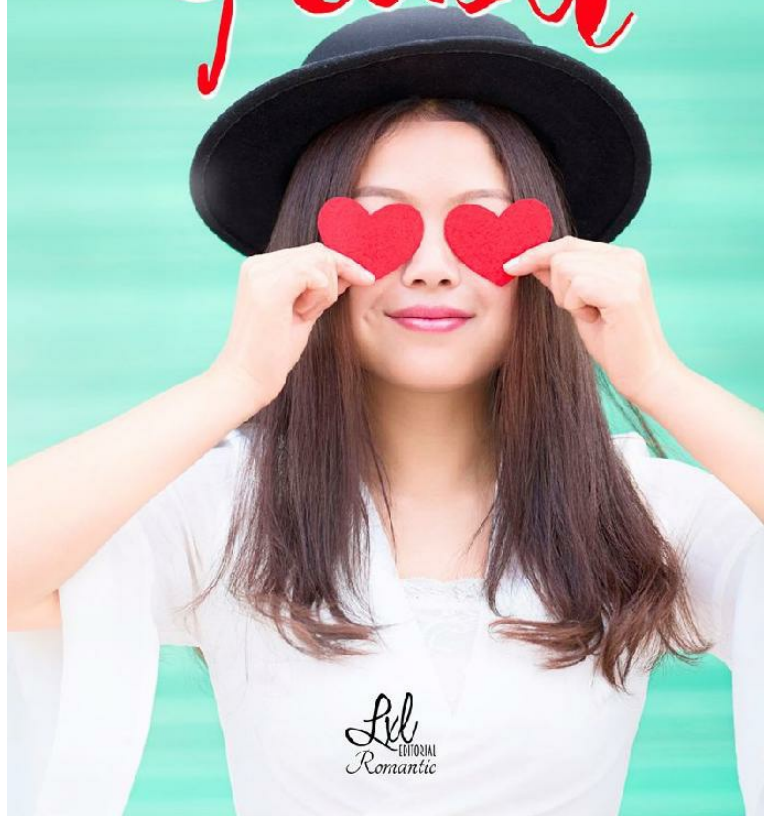
Serie **Más que amigos** Vol.3



Lel
EDITORIAL
Romantic

Cristin Ferro

La
decisión
de **Alba**



Lil
ENTORZAL
Romantic

La decisión de Alba

La decisión de Alba
Serie Más que amigos vol.3
Cristin Ferro



1.^a edición: Febrero 2018

Copyright

© Cristin Ferro 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN:978-84-17160-74-6

Serie Más que amigos 978-84-17160-76-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*Para todos los que han leído las dos
primeras partes de la serie.
Es un placer saber que alguien lee las
locuras que yo escribo.*

Agradecimientos

Alba ha sido una guerrera, me ha puesto las cosas muy difíciles desde que empecé a escribir su historia, hace más de un año, y me ha hecho sufrir hasta el final. Por ello, agradezco a todos los que me han animado a acabarla, en especial a Vane y Lali, que eran las que más insistían, de no haber sido por la presión, creo que no lo habría escrito, mal que me pese.

También doy las gracias a mis cero, por haberme ayudado a pulir la historia y hacerme reír con sus observaciones. No necesitáis que diga nombres, ya sabéis que va por vosotras. Sois las mejores.

Agradezco a mis amigos en la distancia, en especial a Suso y Yeyo, porque se lo debo y porque en esta historia, donde dos hombres luchan por una mujer, creo que ellos pueden verse reflejados en más de una situación.

Agradezco a las chicas del Cunqueiro, Sesi y Nati, por los malos ratos que pasamos juntas y por la fortaleza que demostraron, la vida es un poco cabrona y nosotras podemos dar fe de ello. Gracias por estar ahí, en ese momento fuisteis un apoyo para mí y no lo olvido.

Gracias a LXL Editorial, de nuevo, por confiar en mí y en mi último libro. De no haber sido por su oportunidad, nunca me habría atrevido a publicar.

Y, sobre todo, gracias a ti que me estás leyendo.

Índice

Prólogo	13
Vivir	17
Valencia	27
Día a día	33
El vecino	44
Pareja	49
El jardín	54
Nosotros	60
Médicos	66
Apuesta	76
Amigos	83
Almudena	93
Confesiones	99
Recuerdos	106
Papá	114
Madrid	125
Tiempo	132
Verdad	139
Mi realidad	145
Hablemos	151
Revelaciones	156
Borrón	161
Cuenta nueva	168
Paz mental	174
Paz espiritual	180
Resarcirse	186
Aclararse	191
Decidir	196
Fútbol	203
Mi turno	210
No me lo creo	216
Epílogo	221

Prólogo

—¡Dios! Esto duele... ¡Joder! ¿Qué coño haces, tío? Saca tus zarpas de mi pie si no quieres que te las arranque.

Los malos modos del futbolista lesionado estaban empezando a cansar al pobre médico que lo atendía. Llevaban media hora de partido cuando una patada y la posterior mala caída acabaron con el delantero del Atlético de Madrid tirado en el césped.

Los futbolistas, el médico del equipo y demás ocupantes del Wanda Metropolitano estaban en silencio a la espera de lo que podría significar perder el partido más importante del año. Se enfrentaban a su eterno rival, el Real Madrid, todos querían ganar, pero sin su estrella, que yacía en el césped agarrándose una pierna y gritando como un loco, sabían que estaba complicado.

—¡Espabila, hombre! Tengo que volver a jugar, mis compañeros me necesitan. Echa ese *spray* que hace milagros y lárgate.

La mirada seria que recibió tras sus palabras, acompañada del movimiento negativo con la cabeza, le dejó claro que eso no iba a pasar. El médico del equipo hizo una seña y los paramédicos entraron en el campo con una especie de camilla motorizada, donde con un gran esfuerzo lograron colocar al jugador, que no dejaba de blasfemar por el dolor e insultar a todo aquel que se acercaba. Contrariados por el bochornoso espectáculo, lo llevaron a los vestuarios para revisarlo mejor, aunque el diagnóstico lo tenían bastante claro. El que prometía ser el mejor jugador del equipo ese año, se había roto el tobillo y estaría fuera de circulación por meses.

Cuando lo subieron a la ambulancia y lo trasladaron a la clínica para hacerle unas placas, el jugador tuvo claro que ahí se había acabado su gran temporada. A falta de un mes para acabar la Liga y con un tobillo roto, lo tenía muy difícil para volver a pisar el césped pronto.

El viaje en ambulancia se les hizo eterno tanto al médico que lo acompañaba, y por descontado lo aguantaba, como al jugador. Los gritos que este emitía en cada bache que la ambulancia cogía hicieron un calvario los míseros quince minutos de traslado, proporcionando a todos los presentes una buena razón para odiar a la estrella de tan hinchado ego y tan poca educación.

Las pruebas solo hicieron confirmar el diagnóstico del doctor Ferrer, el médico del equipo. Se había roto el tobillo y le iban a entablillar el pie y media pierna para que no moviese la articulación lesionada. Un mes como mínimo de inmovilización, mes que ya se le hacía eterno y aún no lo había ni empezado.

Rezongando abandonó la clínica en una silla de ruedas, tendría que acostumbrarse a las muletas porque eso de ir sentado a todas partes no le estaba gustando. En el exterior lo esperaban los periodistas, de mala gana les respondió a alguna pregunta, pero siempre pendiente de llegar al coche que lo sacaría de ahí. Lo único que David Rojas quería en ese momento era llegar a su casa y poder pensar en qué dedicar los próximos meses, porque desde luego que a ver pasar las horas sentado, no estaba dispuesto.

Lucas entró decidido en la clínica veterinaria Animals. La oferta de trabajo que había visto en el periódico lo había remitido a esa dirección. Él nunca había pensado acabar siendo un simple ayudante, siempre había querido montar su propio negocio y llegar a ser alguien en la vida. Al acabar la carrera descubrió que las cosas no eran tan sencillas como él pensaba. Que para poder cumplir su sueño antes habría de tener experiencia, unos clientes que lo conocieran y unos ahorros muy necesarios. Tres cosas de las que carecía y tres grandes razones para acudir a la entrevista que podría aportárselas.

Decidido a lograr ese trabajo, se paró frente al mostrador de la recepción, detrás había una mujer guapa próxima a los cincuenta, la cual parecía estar a cargo del negocio. Carraspeó y los ojos marrones de la mujer se clavaron en él.

—Buenos días, vengo por el anuncio de trabajo.

—Buenos días. ¿Traes el currículum?

Lucas asintió, rebuscó en la carpeta que llevaba y sacó lo que la mujer le había pedido. Le tendió el documento y esta lo dejó sobre el mostrador como si no fuera importante.

—¿Quieres trabajar?

—Por supuesto, de otra forma, no habría venido.

La mujer lo miró de arriba abajo y asintió. Estaba saturada de trabajo desde que su anterior empleada se fue y todos los candidatos al puesto que acudían al local, lo hacían para que les sellase los papeles del paro, nadie tenía la más mínima intención de quedarse a trabajar.

—¿Podrías empezar ya? Sería un contrato de prueba, si lo superas revisaríamos en su momento el siguiente.

—Sí, muchas gracias.

Lucas, sonriente, miró a la señora a la espera de más datos, esta frunció el ceño y le señaló una puerta al fondo, dejando al joven contrariado pero con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿A qué esperas? Ve a cambiarte que hay mucho lío. Ponte la bata blanca, ya buscaré después tu uniforme.

El joven, obediente, corrió a los vestuarios a ponerse la bata y así empezar en el que sería su nuevo trabajo.

Capítulo 1

Vivir

Voy caminado por la calle hacia mi casa, ese piso recién comprado donde vivo con mi madre desde hace unos meses. ¿Quién me iba a decir a mí que, tras varios años de independencia, volvería a vivir con ella? Suspiro y acelero el paso, seguro que ya está la comida sobre la mesa y ella esperándome ansiosa para comer. Desde que nos mudamos a Madrid, tras meses de interminables tratamientos y el fatal desenlace que siguió, mamá no me deja ni respirar.

Yo adoro a mi madre, tanto como quería a mi padre... Suspiro y me trago las lágrimas. Como cada vez que pienso en él, no puedo evitar recordar lo mal que lo pasamos, sobre todo él, con tantos tratamientos inútiles. Desde un principio nos dijeron que la enfermedad estaba muy avanzada y que poco se podía hacer, pero lo intentamos. Luchamos como jabatos y logramos unos meses más de vida. Le robamos esos días a la enfermedad y no me arrepiento de haber estado allí, de luchar, aunque hayamos perdido.

El día que murió papá empecé mi campaña «abandonar Valencia». Estar allí solas nos ponía tristes a las dos. Tras una semana de insistir, hora tras hora, logré que hiciéramos las maletas, cerrásemos la casa y nos subiéramos a un tren con destino Madrid.

Al principio nos costó acostumbrarnos, pero tras muchas vueltas encontramos un piso de tres habitaciones que nos encantó. Está a unos trescientos metros de la casa de Almudena, esa que ahora comparte con Álvaro. Si me hubieran dicho hace un año que mis amigas estarían casadas o embarazadas no me lo hubiera creído, pero a los hechos me remito.

Vicky se casó hace tres días, ahora mismo está de luna de miel en el Caribe, disfrutando de su intrépido Alex. Fue una ceremonia muy romántica, en el aire se podía notar que los novios se adoraban. Suspiro al recordarlo y apuro el paso, tanto pensar y quedarme mirando al cielo hará que llegue tarde a casa y me toque dar explicaciones.

Sin poder evitarlo mis pensamientos van a Almudena. No puedo evitar esa

sonrisa que se dibuja en mi cara al recordar el chillido que mi teléfono retransmitió cuando se enteró de que estaba embarazada. Pobre Vicky..., a ella incluso la zarandeó. Aunque no pude ver la cara de bobo que puso Álvaro me conformo con verlo ahora, cada vez que aparece mi amiga al serio señor Cuesta se le pone una carita de tonto enamorado que ni loca creí llegar a ver. Está todo el rato acariciando su barriga, deslizando la mano por la zona donde el hijo de ambos crece día a día.

Sin resuello llego al portal de mi casa, abro la puerta y el majestuoso hall lleno de espejos me da la bienvenida. El portero me saluda desde su mostrador y yo le sonrío. Es un señor mayor, ronda los setenta años, trabaja porque dice que en casa se aburre.

Apurada, pulso el botón de mi piso y vuelvo a perderme en mis pensamientos. Fran y Miguel están viviendo juntos, llevan apenas unos días y se los ve tan felices que hasta llegan a incomodarme. No es que sea mala persona o que no me guste ver felices a mis amigos, es solo que aún no estoy preparada para ver tanto amor y alegría. La muerte de mi padre está muy reciente y lo ocurrido con el innombrable también. Aunque la presencia de Lucas hace mi vida mucho más fácil, no he podido superar el pasado por más que lo he intentado.

Llego a la puerta de mi casa y ni tiempo me da a sacar la llave del bolso; mi madre ya la ha abierto. Le sonrío por compromiso y entro en nuestro hogar. Tal y como predije la comida está esperándome y mi madre me apura para que me siente. Me lavo las manos y obedezco como la buena niña que me enseñaron a ser.

Mientras como, hablo con mi madre de mi mañana en el trabajo. La mujer que me ha cuidado desde que tengo uso de razón es la mejor madre que me podría haber tocado. Soy adoptada y ella siempre me dejó claro que no podría haber tenido una hija mejor que yo. Para que os hagáis una idea, mi madre es rubia y de ojos azules. Mide un metro setenta y se conserva muy bien, para ello va al gimnasio y hace yoga a diario. Siempre ha sido una mujer que llama la atención por donde pasa, a sus cuarenta y nueve años todavía levanta pasiones, que se lo pregunten al portero de las noches...

Para contrastar con mi madre yo soy morena y tengo los ojos negros. Su pelo es rizado y el mío liso como una tabla. Mido casi un metro sesenta, y digo casi porque me faltan dos centímetros nada más. Si esto no es suficiente para mostrar las diferencias entre madre e hija, el hecho de que mi ascendencia

genética sea china, si lo será. Mis rasgos son orientales, tengo los ojos rasgados y la piel muy blanca, y esta es la única cosa que mamá y yo tenemos en común, ambas somos muy blanquitas.

La comida está buenísima y la conversación es muy amena, pero el deber me llama. Salgo casi corriendo de casa y paro un taxi en la calle, tanto pensar en las musarañas va a hacer que llegue tarde al trabajo. En la universidad, donde conocí a los que son hoy por hoy mis mejores amigos, estudié Veterinaria. Quería ser médico, pero no me veía curando a personas, siempre me han encantado los animales y por esa razón por ellos me decanté. Al acabar la carrera hice las prácticas en un laboratorio donde lo único que me mandaban era echar de comer a los animales y vigilar que estuviesen bien. No me gustó esa etapa de mi vida porque descubrí lo que hacen las farmacéuticas con los pobrecitos, me prometí a mí misma que nunca más estaría del lado de los que maltratan a los animales y lo he cumplido.

Después de acabar las eternas prácticas entré de voluntaria en la perrera, aunque era algo mejor tampoco era lo que me esperaba. Resignada, abandoné y me dediqué a buscar clínicas que necesitaran ayudantes. Encontré una, se llamaba Animals, y allí trabajaba antes de abandonar todo y volverme a Valencia. Cuando me fui, Laura, que es mi jefa, me dijo que si algún día quería recuperar mi trabajo solo tenía que pasarme por allí. Sobra decir que a día de hoy vuelvo a trabajar en Animals y que me encanta mi trabajo.

El taxi me deja en la puerta de la clínica y tras abonar la carrera entro sonriendo a trabajar. Tras el mostrador está Lucas, el chico que contrataron para sustituirme, que se está colocando bien el uniforme. Es un hombre rubio de ojos verdes, muy guapo, que no deja a nadie indiferente. Hemos salido alguna vez, me acompañó a la boda de mi amiga y está a mi lado siempre que lo necesito. Podría decirse que somos amigos en proceso de ser amigos con derechos, me consta que él lo está deseando.

Le saludo con la mano y corro hacia los vestuarios. Apurada, me cambio mis vaqueros entallados y mi jersey largo por el uniforme, que consta de un pantalón y una camiseta verde como las de los médicos. El de Lucas es azul porque él es un ayudante, yo, como veterinaria que ejerce su profesión, tengo el verde. Sonriendo, salgo del vestuario hacia la oficina donde Laura me espera para asignar las tareas de la tarde.

Mi jefa está sentada en su gran silla con la mirada fija en el ordenador. Es una mujer de unos cuarenta años, de cabello negro y corto al estilo chico.

Tiene los rasgos suaves y los ojos marrones. Cuando me mira me transmite mucha tranquilidad, es una mujer muy calmada que nunca se toma las cosas a mal, y eso se refleja en su mirada. Nos ponemos de acuerdo en el trabajo y cada una se va a cumplir sus obligaciones.

Desde hace unos días hay un perro ingresado en la clínica que me resulta muy conocido. El nombre me recuerda a un fantasma de mi pasado al cual ni un pensamiento quiero dedicar. A última hora reviso que Thor esté cómodo, le cambio el agua del cuenco por otra fresca y le rasco detrás de las orejas. El pastor alemán no reacciona, no sé si porque me reconoce, aunque prefiero pensar que no, o simplemente porque las medicinas lo tienen en un estado de adormecimiento permanente. Le limpio la herida de la operación que tiene en la panza y tras una última caricia me voy hacia los vestuarios.

El día se ha acabado y con él mis energías. Guardo en una bolsa el uniforme para lavar y con mi ropa ya puesta salgo hacia la recepción de la clínica. Cuando estoy acabando para salir, una voz llegada de mi pasado me congela. Me arrimo a la pared del pasillo para no caerme y, negando, voy intentando retroceder para que no me vea.

—¿Qué demonios hace él aquí?! Ya casi estoy entrando en los vestuarios cuando Laura me llama:

—¡Alba! Está aquí el dueño de Thor.

—¡Lo sabía! Era demasiada casualidad que Thor se pareciese tanto al Thor que yo tantas veces acaricié en Valencia. Resignada, salgo de mi escondite, alzo la cabeza y camino hasta el mostrador, o lo intento. Lucas se ha quedado en el vestuario, acabando de cambiarse el uniforme, y es por esa razón que no presencia la escena que está por venir.

—¿Alba? ¿Qué haces tú aquí? Pensaba que seguías en Valencia.

—No voy a explicarte nada de mi vida personal. Si quieres ver a Thor sígueme, si no..., quédate ahí.

Me doy la vuelta fingiendo una fortaleza que no tengo y camino hacia donde el perro de David reposa. Él está tan confundido como yo, supongo que no esperaba verme. Noto la mirada curiosa de mi jefa clavada en mi espalda, sé que voy a tener que dar explicaciones por tratar así a un cliente, sobre todo a uno famoso, pero me es imposible ser amable con quien no se lo merece. El sonido de los pasos apurados de David tras de mí hace que me tense y camine más rápido. Me detengo al lado de la jaula de Thor y de reojo me fijo en que ya camina perfectamente, ha pasado mucho tiempo y es normal.

—Está reaccionando bien al tratamiento, la intervención ha salido perfecta y por ahora evoluciona favorablemente. No ha comido mucho, pero es normal, pues aún tiene el suero puesto. Está siendo un buen paciente, no como otros que yo me sé...

Las últimas palabras se me escapan sin que pueda evitarlo y me sonrojo de vergüenza. No puedo dejar que el resentimiento me afecte, estoy en mi puesto de trabajo y debo ser más profesional.

—¿Qué has dicho? La parte final no la he entendido, has susurrado más que hablado.

—He dicho que está bien y que pronto, si sigue evolucionando así, podrás llevarle a casa.

—Ah, ¡¡genial!!

No le doy tiempo a que hable más, ya he cumplido con mi deber y me dispongo a abandonar la sala. Camino hacia la puerta, pero una mano sobre mi brazo me detiene. Me estremezco por los recuerdos que ese contacto me trae y miro al dueño de la mano.

—¡Suéltame! —Tiro de mi brazo y él me deja ir—. No vuelvas a tocarme en tu vida.

Salgo apresurada de la sala y David me sigue. Noto su presencia detrás de mí y no me detengo. Por ganas me echaría a correr, pero mi cordura me recuerda que no es una buena idea hacer una escena en el trabajo.

—Detente, Alba, no vuelvas a huir de mi... ¡Alba!

Me detengo en seco al escuchar su grito y él impacta contra mi cuerpo. Me agarra de los brazos para que no me caiga y me gira para mirarme a la cara. Alzo la cabeza para poder ver sus ojos, esos ojos que me encantan y me recuerdan al chocolate fundido. Por Dios..., suspiro al volver a comprobar lo guapo que es. Es un hombre muy alto y a mi lado casi parece un gigante. Su metro ochenta y cinco me hacen parecer una enana.

—¿Qué es lo que quieres? Tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Ya lo dijo todo la rubia que tenías en tu cama y la forma en que me ayudaste cuando más te necesitaba.

—No es lo que piensas...

Lo interrumpo echando chispas por los ojos. ¿Por qué no es lo suficientemente hombre para admitir que dejó a la fisioterapeuta que le hacía la rehabilitación en la pierna que le rehabilitase otra cosa? Si lo hizo, que tenga lo que hay que tener para admitirlo.

—¡Tú no sabes lo que pienso! Y deja de tratarme como si fuera tonta. —Lo miro ofuscada y retrocede—. El futbolista famoso que dice ser otro tipo de persona y, al final, resulta ser exactamente el tipo que la prensa retrata.

—Alba...

—Ni Alba ni leches. —Cojo aire y trato de tranquilizarme—. Si querías hablar has tenido meses para hacerlo, ahora ya es demasiado tarde.

No soy una mujer que se enfade fácilmente, pero es recordar aquella fatídica mañana y todo mi cuerpo arde de rabia. Por norma general soy la más tranquila de las mujeres, la calma en la tempestad que son mis amigas. No me gusta alzar la voz y creo que todo se resuelve hablando, todo menos las traiciones, claro...

—No me respondes el teléfono, ¿cómo pretendes hablar así?

—He cambiado de número por asuntos personales —me sonrojo al tener que darle la razón, su ceja alzada tampoco ayuda mucho con mis mejillas acaloradas—, y no tienen nada que ver contigo.

Si mi madre se entera de que estoy mintiendo como una bellaca, es capaz de llevarme a la iglesia a que su amigo el padre Andrés me confiese. Me remuevo para soltar mis brazos de su agarre y lo logro. Me aparto de él y le miro con gesto sombrío.

—Para lo que te interesa sabes cómo encontrar a la gente, haberte esforzado un poco más. Estaba en la casa de al lado. Y para tu información, tú te largaste de Valencia antes que yo, sin despedirte...

Una lágrima traidora corre por mi cara al recordar los días en el hospital. Los últimos días de mi padre, la pena por saber que lo estaba perdiendo me invaden y con ella el sabor amargo de la traición de David. Carraspeo y disimuladamente me limpio los ojos.

—Yo no me largué de Valencia, me fui a cumplir con mis obligaciones de trabajo.

—Puedes llamarlo como mejor te parezca, no hay nada más que hablar. Ahora yo soy la veterinaria que está tratando a Thor, nada más que eso.

—Eso lo veremos...

La mirada de David me sigue en mi camino hacia el mostrador que separa la tienda de la clínica, salgo apurada a la calle y allí está Lucas que me mira confuso. Se ha cambiado de ropa y me está esperando. Es nuestra rutina, al salir nos vamos a tomar algo al bar de al lado, así desconectamos del trabajo y nos relajamos antes de irnos a casa. Me acerco a él y lo abrazo, me abraza y

me guía hacia el bar de al lado.

Lucas me conduce, entre sus brazos, hasta nuestra mesa de todos los días, nos sentamos y él pide por los dos. Me sorprende al ver lo que el camarero deja delante de mí, le busco con la mirada y él me sonrío.

—Te va a sentar bien y hará que el color vuelva a tu cara, estás muy pálida, Alba.

Asiento y agarro el vaso con hielo y una bebida ambarina, que supongo es *whisky*. Doy un sorbo y me estremezco. Está asqueroso.

—Por todos los perros pulgosos del mundo, ¿qué es esto?

La risa de Lucas me hace sonreír y siento que el mal rato ha quedado atrás. Noto que se muere por preguntar qué me pasa y rezo interiormente para que su curiosidad me dé una tregua, siquiera hasta mañana. Necesito reponer fuerzas y recuperarme de este encuentro inesperado. Gracias a Dios Lucas se limita a charlar sobre trabajo. Me sorprende que haya dejado los comentarios subidos de tono y todas esas insinuaciones sobre nosotros de lado, como si temiera que me fueran a parecer mal o algo por el estilo.

Pasada media hora los dos nos levantamos y caminamos hacia la salida del bar. En la acera me mira y yo a él. ¡Es guapo como pocos! Esos rizos rubios y esos ojos verdes son una combinación letal. Sé, por haberlo visto sin camiseta en el vestuario y en el viaje a Santiago, que está muy bien de cuerpo y que sus músculos están bien definidos. No es muy alto, no llega al metro ochenta, pero a mi lado sí lo es.

¡Ojalá mi corazón dejara de latir por el maldito futbolista traidor!

Me encantaría poder intentarlo con Lucas, él hace méritos cada día para que le dé una oportunidad y yo... ¿Por qué no?

Tengo que dejar de pensar en quien no lo merece. Sí... Es lo mejor. Olvidar a David y darle esa oportunidad que tanto me pide a Lucas. Decidido, lo voy a intentar..., que sea lo que tenga que ser.

Me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios, suave, me separo y le sonrío. Sé que quiere más y sé también que no lo va a pedir. Nos despedimos y cada uno se va a su casa, sumido en sus pensamientos. En el taxi mi cabeza me lleva de nuevo al pasado, a esos momentos que me esfuerzo por olvidar y que a mi mente le gusta recordar.

Capítulo 2

Valencia

Recordando...

Me acomodo en el asiento que me corresponde y miro alrededor. A mi derecha están mis padres, que intentan sonreír, pero yo sé que la cosa no está para muchas risas. Suspiro y pego mi cara al cristal. Mis amigas están pasando un buen momento en sus vidas y me alegro por ellas. Vicky está como loca por su relación con su desconocido, no tan desconocido, y Almudena, aunque lo niega, perdidamente enamorada de su dominante amigo con derechos. Si hace un año me hubieran dicho que estaríamos en esta situación ni loca me lo habría creído. Fran ha estado muy pendiente de mi estado emocional, dice que me nota triste... ¿Tan mal disimulo? Aunque claro, el hecho de haber dejado de quedar con ellos y estar siempre con mi familia es un gran aliciente para su desconfianza.

Vuelvo a suspirar y pierdo mi mirada en el árido paisaje que el tren va surcando. El diagnóstico del especialista que vio a mi padre fue muy claro, nada podemos hacer para curarlo, solo aprovechar el tiempo que le queda. Por ese motivo me encuentro hoy en el tren con destino Valencia y acompañada de mis padres. Hemos decidido regresar a casa y que papá disfrute de sus últimos meses en el hogar que él ayudó a construir. Volver al pueblo, a mi antiguo barrio y con mis vecinos de toda la vida me reconforta. Sé que ellos quieren a mi padre y que en cuanto sepan lo que ocurre estarán ahí para ayudarnos a que disfrute de lo que le resta de vida.

Los derroteros que toma mi mente no me gustan y por ello cierro los ojos. No puedo pensar en la cercanía de ese día o me derrumbaré. Mi padre siempre me ha consentido mucho, como dice mi madre soy su ojito derecho y me encanta serlo. Pensar que eso cambiará en poco tiempo me entristece. Aprieto los párpados y los abro de nuevo para volver a perderme en el paisaje, en el cual no me fijo, pero finjo que sí.

Llegamos a Valencia y tras recoger el equipaje salimos de la estación. Buscamos un taxi y en el más absoluto silencio nos encaminamos hacia Port

Saplaya. Hacia el paseo marítimo, más exactamente a la calle Ronda del Port. Cuando el taxi se para delante de casa, mis padres se apuran a recoger el equipaje y adentrarlo a la vivienda. Yo, como si llevase años sin venir, doy una vuelta sobre mí misma y recorro con la mirada la calle en donde jugaba de niña, así como el cielo despejado y la arena limpia de la playa. Inspiro el olor del mar, que me da fuerzas, y camino hacia el interior.

Nuestra casa es un chalet adosado con vistas al mar. Tiene tres pisos y está decorada en un estilo muy clásico. Cuando superé la mayoría de edad mi padre me asignó la tercera planta toda para mí. Es un apartamento independiente dentro del hogar familiar. Hicimos reformas y el resultado me encantó, aunque mi posterior mudanza a Madrid me impidió disfrutarlo como se merecía. Subo las escaleras sumida en mis recuerdos de cuando era niña y todo en la vida era fácil. Salir a jugar con mis vecinos al acabar los deberes o a la playa en verano... Suspiro y dejo los dulces recuerdos a un lado.

Al llegar al tercer piso me planto una sonrisa en la cara y voy al encuentro de mis padres. Mi madre está deshaciendo mis maletas sin dejar de parlotear y mi padre la observa sentado en la cama. La escena hogareña me hace sonreír, sin ser ellos conscientes los observo desde la puerta, me apoyo en el marco y solo los miro.

—¡Alba, hija, ven a ayudarme!

La voz de mi madre me saca de ese estado de ensoñación en el que estaba sumida. Camino hacia ellos y entre risas arreglamos el equipaje. El día pasa rápido y cuando me doy cuenta estoy metida en mi cama. Cojo mi móvil y busco el grupo de WhatsApp de mis amigos, seguro que les gustará saber que todo está bien por aquí.

ALBA:

Hola. Todo bien en el viaje.

Ya estoy instalada.

ALMU:

Holaaaa, por fin, pensaba que te habías perdido, ¿todo OK?

FRAN:

Alba, quiero reporte diario de tu estado o me presento en tu casa.

ALBA:

Tranquilos, chicos, todo bien.
Gracias por todo.

VICKY:

¿Gracias? Como mínimo invita a tu casa.

Nos merecemos unas vacaciones.

ALBA:

Podéis venir cuando queráis,
mi casa está siempre disponible para mis hermanos.

VICKY:

Tomo nota, chicos,
a planear una visita a la costa Valenciana.

FRAN:

Un finde te caemos por ahí seguro, estate preparada.

Me paso un buen rato hablando con mis amigos que siempre me sacan una sonrisa por más mal que esté. Cuando se hace tarde, nos despedimos, con muchos mensajes de ánimo para mí y todos nos vamos a dormir. Yo doy vueltas y más vueltas en la cama. Mañana empiezan las visitas al médico, planear los posibles tratamientos y miles de detalles para los que no me siento preparada. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. Resoplo, saco todo pensamiento de mi mente, y hasta cuento ovejas, logrando, en algún momento, quedarme dormida.

La luz de la mañana se cuele por mi ventana haciéndome abrir los ojos. Recuerdo dónde me encuentro y por qué estoy aquí, rápida, me levanto y me voy al armario. Para liberar tensión me pongo mi chándal y me calzo mis zapatillas de deporte, decidida, salgo a la calle iPod en mano. Nada me relaja tanto como correr por la playa. Tras una hora escuchando música y corriendo regreso a casa.

Mi madre me espera con mi desayuno preparado, le doy un beso y devoro las tostadas que me coloca delante. Me tomo un zumo de naranja y un café bien cargado. Estos sucesos tan cotidianos me recuerdan la felicidad que siempre me ha rodeado en mi hogar. Charlamos mientras como, sin entrar en ningún tema importante, al acabar subo a mi cuarto y me doy una ducha más que necesaria. Al vestirme y maquillarme bajo a donde mis padres me esperan y en el coche de papá nos vamos al hospital.

Mis días se han convertido en un lío de batas blancas, medicinas y olor a desinfectante. Por más que quiero ser optimista no lo logro. Llevo un mes en Valencia, un mes en el que a mi padre le han puesto una sesión de quimioterapia que lo ha dejado postrado en una cama por una semana. El doctor dice que con dos más será suficiente, pero no sé si compensa tanto sufrimiento para alargar la vida unos pocos meses.

El pesimismo ha invadido mi mente y no soy capaz de evitarlo. Yo siempre

he sido una persona alegre que plantaba cara a la vida con una gran sonrisa, pero ya no..., ahora no puedo. Estamos en abril y la primavera hace que todo se vea más verde y lleno de vida. Cada día salgo a correr y cada día regreso con la sensación de que algo importante va a suceder y no estoy preparada para ello.

Hoy ha pasado algo, noto mucho movimiento en la casa de los Rojas. Desde que David se fue a cumplir sus sueños de ser el futbolista estrella de algún equipo no he vuelto a saber de él. Ver tanto ir y venir en su casa me tiene confundida.

Cuando era niña vivía enamorada de mi vecino, como todas las adolescentes del barrio, porque David estaba muy bueno y aún lo está. Era cuatro años mayor que yo, pero como nuestros padres eran muy amigos nos veíamos mucho. Él salía a correr todos los días y hacía mucho ejercicio, de ahí esos músculos que, cuando íbamos a la playa, no dudaba en lucir como un pavo abriendo su cola multicolor. Siempre iba por ahí presumiendo y ligándose a cuanta chica se cruzaba en su camino. Ligándose a todas menos a mí... El muy imbécil nunca miró a su lado, yo era su amiga y nunca cruzó esa línea.

Resoplo al ver los derroteros que toma mi mente y camino hacia la puerta. Mi ropa de deporte está húmeda de sudar y no quiero coger frío. Cuando estoy a punto de entrar veo salir apurada a Gloria. Confundida al verla tan alterada la llamo.

—¡Señora Gloria! ¿Se encuentra bien? —La pobre mujer está llorando, busca a quien le habla y al verme se limpia las lágrimas.

—Es David... Se... se ha lesionado... No sabemos bien qué... le ha pasado, pero... parece grave.

Sus lágrimas, sollozos y continuo ir y venir, no hacen más que alterarme. Decidida a ocultarme en casa respondo mientras camino hacia la puerta:

—Oh, lo lamento..., si necesita ayuda no dude en decírmelo.

Me despido de la madre de David y, nerviosa, entro en mi casa. Me voy a mi piso, me quito la ropa y me meto en la ducha. Mis pensamientos traidores regresan al que fue mi amor de juventud. ¿Estará bien? Siempre fue un poco llorón, seguramente no ha sido nada... Me obligo a apartar mis pensamientos del futbolista y voy a donde mis padres. Hoy de nuevo toca médico y eso debe ser lo más importante para mí.

Capítulo 3

Día a día

Thor sigue ingresado en la clínica, por petición mía se encargará Laura de él y de hablar con su dueño. No quiero volver a encontrarme con el fantasma de mi pasado. Hoy es viernes y he quedado con Lucas, vamos a salir a cenar y de fiesta. Tengo intención de acabar la noche de la forma que no me permití acabarla en la boda de Vicky. Por más que me repetía a mí misma que lo haría, a la hora de la verdad no pude. Lucas es un amor, pero no quiero utilizarlo, el día que estemos juntos será porque es lo que los dos queremos y no porque yo esté intentando borrar las caricias de otro de mi piel.

Estoy preparada, con un vestido muy corto rojo, unos tacones de aguja negros y un abrigo del mismo color, esperando a que Lucas aparezca mientras le doy los últimos retoques al maquillaje. Suena el timbre y salgo casi corriendo, estoy algo nerviosa por lo que pueda suceder hoy. Me despido de mi madre y bajo a buscar a Lucas. Al salir del edificio me lo encuentro apoyado en la pared mirando los coches pasar por la calle. Está distraído y eso me deja tiempo para observarle. Está muy *sexy* con esos vaqueros negros ajustados y la camisa blanca con los tres primeros botones abiertos. Lleva una chaqueta de piel que le da un toque canalla, que lo hace aún más deseable.

¿Por qué no puedo enamorarme de este hombre? Si es un bombón, además de la mejor persona que conozco, dejando de lado a mis amigos, claro. Suspiro y eso le alerta de mi presencia, sonriendo se acerca a mí y me da un tierno beso en los labios.

—Estás preciosa, como siempre.

—Eres un adulator...

Los dos nos reímos, me ofrece su brazo y yo me agarro de él confiada. Sé que Lucas nunca me hará daño. Caminamos la corta distancia que nos separa del restaurante charlando sin parar. Las anécdotas de la reciente boda de mis amigos son tema recurrente. Las locuras que se hacen al beber de más siempre quedan en la retina de los que, como Lucas, no se exceden con el alcohol.

En la entrada una chica muy amable nos pide los datos de la reserva y nos

guía a nuestra mesa. Ya acomodados y tras pedir la cena, miro a Lucas. Sus ojos brillan como esmeraldas esta noche. Se le ve emocionado porque esta cena fue idea mía y no suya, como todas las anteriores. Incluso él fue quien se ofreció a acompañarme a la boda, con la condición de que no lo tomaría como lo que no era. Aún recuerdo el mal rato que pasé cuando la bruja de Vicky me dio su ramo, en ese momento creí morirme. Menos mal que Lucas supo sacar hierro a la situación y acabamos todos disfrutando como si nada hubiese pasado.

—¿A dónde te has ido?

La voz de Lucas me saca de mi divagación. Le sonrío y me aparto para que el camarero pueda colocar el plato con mi cena delante de mí.

—Estaba recordando la boda de Vicky, el momento del ramo...

Lucas se echa a reír y yo me río con él. Nadie sabe relajarme como él, quizá alguien sí sabía, pero ese alguien ya no forma parte de mi vida y me niego a que me fastidie mi momento. Me centro en Lucas y en lo que me está diciendo.

—Nunca voy a olvidar tu cara de susto. Estabas tan pálida que pensé que te ibas a desmayar.

—Ni me lo recuerdes, menudo detalle el de mi amiga... —hago una mueca y los dos acabamos riendo de nuevo.

—¿Cuándo regresan?

—El fin de semana próximo. He estado hablando con Fran y Almu, vamos a hacerles una fiesta sorpresa, ¿te apuntas?

—Pues claro, tus amigos son la caña. En la boda me di cuenta de que os queréis mucho. Me alegra que me permitieras acompañarte en ese momento tan feliz para ti.

—Más me alegra a mí que lo hicieras, fue un placer disfrutar de tu compañía. Si hasta me ha encantado saber que no roncas.

Los dos nos reímos en cuanto lo digo. Lucas solo ronca al estar tumbado sobre su espalda, al darle un pequeño empujón se mueve y ya está. Lo malo es que mi empujón fue algo brusco...

—Menudo porrazo me metí por tu culpa. ¿Quién iba a decir que una mujer tan pequeña tendría tanta fuerza? —Se frota la parte de la frente donde se golpeó y sonrío.

—No había forma de que te movieras, te di pequeños empujones, patadas e incluso bofetadas. Eres como un muerto mientras duermes, no había manera.

Los dos reímos de nuevo, tanto reír está atrayendo las miradas de la gente que nos rodea y a nosotros nos da igual. Estamos felices, yo lo intento al menos, y nadie me va a estropear estos momentos.

—¡Claro! Y como no me movía me empujaste hasta tirarme de la cama. Si la querías toda para ti sola, ¡haberlo dicho!

—Si te lo dije, pero no querías dormir en el suelo.

Le saco la lengua y ambos continuamos recordando anécdotas que nos hacen reír durante toda la cena. Cuando reservamos el hotel para la boda, pedimos una habitación con dos camas, al llegar allí nos dijeron que no les quedaban y nos tocó dormir juntos. Fue una experiencia de lo más inesperada, pero muy divertida. Un hombre que no invade mi espacio personal durante la noche es un ser extraño, o eso creo. Nunca me he quedado a dormir con ninguno de los hombres con los que me he acostado. Y para uno con el que he dormido, no hemos hecho nada. Soy una contradicción andante.

Al finalizar la divertida cena, salimos cogidos de la mano rumbo a un *pub* cercano en el que celebran una fiesta. Al parecer unos amigos de Lucas le han avisado y para allí nos vamos. Al entrar en el local me quedo estupefacta, nunca lo había visto y he pasado por delante miles de veces. Es un local reformado, con lámparas de estilo barroco y papel con motivos de la misma inclinación artística. Es un lugar precioso y estoy segura que lo visitaré en adelante. El MOON es una coctelería, con mesas altas y música a todo volumen. Un *pub* diferente para bailar y disfrutar. Hoy es la inauguración y por esa razón Lucas me ha traído.

Sonriendo, agarro su mano y le arrastro a una de las mesas libres, tomamos asiento y, espontánea, le doy un beso en los labios. Su cara de sorpresa me hace sonreír y cuando voy a besarle de nuevo, nos interrumpe el camarero. Pedimos un *gin-tonic* para él y un *Cosmopolitan* para mí. Miro alrededor y cuando centro de nuevo la mirada en Lucas, está saludando efusivamente a dos hombres.

—Alba, estos son Luis y Pablo, mis amigos y los dueños de este local. — Se acercan a mí para saludarme.

—¡Enhorabuena! Es un lugar precioso. La próxima vez traeré a mis amigos.

Primero uno y después otro, me dan dos besos efusivos y bromean sobre su amigo. Poco después regresan a su lugar tras la barra y prosiguen con su trabajo. El local está casi lleno y hará falta toda la ayuda posible.

—¿Bailamos?

No le respondo, dejo la copa sobre la mesa y me levanto. Le guiño un ojo y camino hacia la pista de baile. Lucas me sigue riéndose y los dos empezamos a movernos al ritmo de Enrique Iglesias y su canción, «Duele el corazón». Sintonizados, empezamos a mover lentamente nuestros cuerpos y poco a poco vamos ganando velocidad. Los dos cantamos, yo grito durante el estribillo y disfruto de esta canción que me hace sentirme bien, una canción con la que ambos nos identificamos, aunque estoy segura de que yo más que Lucas.

—Con él te duele el corazón y conmigo te duelen los pies.

La voz de Lucas en mi oreja me hace estremecer, más que nada por la realidad que sus palabras tienen implícita. Sin saber cómo acabo pegada a Lucas y en las partes lentas nos mecemos acompasados. Nuestros cuerpos encajan y disfrutamos como niños de este momento de felicidad. Al finalizar esta canción enlazamos con otra y otra, solo nos detenemos para ir a beber, refrescarnos y reponer fuerzas.

Pasadas tres horas los dos salimos del local, achispados pero conscientes de lo que hacemos. Sonrientes, caminamos hacia una parada de taxis que nos llevará a nuestro destino.

El coche se detiene delante de un edificio enorme, que no es el mío. Bajamos, pagamos al taxista y, tras Lucas, entro en el vestíbulo. Me siento bien con lo que va a ocurrir, quizá sea un acto precipitado, pero ya es hora de olvidar el pasado y disfrutar de mi futuro. Al entrar en el ascensor Lucas se aproxima a mí, se inclina y con su nariz acaricia la piel de mi cuello.

—¿Estás segura? No es necesario que hagas algo para lo que no estás preparada, yo te espero lo que haga falta, muñeca.

No digo nada, no tengo nada que decir. Con su dulzura siempre quiebra mis defensas y me hace pensar que él es mi destino, que nada ni nadie más importa. Que tengo que superar lo pasado y centrarme en él. Asiento y mi cabello cubre su cara, que sigue oculta en el hueco de mi cuello. Noto cómo besa el lugar donde mi pulso late y se separa en el momento en que las puertas se abren. Juntos salimos al pasillo y de ahí hasta la entrada de su piso. Me sonrío y mete la llave en la cerradura, abre y los dos entramos en su casa.

Me quedo en la puerta mirando todo lo que me rodea, hay una pequeña sala y una cocina unida a ella por una barra. Más alejadas se ven cuatro puertas, las que supongo son su dormitorio y cuarto de baño, y los de su compañero de piso. Hace tiempo Lucas me dijo que vive con un amigo. Agarra mi mano y me

guía hasta la puerta más alejada, abre y tras entrar cierra. El contraste del salón en tonos neutros y sin objetos personales, y el dormitorio en colores fuertes y lleno de fotos me hace sonreír. Este es el dormitorio del hombre que yo conozco. Curiosa, recorro las múltiples imágenes con la mirada y me detengo en una de los dos que nos sacaron el día de la boda.

Me acerco y la cojo, estoy distraída mirando la imagen cuando los brazos de Lucas me rodean. Me apoyo en su cuerpo e inclino el cuello para darle acceso. Él, obediente, besa mi piel y sopla sobre el lugar que acaba de humedecer.

—No sabía que habías guardado un recuerdo de ese día.

—Tengo más —besa de nuevo mi cuello y ronroneo de placer—, pero en ninguna sales tan cerca de mí como en esa.

Me ruborizo al escucharle, no suelo ponerme colorada, pero es una situación que lo merece. Por un lado estamos recordando cuando nos pidieron un beso durante la boda y tras insistir e insistir acabamos por ceder, nos besamos y ahí está el beso plasmado en una foto. Por el otro, Lucas no deja de besar mi cuello haciendo que mi piel se erice. Desde el encuentro desafortunado con el innombrable no he estado con nadie y lo necesito.

Dejo el marco sobre la estantería en la que lo he cogido y me giro para mirar los ojos más bonitos del mundo. Lucas tiene una mirada que me transmite todo lo que siente, unos ojos verdes como la hierba, salpicados con chispas doradas que me encantan. Decidida, subo un brazo por su pecho y cuelo mis dedos entre sus rizos dorados, agarro su nuca y le acerco a mí. Nuestros labios se encuentran y los dos disfrutamos de la ternura del momento. Poco a poco profundiza el beso, me acerca más a su cuerpo y nos va llevando hacia la cama. Al sentir el colchón contra mis pantorrillas me separo de él y le sonrío. Coloca el pulgar sobre mis labios, a la vez que agarra mi mentón y los acaricia con ternura.

—Me encantas, Alba, no quiero que te arrepientas de esto y que lo que tenemos se vaya al traste. No quiero perderte.

—Shhh... Eso no va a pasar. Ámame, Lucas. Solo ámame.

No dice nada más. No hay necesidad de hablar. Yo sé que él está enamorado de mí, me lo dijo en la boda de Vicky, y me lo ha demostrado miles de veces. Quizá sea un poco egoísta de mi parte, pero necesito que alguien me quiera, que me demuestren que soy importante y no una más, y sé que, como él, no lo va a hacer nadie.

Sus dedos atrapan la cremallera de mi vestido y la bajan lentamente, despacio, retira la tela que cubre mi cuerpo que cae al suelo formando un círculo rojo a mis pies. Ante él me encuentro solo con mis bragas y mis zapatos de tacón. Su mirada recorre mi cuerpo con ardor y me estremezco. Al sentir sus manos en mi espalda, acercándose a él y sus labios de nuevo tomar los míos, todo pensamiento racional se pierde.

Cuelo mis manos entre nuestros cuerpos y voy abriendo los botones de su camisa, cada uno que saco de su ojal me deja ver más de ese torso perfecto. Está marcado de forma sutil y deliciosa. Sus abdominales son duros y ligeramente definidos. Deseando sentir su piel, deslizo mi mano por su torso y desciendo hasta sus pantalones. Por unos eternos segundos me peleo con el botón de sus vaqueros y salgo triunfadora de dicha batalla. Me agacho y arrastro los pantalones conmigo, dejándole solo con sus bóxers.

Lo miro embelesada, cierto que ya le había visto en la boda, pero no me había deleitado de forma tan descarada como ahora. Sonrío y con un dedo recorro desde su mano hasta su hombro, desciendo por su ombligo y me encuentro la tela que me estorba. Con sonrisa de pilla se lo arranco y lo dejo como Dios lo trajo al mundo.

Tengo que tragar saliva al verle, ya intuía que iba a ser imponente, pero nunca imaginé que tanto. Me muerdo el labio, temerosa de lo que me pueda hacer con eso y le miro. Su sonrisa me deja claro que a él no le preocupa su tamaño. Aunque claro... ¡A él nadie va a meterle nada!

Lucas nota mi nerviosismo, por lo que me eleva y, con cuidado, me tumba sobre la cama. Retira el zapato de mi pie derecho y deja un sendero de besos desde este hasta mi muslo. Se separa y repite la operación con el otro pie, suspiro y él aprovecha el momento de debilidad para agarrar los laterales de mi ropa interior y arrastrarla fuera de mi cuerpo.

Así nos quedamos los dos, callados y devorándonos con la mirada. Sus ojos recorren mi piel con deseo y algo más, un cúmulo de sentimientos que no quiero descifrar para evitar sentirme mal y destrozar el momento. Intento que mis pensamientos no se reflejen en mi actuación, por lo que entreabro las piernas y su mirada se torna totalmente lujuriosa. Sonrío y permanezco así, quieta, dejando que esos ojos que tanto me gustan me devoren.

La cama se hunde con su peso cuando pasa a la acción y deja de mirarme. Sus manos recorren mi piel, avariciosas, pero siempre con ternura. Cada caricia es un recordatorio de lo que siente, cada beso la exposición de su alma

y yo, egoísta, lo quiero todo. Sus manos empiezan a recorrer mis muslos y me abren más las piernas, situación que Lucas aprovecha para colocarse entre ellas y rozar nuestros sexos. Suspiro al sentirle y él vuelve a asaltar mi boca. Sus codiciosas manos están ahora degustando mis pechos, rozando mis pezones y haciéndome estremecer. Siento que si no hace algo pronto voy a explotar.

Ajeno a todo, Lucas desciende de mi boca a mi pecho regando mi piel con sus besos. Atrapa un pezón entre sus labios, lo chupa y lo lame hasta arrancarme un gemido, momento en el que cambia al otro pecho y repite la operación.

Sin poder evitarlo gimo y arqueo mi cuerpo en busca de un mayor contacto, en busca de ese toque que necesito para culminar. La sonrisa del hombre que está sobre mi cuerpo me indica que sabe lo que quiero y que no va a dármelo, aún no. Como si nada ocurriese, continúa atormentando mis pezones, minutos después sustituye sus labios por sus manos y con delicadeza amasa mis doloridos pechos. Su boca desciende hasta mi ombligo, donde traza círculos con la lengua, deslizándose dentro y fuera de él.

Me remuevo inquieta y Lucas apoya su mandíbula cerca de mi pubis, me mira y se relame. Yo me estremezco al intuir lo que viene y, como esperaba, traza un camino de besos descendiente desde mi ombligo hasta mis sensibles labios inferiores. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y yo no estuviera ansiosa por sentirle bien dentro de mi cuerpo, se dedica a esquivar la zona que más placer me da y solo besa y lame mis ingles y muslos. Resoplo desesperada ya y enredo mis manos en su pelo. Tiro de él para que suba y nuestras narices chocan. Su mirada es más verde que nunca, sus labios me parecen más jugosos y es por eso que los atrapo entre mis dientes, tiro de ellos y meto la lengua en su boca para degustar el sabor de la pasión.

Acelerados, nos besamos y acariciamos, disfrutamos del contacto piel con piel. Desesperada por sentirle meneo mis caderas y siento cómo la punta de su erección pelea por entrar en mí, pero él no se lo permite.

—Lo necesito, Lucas, te necesito...

—Joder, muñeca..., si me lo pides así, lo tendrás. Nada deseo más que sentirte, que meterme en tu interior y arrastrarte a miles de orgasmos conmigo.

Sus palabras me han subido la temperatura más si es posible. Gimo insatisfecha y Lucas se aparta, ágil, coge su pantalón y de su cartera quita un paquete plateado, lo abre y se enfunda el miembro en un tiempo récord. Al

verlo venir abro las piernas y lo recibo ansiosa.

Para dejar claro que él es quien marca el ritmo se coloca entre mis piernas, pero no se introduce en mí, vuelve a recorrer mi cuerpo y a besarme con ardor. Desesperada por sentirle me arquero y busco el contacto. Separa nuestras bocas y coloca la frente sobre la mía, me mira a los ojos al mismo tiempo que se adentra en mi cuerpo. Despacio va empujando y yo siento cómo mis paredes se dilatan, se ensanchan para dar cabida al hombre que me reclama.

Sin apartar la mirada de la mía empieza a retirarse con la misma lentitud, así lo repite varias veces, su gemido me advierte de que las cosas van a cambiar y su susurro me lo confirma:

—Ya estoy dentro del todo, muñeca, prepárate para volar.

Sus palabras las acompaña de una acometida que me hace gritar, lentamente se retira y vuelve a clavarse en mí con firmeza. Mis gemidos se acompañan con sus embestidas, las cuales se van acelerando a medida que la penetración se hace más fácil. Lucas alza una mano y entrelaza sus dedos con los míos, con la otra agarra mi cadera y nos arrastra a los dos de forma que ahora la que está encima soy yo.

Apoyo mis manos en su pecho y afianzo la posición sobre mis rodillas. Con ojos golosos recorro su cuerpo y empiezo a mover mis caderas lentamente, haciéndole sufrir y desear más. Las manos de Lucas se colocan en mis muslos, acariciando mi piel mientras yo lo cabalgo cada vez más rápido. Juntos nos movemos arrasados por la pasión y locos de placer.

Siento cómo el final se aproxima y de nuevo me hace rodar. Mirándome a los ojos, me deja claro que ahora es él quien domina la situación. Sus embestidas tienen un ritmo descontrolado y los dos gemimos desbocados, sus manos agarran las mías y por inercia cierro los ojos al sentirme cerca del clímax.

—Abre los ojos, Alba, mírame. —Su tono de voz me sorprende, parece molesto.

En seguida los abro y nuestras miradas se anclan mientras los dos alcanzamos el máximo placer. No sé qué ha pasado por su mente en ese momento, pero seguro que lo averiguaré.

Capítulo 4

El vecino

Soñando también se recuerda...

Mayo ha empezado y con él llega la segunda sesión de quimioterapia de papá. Salimos hacia el hospital los tres sin ser conscientes del revuelo que hay organizado a la puerta de la casa de al lado. Solo cuando quiero salir con el coche entiendo qué son periodistas a la caza de alguna foto o alguna declaración.

¡A saber qué habrá hecho este hombre ahora!

Toco el claxon y de mala gana se apartan para que pueda salir. No dedico más tiempo a pensar en eso, mi padre es lo único que importa ahora y, decidida, pongo rumbo al hospital.

Tras ocho horas en oncología, en las cuales le han hecho análisis y le han puesto el tratamiento, regresamos a casa. Para mi disgusto los periodistas continúan ahí. Vuelvo a tocar el claxon y acelero para que salgan de en medio, nunca he sido agresiva ni lo pretendo, pero en este momento mi padre necesita descansar y un puñado de fotógrafos y entrevistadores no lo van a impedir.

Una vez instalado papá en la cama y con mi madre cerca por si él llama, salgo a la calle a averiguar qué está pasando. Me acerco a los periodistas, que no apartan la mirada de la casa contigua a la mía, y sonriente pregunto:

—¿Qué os trae por aquí? En este barrio poca cosa sucede digna de contar

El hombre me mira de reojo y al verme planta una sonrisa en su cara. Desconfiada doy un paso atrás, ¡a saber qué se le ha ocurrido a este!

—¿Vive en esa casa? —Señala la casa de mis padres y yo asiento—. ¿Conoce a David Rojas?

—Esto..., lo conocía cuando éramos niños, hoy por hoy no tenemos ningún contacto.

Su mirada especuladora me da un poco de miedo, pero no lo demuestro. Planto mi eterna sonrisa en mi cara, esa que cada vez me cuesta más sacar, y espero.

—Se ha encerrado ahí —señala la casa de al lado de donde yo vivo— y se

niega a dar declaraciones.

Intento disimular mi sorpresa y asiento, mi mente va por libre y no deja de preguntarse mil cosas. ¿David está en Valencia? ¿Qué hace aquí? ¿Estará bien? ¿No es aún temporada de fútbol?

—Si lo conoces podrías ir y preguntar cómo está, te lo agradecería, y si me traes una buena exclusiva incluso podría pagarte.

Las palabras del periodista me sacan de mi mutismo. ¿De verdad acaba de proponerme que sea su espía? Pero qué mal está la gente...

—Creo que te has confundido de persona, no me interesa el fútbol y menos aún ser una espía. —Con mi orgullo haciendo acto de presencia me doy la vuelta y regreso al interior de mi casa—. ¡Adiós!

El periodista se encoge de hombros y regresa a su posición de vigilancia. Dudo mucho que si David está ahí vaya a salir por esa puerta. Aunque claro..., los periodistas no saben que su casa tiene otra salida que da a un pequeño jardín que comparte con la mía. Sonrío casi segura de que él se escapará por ahí y voy hacia allí sin siquiera pararme a pensar qué estoy haciendo.

Para mi sorpresa, no está, aunque parece que alguien ha estado aquí recientemente. Recojo unas botellas de agua vacías que hay en el suelo y me las llevo al interior de la casa para tirarlas a la basura. Cuando vuelvo a salir, sumida en mis pensamientos, me encuentro a un muy enfadado David discutiendo con su madre.

—Esto..., ¡perdón! No quería molestar.

La discusión se detiene y dos pares de ojos se vuelven hacia mí. Levanto una mano y saludo algo cortada. La mirada del futbolista me recorre de arriba abajo y lo noto. Sus ojos se deslizan por mi pequeño cuerpo y yo hago lo mismo con él. Han pasado casi diez años desde la última vez que le vi en persona, pero sigue igual de guapo. Sus brazos musculosos se marcan en la ceñida camiseta, así como sus pectorales, abdominales y demás músculos que no sé nombrar, pero en él se perciben. Trago saliva y bajo la mirada, me parece ver algo blanco en una pierna y lo busco.

¡Ay, Dios!

—¿Qué te ha pasado? Madre mía..., no sabía que estabas mal, ¡¡siéntate!!

Corriendo, me acerco a ellos y ayudo a Gloria a que su hijo se siente. Él nos mira mal a las dos y resopla indignado. Parece que no le ha gustado mi reacción.

—¡¡Estoy bien!! Ya vale, mamá, ¡déjame!, y tú, Renacuaja, no te tomes tantas confianzas.

—Serás...

Me incorporo consciente del rubor que cubre mis mejillas y lo fulmino con la mirada. El muy desgraciado me ha reconocido y me ha vuelto a llamar por ese estúpido mote que me puso cuando era una niña. Sin decir nada más camino enfadada hacia mi casa. Y yo preocupándome por él, me está bien empleado. Para otra me guardo mi preocupación para alguien que se la merezca.

—No te enfades, Renacuaja. Sabes que te lo digo con cariño.

Me detengo en la puerta y le miro sobre mi hombro. Su sonrisa me hace estremecer, el muy capullo sigue alterando mis hormonas y eso no me gusta. Alzo un poco más la cabeza y con el ruido de mis tacones como testigo entro en mi casa. No me detengo hasta llegar a mi cuarto, me dejo caer sobre la cama y agarro la almohada, me la coloco sobre la cara y suelto un grito:

—¡Estúpido!

—¿Estás bien, hija?

La voz de mi madre me hace reaccionar, suelto la almohada y me siento en la cama. Ella me mira desde el pasillo, parece confundida y procedo a explicarle el porqué de tanto periodista. Al llegar a la parte de mi encuentro con David, me ahorro el detalle de que me sigue alterando las hormonas, le explico lo de mi mote y estalla en carcajadas. Por lo visto a la única que no le hace gracia es a mí.

—No le veo la gracia, mamá.

—Hija..., siempre os habéis llevado bien y ese mote te lo puso cuando no medias más de un metro. No se lo tomes a mal.

Resoplo, pero lo dejo estar. No voy a conseguir que me dé la razón, ella siempre lo va a ver como al chico perfecto, el vecino cariñoso al que adora. Lo quiere como al sobrino que no tuvo y de poco va a servir lo que yo diga. Sonriendo, se va y me deja sola con mis pensamientos, con mis lujuriosos pensamientos...

¿Cómo puede estar mejor que antes? Se supone que los años no deberían sentarle tan bien. Me dejo caer en la cama de nuevo y cierro los ojos. La imagen del David de hace diez años y la de ahora se fusionan en mi cabeza. Una sensación de acaloramiento me recorre y me dan ganas de abanicarme. No puede ser que con solo pensar en ese... hombre, me den estos sofocos. Agarro

de nuevo la almohada y me la coloco sobre la cara, esta vez para ocultar el sonrojo que estoy segura decora mis mejillas.

Unos ojos chocolate, con unas pequeñas arruguitas que los bordean aparecen de la nada y se quedan fijos en mi cabeza. Un poco más abajo una nariz patricia y unos labios finos pero definidos hacen su aparición. Suspiro al entender que mi cabeza también está en mi contra y estoy visualizando al maldito futbolista.

La barba de tres días y su pelo castaño claro completan la imagen de esa cara que tantas veces vi en la prensa rosa y que tantas veces ignoré. A él le gusta ser el centro de atención y yo lo odio. Por eso corté nuestra relación cuando se fue, por eso y para intentar olvidarle... Estaba decidido a ser un futbolista famoso y lo ha conseguido, de eso no hay duda. Pero de lo que tampoco hay duda es de la fama de mujeriego que tiene. En los diez años que llevo sin verle no ha tenido una mujer que le aguantara más de un mes, por algo será...

Enfadada conmigo misma por lo que mi mente piensa y yo no quiero, bajo a ver cómo está papá. Esta es su segunda sesión de quimioterapia, todavía le queda otra, pero tras ver los efectos de la primera miedo me da lo que pase esta vez.

Capítulo 5

Pareja

Me despierto abrazada a Lucas, su pecho bajo mi mejilla y mi brazo sobre su cintura. Él rodea mi cuerpo con uno de sus fuertes brazos y duerme como un angelito. Me lo quedo mirando y suspiro. Durante la noche he soñado con el fantasma, ahora que tengo delante a Lucas es imposible no compararles. Con el innombrable nunca estuve así, fue un aquí te pillo aquí te mato y cada uno a su casa. Si bien es cierto que de él poco más se puede esperar, las ilusiones de una mujer enamorada no admiten réplicas, solo dejarse llevar y afrontar las consecuencias.

Me quedo quieta sobre el pecho cálido de Lucas, me dejo abrazar por él y disfruto de estos momentos que nunca antes me había permitido con nadie. Su mano cobra vida y acaricia mi espalda desnuda bajo las sábanas. Suspiro y él deja un beso sobre mi cabello.

—Buenos días, muñeca, ¿has dormido bien?

Me aprieto más contra su cuerpo y suspiro, no quiero que este instante se rompa y volvamos a la realidad. No quiero culparme por haber disfrutado de este momento sin sentir lo mismo que él. Yo no quiero hacer daño a Lucas, ni ahora ni nunca. Él no se lo merece.

—Buenos días. He dormido genial, pero no me quiero levantar. ¿Podemos quedarnos así?

—Todo el tiempo que tú quieras. —En ese momento me gruñen las tripas y Lucas se ríe. Me abraza con un poco más de fuerza y susurra:

—O el que tu estómago nos permita.

Los dos nos reímos y la tensión del momento se va. Somos amigos, nos conocemos a la perfección y nada va a estropear eso. Me apoyo sobre un brazo para incorporarme y mirarle. Su pelo está más revuelto que nunca y le da un toque desenfadado, con esa sonrisa de niño bueno y esos ojos intensos...

Me relamo sin darme cuenta y sus ojos siguen, golosos, mi lengua. Le sonrío y me inclino sobre él para besarle, los buenos días nunca habían sido tan dulces.

—Es mejor que pares, Alba, o no respondo.

Las manos de Lucas se apartan de mi cuerpo y yo me río. Es un hombre diferente, de eso no hay duda, antepone mi hambre a la suya, que es mucho más carnal, es algo a lo que no estoy acostumbrada.

—Desayunamos y después hacemos algo con eso.

Señalo la erección que las mantas no consiguen disimular y me levanto de la cama. Agarro su camisa, que está tirada en el suelo y espero a que él reaccione mientras me la pongo. No pasa mucho tiempo hasta que se levanta y coge un pantalón de chándal de su armario, se lo pone y vamos juntos a la cocina.

Al salir de su dormitorio me quedo congelada, en la barra de la cocina hay un chico que me mira con curiosidad, es joven y muy parecido a Lucas. Hasta podrían pasar por hermanos...

—Alba, te presento a mi compañero de piso, Mikel, que es también mi primo.

—Encantada... —ya decía yo que se parecían.

Tímida por la poca ropa que cubre mi cuerpo le saludo con la mano y me escondo ligeramente detrás de Lucas, que no deja de sonreír.

—Primo, veo que has tenido éxito esta noche, ya era hora de que mojaras, hombre, de tanto ir detrás de la tía esa ibas a acabar con las pelotas azul...

Lucas fulmina con la mirada a su primo y yo me sonrojo al saberme la tía esa, muerta de curiosidad por ver cómo acaba la frase le tiendo mi mano al chico, que ahora parece abochornado.

—La tía esa que... ¿qué? ¿Con qué ibas a acabar la frase? Estoy deseando saber qué mal le iba a hacer yo a Lucas.

Me cruzo de brazos seria, o fingiéndome seria, más bien, en cualquier momento estallaré en carcajadas y mi pose perderá toda credibilidad. A mi lado, Lucas nos mira a ambos y se encoge de hombros como diciendo, tú la has cagado, solucióvalo.

—Yo..., lo siento, no pensé que fueras tú... —Parece verdaderamente arrepentido y me cuesta mantener la pose de chica molesta.

—Aunque no lo fuera, no es forma de recibir a ninguna mujer, aprende modales de tu primo, que buena falta te hacen.

Aguantando las ganas de reírme por su cara de circunstancia, me apoyo en la encimera y veo a Lucas preparar el desayuno para los dos. Este hombre es una caja de sorpresas, si hasta cocina.

—Lo siento, primo, no quería ofender a tu chica.

Lucas alza la mirada y yo me quedo estática a la espera. No sé qué decir, si admitir o negar eso será un problema. Sus ojos buscan los míos y respira más tranquilo al ver que no he salido corriendo.

—Ella sabe cómo defenderse, ya lo has comprobado.

Sonrío y vuelvo a mirar cómo Lucas mueve ese cuerpo que Dios le ha dado mientras cocina vestido únicamente con los pantalones que marcan su trasero de una forma deliciosa. Coloca dos tazas llenas de café, tostadas y magdalenas en un plato y se sienta a mi lado para desayunar. Al pasar a mi lado para ello, me da un beso en la mejilla y yo siento mi piel erizarse. Puede que mis sentimientos estén con el innombrable, pero mi cuerpo, mi piel y mis hormonas le hacen una ola a Lucas.

—¿Todo bien, primo? ¿Dónde está la chica de esta noche?

—No he traído a nadie hoy, no me apetecía.

Los dos nos miramos y estallamos en carcajadas, al fin la tensión se dispersa y, vacilando al pobre chico que no encontró con quien pasar la noche, desayunamos.

Con intención de vestirme entro en el dormitorio de Lucas, agarro mi ropa, me dirijo al cuarto de baño y la coloco sobre el lavamanos. Me miro al espejo y sonrío al ver mi cara, no hay tensiones ni preocupaciones, Lucas ha conseguido que me olvide de todo por unas horas y le estaré siempre agradecida.

Dispuesta a darme una ducha me desabrocho la camisa, la dejo caer por mis brazos lentamente y un gemido a mi espalda me advierte de que tengo compañía. Agarro con firmeza la tela para que cubra lo esencial y miro sobre mi hombro. Lucas me observa sin disimulos, su mirada esmeralda recorre la piel expuesta ansiosa. Sonrío y dejo caer la tela lentamente, haciendo que el bulto de sus pantalones crezca de forma potencial.

—Voy a darme una ducha, ¿me acompañas?

Lo veo tragar saliva y vuelvo a mirarme en el espejo. Detrás de mí está un hombre deseoso de abalanzarse sobre mí, el Lucas cariñoso y cuidadoso de anoche ha desaparecido. Busco de nuevo en el espejo su reflejo y disfruto del momento. Lucas me mira y con sus ojos clavados en los míos a través del cristal, desata el cordón que agarra su chándal. Al soltarlo lo deja caer y con dos enérgicas patadas lo saca de sus piernas y lo lanza lejos.

Tras de mí se encuentra un Lucas desconocido, una fiera que se acerca con

pasos firmes y acelerados, me agarra por la cintura y muerde mi nuca tras apretar mi cabello. Un Lucas que jamás imaginé al saber lo dulce de su personalidad y que me tiene totalmente a su merced.

Como si no pesara nada, me coge en brazos, me obliga a rodear sus caderas con mis piernas y camina hasta la ducha. Abre el agua y nos coloca a ambos bajo el chorro, que sale fría y ninguno notamos. Me abalanzo sobre sus labios, ansiosa, y disfruto de esta otra forma de amar de Lucas.

Nos dejamos llevar por la pasión bajo el agua y después nos lavamos el uno al otro. La ternura de Lucas regresa y yo me dejo querer. ¿Cómo puede este hombre pasar de ser un osito mimoso a un amante exigente en segundos?

Pasamos el resto de la mañana juntos, entre arrumacos y confesiones. Lucas me habla de su familia, los cuales viven cerca de Madrid, en Guadalajara. Sus padres están casados y felices, viven en una urbanización tranquila, cerca de sus tíos. La madre de Lucas es la hermana de la madre de Mikel, de ahí su parecido. Los ojos verdes y el pelo rubio son rasgos característicos de la familia materna. No tiene más familia que ellos, sus abuelos murieron siendo un niño y no tiene hermanos. Yo le cuento que soy adoptada y un poco como ha sido mi vida.

Las horas se nos pasan volando y, apurada, corro a vestirme. Mi madre me ha enviado un mensaje para avisarme de que comemos a la hora de siempre, alargo la espera al máximo, pero llegado mediodía me voy a mi casa a comer con mamá.

Lucas y yo no hemos hablado de nuestra situación, por ahora seguimos igual que antes solo que con algunos derechos extra... Pensando en el momento vivido con Lucas esta noche, camino hacia la parada de bus, estoy lejos de casa y no sé cómo encontrar el metro en esta zona de Madrid. Mis revolucionadas hormonas se ven acalladas en el momento que me subo al bus, me acomodo y dejo que los recuerdos fluyan, aunque no son los de Lucas los que me invaden, sino unos mucho más dolorosos...

Capítulo 6

El jardín

Recordando en el bus...

Llevo tres días ayudando a mi madre con el cuidado de papá. Si no es una es la otra, pero siempre hay alguien cerca por lo que pueda necesitar. Los periodistas de la entrada del vecino han ido desapareciendo, aunque quedan algunos. En cuanto surja una nueva historia que contar, la lesión de David ya no será noticia y se irán los que quedan. Cansada, entro en la cocina, me preparo un café y salgo al jardín a tomármelo. O esa era mi intención...

Nada más salir una voz me pone alerta, alzo la mirada y lo veo hablando por teléfono con alguien. Decido ignorarle y volver a la casa, pero su mirada se cruza con la mía y, como si averiguase mi intención de huir, niega. Resoplo y me dejo caer en una de las hamacas que hay colgadas de los árboles, con cuidado de no derramar mi café. Él ocupa la otra y sin dejar de mirarme sigue berreando por teléfono. Pobre del que lo tenga que aguantar...

Me pongo cómoda e intento ignorarle, cosa harto difícil si tenemos en cuenta que está vistiendo solo unos *shorts* de deporte y una camiseta de manga corta. Mis ojos traidores van a esos músculos trabajados, aun en contra de mi férrea determinación, y los devoran. Es un festín para los ojos y lo sabe, el muy cretino.

—Ya estoy contigo, Renacuaja. —Lo miro echando chispas por los ojos y resoplo. No hay mejor forma de controlar mis deseos que escuchar ese estúpido mote.

—Ya sabes que ese no es mi nombre, pero si es lo que quieres... ¿Cómo estás, Cucu?

Estalla en carcajadas al escuchar el mote que sus amigos le tenían en el instituto y me mira ladeando la cabeza. Yo nunca supe la razón de ese mote, quizá algún día me lo diga.

—Has cambiado...

—Como todos. Diez años dan para mucho...

—¿Sabes al menos por qué me llamaban así? Lo digo porque quizá

después quieras dejar de hacerlo. —Sube y baja las cejas con chulería y yo niego, deseosa de que la curiosidad de toda una vida vaya a ser satisfecha al fin.

—Los otros jugadores del equipo me bautizaron el Cucurucho, para acortar quedó Cucu. Imagínate dónde puedo tener yo un gran cucurucho, Renacuaja.

Mis ojos se abren del todo, mis mejillas se ponen como la grana y tengo que hacer esfuerzos serios por no bajar la mirada a su entrepierna. Sus carcajadas me confirman lo que yo estoy pensando, resoplo y pienso algo que decir para callarle la boca.

—No creo que sea para tanto.

Su risa se silencia, por unos minutos solo nos miramos. El momento se va haciendo cada vez más raro. Bajo la mirada a su pierna y por el camino es imposible no mirar la zona mentada, me obligo a pensar en otras cosas, pero no lo logro. Toda mi concentración está en ese cucurucho. La tensión del momento se ve interrumpida por el ruido de un coche al paso por la calle, alzo la mirada y lo veo sonreír, le devuelvo la sonrisa y doy un sorbo a mi café.

—¿Qué te pasó? —pregunto señalando su pierna inmovilizada—. Parece doloroso.

Me mira alzando las cejas y yo me encojo de hombros. No me gusta el fútbol ni ningún deporte de los que salen por la televisión y menos aún si sale él. Yo los deportes los practico, no los veo.

—¿No te has enterado? —Niego—. Me rompí el tobillo, tengo que esperar a que suelde y después hacer rehabilitación. Eso si quiero volver a caminar, imagínate para volver a jugar... —Su tono de voz se vuelve sombrío para acabar la frase y le miro seria.

—Nunca has sido un conformista, espero que no empieces ahora.

—No entra en mis planes dejar el fútbol, al menos aún no. ¿No lo sigues?

—¿Yo? —Niego y él sonríe—. Solo veo partidos de la Roja, por eso del orgullo nacional y porque iba con mis amigos al bar con la excusa, nada más.

—¿Me estás diciendo que en casi diez años que llevo jugando en los equipos importantes no me has visto jugar?

Me sonrojo y niego, quizá él lo vea así, para mí era necesario dejar atrás todo lo relacionado con él, con nosotros, ese «nosotros» que nunca existió. No podía vivir soñando con un imposible.

—Tú tampoco has estado muy pendiente de lo que yo he hecho o he dejado de hacer con mi vida, así es que no me mires como si fuera la peor mujer del

mundo.

—La peor mujer... —su murmullo apenas se escucha, pero al estar tan cerca lo entiendo a la perfección—. Sí, supongo que ahora eres una mujer. Ya no eres mi amiga, la Renacuaja, que se pegaba a mí como una lapa.

Lo miro indignada y él se ríe. Niego y vuelvo a beber de mi café que se está enfriando. Este tío se lo tiene muy creído... Aunque razones no le faltan.

—Yo no era una lapa. Tú eras mi amigo y yo pasaba tiempo contigo, nada más.

A veces ni yo misma me creo lo que digo, esta es una de esas veces. Obvio que sí que lo acompañaba a todos lados, no como lapa, sino más bien como un «quiero ser más que tu amiga y tú no me ves». Cojo aire y le miro a los ojos.

—No me engañabas antes y no lo haces ahora, nunca has sabido mentir, Alba. —Escuchar mi nombre salir de sus labios me eriza la piel. Intento disimular y que no perciba cómo me afecta su cercanía, pero creo que he fracasado estrepitosamente.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre supe que tú creías estar enamorada de mí.

Me quedo congelada al escucharle, no soy capaz ni de parpadear. Un intenso rojo cubre mi cara e indignada me levanto de la hamaca. ¿Cómo puede ser tan bruto? Molesta, echo a andar y su voz me detiene.

—No te vayas...

—Pe... pero... ¿tú sabes lo que acabas de decir? ¡Eres un egocéntrico! Siempre te has creído el mejor y ahora con tanta fan atontada metiéndose en tu cama, aún es peor.

—Cálmate, Alba. —Un escalofrío me recorre al escuchar de nuevo mi nombre de su boca—. No te lo digo para aumentar mi ego ni nada por el estilo. —Señala la hamaca y de mala gana me siento en ella—. Tus miradas, tus reacciones al verme con otras chicas y miles de detalles más me lo confirmaron hace años. Ahora somos adultos, puedes estar tranquila, sé que era cosa de niños. No te preocupes.

¿Que no me preocupe dice? Madre mía... ¡Ojalá! Ojalá fuese cosa de niños y cada una de las células de mi cuerpo no reaccionara a él como lo hacen. Asiento sin decir nada y él respira fuerte. Mejor que crea eso...

—Ya sé que diez años han dejado atrás ese enamoramiento, aunque admito que ahora no me importaría que quisieras llamar mi atención, estaría más que dispuesto a dejarme querer.

Estoy bebiendo el último trago de café que me queda cuando escucho sus palabras. Alucinada, lo escupo y, bendita mi puntería, lo empapo a él. La camiseta blanca que cubría su firme torso está ahora llena de salpicaduras de café. Me mira sonriendo y se quita la camiseta como si nada. Embobada, me lo quedo mirando y la sonrisa de suficiencia de su cara me pasa totalmente inadvertida, estoy centrada en ese *pack* de seis que luce en el abdomen, esos músculos marcados por el ejercicio y ese caminito de vello castaño que se pierde bajo sus pantalones.

—¿Te gusta lo que ves?

Abochornada, aparto la mirada, el muy capullo sabe perfectamente el efecto que causa en el sexo femenino. Lástima que no estén Vicky o Almudena, ellas tendrían esa respuesta ideal para callarle la boca al muy engreído.

—No es nada del otro mundo. Los novios de mis amigas están mucho mejor.

—¿Qué? Ni que tus amigas tuvieran modelos por novios —el tono de su voz indica algo así como celos o envidia y sonrío complacida—, además, a ellos no los puedes tocar.

Estira la mano y agarra la mía. Como si nada tira de mí y coloca mi mano sobre su cálido pecho. Me ruborizo e intento apartar la mano, pero no me lo permite. La desliza hacia abajo desde su pectoral derecho hasta sus abdominales. Me muerdo la lengua para no decir algo de lo que me pueda arrepentir y, sin dejar de tirar para recuperar el control sobre mi mano, disfruto del cuerpo de David. Decidida a decir algo que haga que me suelte pienso en Álvaro y, sin pensar en las consecuencias, suelto lo que me pasa por la mente mientras disfruto de sus abdominales con mis dedos.

—Ellas... no tienen modelos, pero sí dominantes.

¡¿Qué acabo de decir?! ¡Ay, mi madre...! Vuelvo a tirar de mi mano y me reprendo por mi estupidez. Acabo de soltar las intimidades de Almudena como si nada. Tengo que volver a casa y tranquilizarme, la presencia de este hombre no me está sentando bien.

—¿Dominantes? Insinúas que... ¿les gusta que les peguen?

—Ay, madre..., esta conversación se acaba aquí y ahora.

Me levanto y de un tirón recupero mi mano, por lo visto no me estaba agarrando tan fuerte. Lo repaso con la mirada una última vez y salgo corriendo hacia la puerta de mi casa. Una vez dentro, desde la ventana me despido con la mano y corro a refugiarme en la seguridad de mi cuarto.

Capítulo 7

Nosotros

El lunes al encontrarme con Lucas, nos saludamos con un beso en los labios, lo demás continúa igual. Me alegra saber que no he perdido a mi amigo por acostarnos, no se lo digo, pero es lo que siento. Tenemos una rutina establecida en el trabajo, por las mañanas Laura abre, nosotros llegamos más tarde, a mediodía nos vamos juntos, por la tarde yo abro y ellos llegan más tarde. La jefa cierra por la noche y Lucas y yo nos vamos a tomar algo al bar de al lado. A mediodía, voy a comer con mi madre todos los días, o casi...

Hoy he quedado con Lucas y estamos entrando en un restaurante. Para mi sorpresa nos encontramos cara a cara con Almudena y Álvaro. La pareja está feliz y nos invitan a acompañarlos, nosotros accedemos felices y es así como descubro que voy a ser tía por partida doble.

La comida la pasamos en una agradable conversación y muchas anécdotas divertidas de la boda, cuando miramos el reloj es hora de salir corriendo cada uno a su respectivo trabajo. En la puerta, antes de separarnos, Almudena se acerca a mí y con susurros me habla:

—¿Qué te pasa, amiga? Estás muy sonriente... —Niego, nada pasa desapercibido a mi loca y sincera amiga, agarro su mano y en el mismo tono de confidencialidad se lo explico:

—Me he acostado con Lucas y fue... uf. No me esperaba sentirme así, amiga, me hizo volar.

—¡¡¡Aaaahhhhhh!!! Cómo me alegro, ya era hora de que olvidaras al estúpido ese.

—Yo no he dicho que le haya olvidado, Almu, solo que he decidido seguir adelante y ver a dónde me puede llevar esta relación. Lucas es un buen hombre y no se merece que yo lo utilice así. —De reojo miro a Lucas, que está charlando animadamente con Álvaro, suspiro y mi amiga me hace volver a la realidad.

—Por su sonrisa perpetua, esa que no se le va de la cara desde que nos hemos encontrado, yo diría que a él no parece importarle ser utilizado.

—Lo sé, amiga. No me pide nada, no me exige nada y sigue comportándose como el mejor amigo. Y eso hace que me sienta peor...

—No te mortifiques, Alba. Él está donde quiere y con quien quiere, aprovecha los buenos momentos y deja de pensar en el pasado.

Suspiro derrotada y asiento. Nada quiero más que corresponder a Lucas y olvidar al innumerable, mi cabeza y mi corazón pelean constantemente por ver quién sale vencedor. Pero no es sencillo, aunque nada que merezca la pena lo es.

—Gracias, amiga, pero es imposible no comerme la cabeza, no quiero hacer daño a Lucas, y a veces, siento que no soy suficiente para él, que lo que le doy no es nada para lo que se merece. Es muy bueno conmigo y...

—¡Ya vale, Alba! Lucas está loco por ti, se le nota. No le has mentido ni le has dado falsas esperanzas, así es que deja de culparte y disfruta.

Los hombres se acercan a nosotras e interrumpen la conversación. No muy convencida, asiento a Almudena y, tras darle un beso en la mejilla y acariciar su, de momento, pequeña barriga, agarro la mano de Lucas para irnos a la clínica. Caminamos en silencio, de pronto Lucas tira de mí y me arrincona en un portal, se coloca frente a mí cubriendo mi cuerpo y me besa con pasión.

—Ahora ya no pareces un zombi. ¿Se puede saber qué te pasa? —Sonrío ante su forma descarada de hacerme reaccionar y le beso ligeramente en los labios.

—Vamos a llegar tarde a trabajar, después hablamos.

No muy convencido, Lucas se aparta para que pueda volver a la calle, caminamos sin dejar de hablar, como hacemos siempre que estamos juntos. Conversamos de todo y de nada, la sencillez de parlotear con él de cualquier cosa es de lo que más me gusta de nuestra relación.

La tarde de trabajo nos pasa rápida y tras revisar a todos los animales ingresados, entre los que sigue Thor, salimos de la clínica hacia el bar. Vamos a nuestra mesa de cada día y Lucas pide por los dos, como siempre. Estamos tan compenetrados que a veces pienso que parece conocerme mejor que nadie, después recuerdo los momentos del pasado en los que creí que otro también me conocía y descarto la idea.

—Bien, Alba, he esperado toda la tarde, habla. —Me remuevo inquieta en la silla y fijo mi mirada en el fondo de mi taza de té. Con la cucharilla revuelvo el líquido y sin alzar la mirada empiezo a hablar, entre susurros, de lo que mi mente no deja de procesar.

—Siento que no te doy suficiente. Que tú haces mucho por mí y yo solo espero que hagas más. Me siento como una egoísta por no corresponderte, pero...

Lucas coloca un dedo sobre mis labios y me hace callar. Alzo la mirada, en mis ojos se refleja el dolor que la declaración realizada me produce y él me sonrío para tranquilizarme. Incluso ahora sigue anteponiendo mis sentimientos a los suyos. No le merezco.

—Preciosa, deja de pensar en lo que yo quiero o dejo de querer. Es simple, yo quiero estar contigo de la forma que sea posible. Si aún es pronto para que seamos novios, seremos amigos con derechos. Si eso también es mucho para ti, volveremos a ser solo amigos. No te meto prisa ni quiero que te metas tú. Yo quiero que nos demos una oportunidad, que estemos juntos y veamos a dónde nos lleva esto, nada más.

Aparto su dedo de mis labios y le sonrío. Es increíble lo tierno que puede llegar a ser y cómo sus palabras me han removido todo por dentro. Mis sentimientos por David están ahí, no los puedo obviar. Así como ahí está también el cariño que siento por Lucas, un cariño que nada tiene que ver con la locura que me invadía al estar con el otro, pero que no es menos importante.

—Quiero que sigamos adelante, sin presiones, a nuestro ritmo. —Lucas suelta aire de forma audible y se inclina sobre la mesa para besarme.

—Nuestro ritmo suena maravillosamente —susurra sobre mis húmedos labios.

Sonrío y cojo aire. Este es un buen momento para hablarle de mi pasado. Abro la boca para empezar y él vuelve a colocar su dedo sobre mis labios, se vuelve a sentar en su silla y me mira sonriendo.

—No hablemos de cosas dolorosas, hoy seamos solo tú y yo.

Asiento y así damos por terminada la seria conversación que yo tenía en mente y que nunca fue tal. Recuerdo lo dicho por Almudena en el restaurante y me decido a preguntarle:

—¿Quieres acompañarme a la fiesta de bienvenida de Vicky y Alex?

—Me encantaría, tus amigos siempre me tratan como a uno más y me gustan más por ello. Se ve que te quieren mucho y se preocupan por ti.

—Sí..., son los hermanos que nunca tuve —sonrío al pensar en ellos—, la familia que yo me busqué y que me ha aceptado de igual forma.

—¿Hace mucho que los conoces?

Me pierdo recordando la época de la universidad y procedo a explicarle

las locuras que hacíamos los cuatro, Fran, Vicky, Almudena y yo. Las salidas de los viernes y las posteriores fiestas. La risa de Lucas se fusiona con la mía y juntos se nos pasa el tiempo volando. Una pregunta que no me esperaba me regresa a la realidad.

—¿Qué le pasó a tu padre? Es decir..., no quiero molestarte, Alba, pero no sé qué sucedió, solo noto que todo el mundo evita el tema y yo... —Mi gesto se torna serio y en el acto parece arrepentido de sus palabras—. Perdona, no quería incomodarte.

Una lágrima corre por mi mejilla al recordar a papá, los últimos meses de su vida y el dolor que veía en su cara cada vez que regresábamos del médico tras la quimioterapia. Todo el dolor y la pérdida me golpean sin miramientos, pero, aun así, decido hablar de ello, se lo merece, aunque quizá mejor otro día...

—No es ningún secreto, Lucas, es un tema doloroso para mí, nunca hablo de ello con nadie porque esa etapa de mi vida la he cerrado con candados, en una esquina de mi mente a la que no quiero acceder.

—Lo siento, no quería importunarte...

—No importa, es tarde, debería volver a casa. Mi madre estará preocupada.

Me levanto y Lucas lo hace también, abonamos las consumiciones y salimos al aire fresco de la noche madrileña. Busco con la mirada algún taxi disponible y, al divisar uno, camino hacia donde se encuentra. La voz de Lucas detiene mi avance, me giro para verle y me siento mal por haberle hecho perder su sonrisa.

—Lo siento, Alba, no quería hacerte recordar momentos dolorosos. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, Lucas, entiendo que quieras saber y algún día te lo contaré. Hoy no me apetece recordar esa etapa de mi vida y menos aún hablar de ello. Entiéndeme, por favor.

Lucas me abraza y por unos minutos permanecemos así, abrazados en medio de la calle, ajenos a todo lo que nos rodea. La melodía de mi móvil me hace reaccionar, me separo de su cuerpo y al ver quién llama, suspiro. Mi madre se preocupa mucho por mí... Demasiado.

Corto la llamada sin hablar y camino hacia el taxi que sigue disponible. Antes de subirme me despido de Lucas con un rápido beso en los labios, cierro la puerta del coche y doy al taxista mi dirección. En pocos minutos los

recuerdos me llevan de nuevo a esos momentos dolorosos que hoy Lucas me ha recordado.

Capítulo 8

Médicos

En el taxi los recuerdos regresan...

La rutina y la continua preocupación de mis amigos han hecho que mi dolor sea más soportable. Por las mañanas vigilo que mi padre no necesite nada, sacando así un poco de responsabilidad a mi madre. Al acabar de comer, mientras mis padres duermen la siesta, me voy al jardín de atrás a leer, o eso les digo a ellos.

Cada día cojo mi taza de café bien caliente y mi libro, salgo al jardín y me encuentro a David esperándome. Él no lo admitiría ni de broma, pero yo lo sé. Una mujer sabe cuándo un hombre tiene cierto interés en ella, aunque solo sea por la conversación. Sobra decir que en este tiempo apenas he logrado leer nada porque cada vez que lo intento él interrumpe mi concentración con alguna frase tonta y acabamos charlando sobre cualquier cosa.

Hoy hace un mes que David regresó a mi vida. Hemos retomado nuestra relación y volvemos a ser amigos. Yo intento que mis ojos golosos no me traicionen y busquen esos músculos que, cada vez que se mueve, se marcan por todo su cuerpo. Alguna que otra vez me he quedado como tonta mirando sus ojos y las arruguitas que se forman en los laterales cuando se ríe. Me he sermoneado miles de veces para obligarme a entender que, como hace diez años, él es solo mi amigo. Pero mi estúpida conciencia sabe, al igual que yo, que de poco sirve.

En todos los días que nos hemos encontrado en el jardín no hemos hablado de nada realmente personal. Yo le he contado sobre mis amigos, sobre la valentía de Almudena, el coraje de Fran y lo luchadora que es Vicky, claro está sin ahondar, no voy a traicionar la confianza de mis amigos. También le he hablado de cómo cambié de carrera el primer año de haber cursado Derecho. Mis padres estaban emocionados con tener una abogada en casa, pero no me gustaba y en un arrebato me cambié a Veterinaria. Esa ha sido la mejor decisión de mi vida. Me encanta trabajar rodeada de animales.

Por su parte, David me ha contado que los seguidores de su equipo lo

apoyan, que hay alguna fan que hace verdaderas locuras para conocerlo y, sobre todo, para acabar en su cama. Me contó una anécdota muy simpática: un día en los entrenamientos, estaban todos apurados, pues iban a una fiesta que el club organizaba. Como rayos, sus compañeros de equipo se ducharon y se fueron a sus casas. Él continuaba bajo el agua cuando escuchó pasos en los vestuarios, pensó que sería alguno de los chicos que se habría olvidado algo y no hizo caso. Una mano rozando su espalda lo hizo reaccionar y cuando se giró, ahí, bajo el agua y desnuda, había una pelirroja espectacular. No quiso entrar en detalles, pero supongo que eso no tuvo un final apto para menores de edad.

Suspiro y miro de reojo a papá que está descansando. La de cosas que le suceden a David sin llegar a proponérselo. Mi tranquila vida al lado de esa locura que es la suya, son como las dos caras de una moneda. Me giro en la silla y pierdo mi mirada en la ventana del cuarto de mis padres. La inmensidad del mar me relaja y mis pensamientos regresan al día de hoy.

Esta mañana hemos ido al médico, le tocaba poner la última sesión de quimioterapia a papá. Estoy preocupada por lo que pasará a partir de ahora, sin tratamiento ni nada, solo medicamentos para el dolor. El cáncer de páncreas es silencioso al principio, o eso nos dijo el médico, pero al final sí que duele, y mucho. Me parece increíble que lo que empezó como un malestar estomacal haya marcado un antes y un después en mi vida.

Papá se mareó un día, una bajada de tensión, pensé cuando me lo dijeron... ¡Ojalá! A partir de ese momento nada volvió a ser lo mismo. Cuando mis padres aparecieron en Madrid para una segunda opinión me preocupé más todavía. Pero el diagnóstico, que ellos no habían compartido conmigo, fue el mismo. Cáncer.

Esa horrible palabra hace que la piel se me erice y un escalofrío me recorra. Dejé todo atrás, mi trabajo en la clínica veterinaria Animals, mi piso, que compartía con Almudena, y los inigualables fines de semana con mis amigos. Preparé las maletas y regresé a casa. La casa donde mi padre fue feliz y donde él desea acabar su vida.

Suspiro de nuevo y la mirada de mi padre me hace sonreír. Él me mira fijamente, sin decir nada da una palmada en la cama a su lado y me lanzo a por mi abrazo.

—¿En qué piensa mi princesa?

—En Madrid —miro los ojos de papá que se han puesto tristes—, en mis

amigos y en que los echo de menos. Pero no cambiaría mi decisión, papi, aquí es donde quiero estar.

Él no dice nada, me abraza y nos quedamos así por unos minutos. En silencio, disfrutando de nuestro mutuo cariño y cada uno sumido en sus pensamientos.

—Te he visto con el vecino... No me gustaría que acabaras sufriendo, hija.

—¿Sufrir? Papá, solo somos amigos que comparten un café y una charla amistosa cada día.

—A mí no me engañas —su mano agarra mi mentón y me obliga a mirarle a los ojos—, cuando eras niña besabas el suelo por donde pisaba, espero que ese enamoramiento ya no exista o sufrirás.

Abochornada, intento apartar la mirada, soy consciente de que estoy como una guinda. Siempre pensé que nadie sabía de mis sentimientos y ahora resulta que eran de dominio público. Intento mostrar la madurez que desde que llegué a Valencia parece rehuirme y le sonrío.

—Ya no soy una niña, papá.

—No digo que lo seas, princesa, es solo que David siempre fue tu debilidad y no me gustaría que volviese a serlo.

—Puedes estar tranquilo, las cosas no son como antes.

Consciente de que no le estoy contando toda la verdad a mi padre, agacho la cabeza y, para que no desconfíe, la apoyo en su hombro, dejándome querer. Me encantaría decir que el vecino no me afecta, que no hace que mi cuerpo reaccione a él, pero no soy una mentirosa, nunca he mentido a nadie y menos pienso mentirme a mí misma. Lo que siento por David es una alocada atracción sexual que en cuanto me quite la espina o deje de verlo olvidaré. O eso espero...

Paso el resto de la mañana hablando con mi padre sobre la empresa, su socio se ha ofrecido a comprar la mitad de papá y él dice que si no estoy interesada en la construcción lo mejor es que se la vendamos y yo me dedique a lo que de verdad quiera hacer. Me parece la decisión acertada y así se lo digo. Concertamos citas con el abogado y su socio. Mañana nos pondremos a solucionar todo lo referente al trabajo.

Un grito de mamá anunciando la hora de comer nos hace sonreír a los dos. Me levanto y ayudo a papá a hacer lo mismo. Juntos bajamos al primer piso donde está la cocina y el comedor. La comida está en la mesa y los tres disfrutamos de esos momentos de convivencia y monotonía que, sabemos,

pronto ya no tendremos. Una entretenida conversación, sobre la empresa y lo que haremos con ella, ameniza la comida y nadie hace mención a que en cualquier momento nuestra familia sufrirá una baja irremplazable.

Un día más cojo mi libro y mi café, y salgo al jardín. Para mi sorpresa, hoy David no está. Me encojo de hombros intentando disimular el malestar que me produce que el futbolista no esté esperándome como cada tarde. Si no está sus motivos tendrá...

Nunca acordamos vernos, solo sucedía, quizá para hoy tenga un plan mejor que mi aburrida compañía. Un sabor amargo invade mi boca y no es precisamente el del café, pues ni lo he tocado. De mala gana camino hasta la hamaca y me tumbo, por primera vez desde que David regresó a casa, a leer en soledad.

No sé cuánto tiempo ha pasado, lo único que sé es que no he logrado avanzar más que un capítulo de la novela que tantas veces he intentado leer y no consigo engancharme. Mi traidora cabeza va continuamente a David, a su ausencia y a su atractivo que tanto me empeño en negar.

Sus ojos cálidos como el chocolate sustituyen en mi mente a los verdes del protagonista del libro. Así como su cabello castaño se impone al rubio de dicho protagonista. En lugar de ver a la chica con él me imagino a mí misma acariciando esa piel morena, esos duros músculos... Resoplo y cierro el libro de un golpe seco, así no hay quien lea nada. Malditas hormonas revolucionadas las mías. Como no deje de fantasear con él acabará por descubrir que me gusta y no es lo que quiero. Para nada entra en mis planes ser el juguete temporal de un famoso mujeriego.

Un ruido me hace girar y, para mi sorpresa, ahí está David, me mira sonriendo como si adivinara mis pensamientos. Lo recorro con la mirada, me sorprende lo guapo que es, aunque lo que más me sorprende es verlo de pie. Está de pie, apoyado en las muletas y... ¡ya no tiene escayola! Doy un salto y voy hacia él.

Corro hasta donde David está, continúa quieto mirándome. Hoy noto algo en su mirada que no había visto. Una calidez que me hace pensar en sábanas revueltas y cuerpos sudorosos. ¡No! Ni de broma voy a pensar en eso. Me acerco a él y, acelerada, lo abrazo, me sonrojo al ser consciente de la cercanía de nuestros cuerpos. Como puedo lo voy guiando hacia la hamaca y me siento en la mía.

—Me alegra que ya no estés inmovilizado. ¿Ahora qué?

—Ahora viene lo peor, la rehabilitación. —Pone cara de sufrimiento y los dos reímos, estaba deseando que le sacaran la escayola—. Ya me han dicho del equipo que puedo empezar aquí, pero tendré que ir a acabarla a Madrid.

—Oh... —La desilusión por su próxima partida me aprieta el estómago—. Estarás feliz de poder volver a tu vida. —Trato de disimular la pena que siento y camufló el dolor con interés.

—¡¡Pues claro!! Tanto estar encerrado me está agobiando.

—Me imagino... ¿Cuándo empiezas la rehabilitación?

—La semana que viene. Me dan unos días para acostumbrarme a la ausencia del yeso y después a machacarme. —Sonríe libidinoso y me estremezco—. Hoy he conocido a la fisioterapeuta que me tratará.

—Vaya..., qué afortunado, una mujer. —La bilis inunda mi boca y reprimo las ganas de gruñir—. Ya te veo metiéndole ficha.

El nudo de mi estómago ha ido creciendo y amenaza con reventarme los pulmones. No puedo respirar y unas cosquillas horribles amenazan a mi corazón. No debería de sentirme así. Solo somos amigos y él tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida. Yo no soy nada para él... Mi diatriba mental es interrumpida por su cortante respuesta.

—No me interesa.

—Perdón, estaba distraída, ¿qué es lo que no te interesa?

—La fisioterapeuta. Es una mujer *sexy*, no te lo voy a negar, pero no entra en mis planes llamar la atención de los periodistas, a mi madre no le gusta tenerlos por aquí y yo la entiendo. Llegan a ser un verdadero incordio.

—Es decir..., que no te enrollas con ella por tu madre. Es la razón más rara que he oído en mi vida. —Le guiño un ojo e intento que la normalidad regrese a nuestra conversación—. Yo no podría vivir sabiendo que me persiguen, amo mi intimidad.

—A todo se acostumbra uno...

Hago un mohín y niego. Yo no me veo siendo perseguida por los periodistas ni cediendo mi intimidad a otros, pero me callo. Si a él le gusta vivir así no es cosa mía.

—Si tú lo dices...

Un silencio incómodo se establece entre los dos, ambos estamos raros, diferentes y no sé la razón. No entiendo qué ha pasado hoy, ayer no me sentía incómoda en su presencia. Noto su mirada y alzo la mía. Sus ojos chocolate están fijos en los míos y cargados de preocupación.

—¿Cómo le ha ido a tu padre en el médico?

Suspiro y me encojo de hombros. No le he contado que papá se está muriendo, no se lo he contado a nadie... Y no por falta de ocasión, es solo que no me apetece hablar de ello. Le sonrío sin que la felicidad llegue a mis ojos, él nota que no quiero hablar de eso y enseguida cambia de tema.

—Si te apetece podemos ir al cine, he visto que se estrena hoy una peli genial.

—¿Al cine? ¿Nosotros? —Reacciono y cambio el tono de sorpresa por el de amiga feliz—. Es decir..., sí, claro, vamos..., tampoco es mucho lo que hago cada día. —Además de cuidar a papá y ayudar a mamá. Esto me lo callo, lo último que quiero es que me invite al cine por pena.

—Muy bien, conduces tú que yo todavía no puedo. —Me guiña un ojo—. Nos vemos en un par de horas, cenamos y vemos la peli, ¿está bien?

—Sí, claro, ¡¡yo conduzco!! Soy una conductora muy prudente, ya lo verás.

Los dos nos levantamos y cada uno se va a su casa. Nerviosa, me meto en mi cuarto y empiezo a revolver el armario, saco un montón de ropa que dejo encima de la cama. Después voy a revisar mis zapatos que acaban todos tirados por el suelo. Mi ordenada habitación parece un campo de guerra, pero yo sigo absorta en buscar la combinación ideal para una noche de cine. Un carraspeo a mi espalda me hace mirar la puerta. Desde allí mi madre me mira curiosa con una sonrisa en los labios.

—Yo..., después lo recojo.

—¿Está todo bien, hija? Si no supiera que no has salido de casa pensaría que tienes una cita.

—Bueno... —me sonrojo culpable y mi madre sonrío de nuevo—, voy a ir al cine con David, pero no es una cita.

La sonrisa de mi madre ha desaparecido y la seriedad de su rostro me preocupa. Dejo la ropa y camino hasta donde está parada. No quiero añadir preocupaciones a su, ya de por sí, ajetreada vida.

—¿Qué sucede, mami?

—Nada, hija, es solo que no me lo esperaba. Con la cantidad de hombres que hay en Valencia y de nuevo vuelves a fijarte en él.

—¿De nuevo? Venga, mami, tú también no... —resoplo y me dirijo a la cama—, ya papá me dio la charla, no estoy enamorada de él.

Mi madre se cruza de brazos y me mira muy seria. Por lo visto no soy nada buena ocultando mis sentimientos. Aunque estoy casi convencida de que no me

he vuelto a enamorar de David, ¿cómo iba a volver a caer en lo mismo? Si él siempre ha pasado de mí...

Uf, si hasta mi mente me traiciona, ¿casi? ¿Cómo que casi? No puedo volver a enamorarme de ese... ese... ¡¡mujeriego!! No, no puede ser.

—No te creo, tus ojos dicen una cosa y tu boca otra, hija. Me gustaría que encontraras un buen hombre que sepa quererte y que cuide de ti, pero no creo que ese sea él. Sabes que lo quiero mucho, pero no me gusta para ti.

—No vayas tan rápido, mamá. Solo somos amigos. Vamos a cenar y al cine, pero como amigos.

—No soy tonta, Alba, deja de tratarme como si lo fuese. Nadie se pone tan nervioso por salir con los amigos.

Me muerdo el labio y admito que algo de razón sí que tiene. Cuando salía con los chicos en Madrid me ponía guapa, pero no me complicaba así. ¡Ay, Dios! Que mamá va a tener razón y estoy enamorándome de David de nuevo. Obvio que es un buen hombre, pero se quiere demasiado a sí mismo y muy poco a los demás, algo que de sobras sé. Cojo aire y miro a mi madre.

—Puedes estar tranquila, mamá, no voy a ser una más.

—Está bien, te dejo para que te arregles.

Mi madre se va y deja una enorme duda en mi cabeza. ¿Será que soy la única que no se ha dado cuenta de que mis sentimientos por David han vuelto? Sin dejar de pensar en ello elijo unos pantalones negros superajustados y una blusa roja floja que combina a la perfección. Los dejo sobre la cama y me voy a la ducha.

Mis pensamientos siguen revolucionados mientras me lavo el pelo, la imagen de David en la ducha se refleja en mi lujurioso cerebro. Cuando empiezo a frotar mi piel con la esponja noto un acaloramiento y giro el mando del grifo hacia el agua fría. Por lo visto es lo que necesito, una ducha de agua fría y dejar de pensar en imposibles.

Apurada, salgo y me envuelvo en una toalla, el agua fría ha logrado que deje de pensar en cosas que no debo, al menos por ahora. Me visto y busco mis botines negros, no salgo de casa sin mis tacones a no ser que vaya a hacer ejercicio. Ya lista, miro el reloj y me sorprendo al ver que es tarde, seguro que David se estará cansando de esperarme. Salgo corriendo de mi cuarto y voy en busca de mis padres, me despido de ellos y me dirijo hacia el garaje.

Ya en la calle, toco el claxon y espero. No dejo de mirar de reojo la puerta de la casa de los vecinos. Cuando sale David mi boca se abre y mis ojos lo

devoran. ¡¡¡Está guapísimo!!! Lleva unos vaqueros gastados, zapatillas de deporte, camiseta ajustada y una sola muleta. Para cuando llega al coche he logrado recuperar la compostura, le saludo y aparto la mirada rápidamente. Salgo rumbo a Valencia sin volver a apartar la mirada de la carretera.

Capítulo 9

Apuesta

El día de la fiesta ha llegado. Hoy llegan Alex y Vicky de su luna de miel y por esa razón me encuentro en la puerta de la casa de Alex, con Lucas a mi lado, cargado de bolsas de cervezas. Él, tan caballeroso como siempre, no ha querido que le ayude con ellas. Al salir del taxi que nos ha dejado delante de la casa, las ha cogido todas y ha caminado decidido hasta la puerta. A veces es un poco cabezota, un defecto más que perdonable si tengo en cuenta que no le he encontrado otro hasta el día de hoy.

Toco al timbre y una sonriente Almudena abre la puerta, acompañada de Clara. La niña nos saluda efusivamente y entramos. Conduzco a Lucas hasta la cocina para que deje su pesada carga y me ofrezco a ayudar a Carmen, que prepara la comida para todos. Lucas se coloca a mi lado y mientras pelamos patatas y picamos verduras entre risas vuelve a sonar el timbre.

Fran y Miguel entran y nos abrazamos, cada vez que nos vemos nos saludamos efusivamente. Es un rasgo característico de los cuatro. Carmen reparte tareas entre los recién llegados y el timbre suena de nuevo. Álvaro no ha avisado de que los tortolitos están ya en Madrid, razón por la cual nos miramos unos a otros sin comprender. Almudena sale corriendo tras Clara que, confiada, va a abrir la puerta. El grito de mi amiga hace que Fran y yo corramos hasta donde ella está. Entre los dos la ayudamos a tranquilizar a los demás y nos encerramos en el baño.

No sé el tiempo que pasamos ahí, cuando parece que por fin va a hablar suena un nuevo golpe en la puerta y aparece Vicky, que, con su piel morena por el viaje al Caribe y gesto de preocupación, se adentra en el cuarto de baño.

Una vez estamos los cuatro dentro Almudena nos explica lo que le está ocurriendo, los anónimos y sus amenazas, así como su miedo. Preocupada por mi amiga, la abrazo, los demás hacen miles de preguntas, las cuales son interrumpidas por unos firmes golpes en la puerta.

La presencia de Álvaro la calma y, a los pocos minutos, Fran agarra la caja con los osos destrozados y la lleva al coche. No queremos que nada empañe el

momento de celebración que teníamos planeado. Al salir del diminuto servicio nos encontramos a Alex, Miguel y Lucas expectantes. Cada uno se acerca a su pareja y entre susurros explicamos lo ocurrido:

—Almudena está nerviosa, yo la conozco, Lucas. Sé que esta situación puede desembocar en tragedia.

Lucas me abraza y besa mi cabeza. En ese momento noto que las miradas de todos se centran en nosotros. Mis amigas sonrían y Fran me guiña un ojo. Abochornada, escondo la cara en el pecho firme de Lucas. La voz de Vicky es la que rompe la tensión del momento.

—¡Ya era hora! ¿Quién ha ganado la apuesta?

Me vuelvo rápida y sus sonrisas de suficiencia me confirman que sí, han apostado a mi costa. Las muy brujas siempre la tienen que liar... Aunque casi seguro fue idea de Fran. Niego y hago la pregunta que temo escuchar.

—¿Qué habéis apostado? —Lucas me abraza desde atrás, entrelazando sus manos en mi cintura y, dejando claro que le hace gracia la situación, se ríe.

—Verás, Alba —Fran sonrío y yo tiemblo, a saber con qué me sale este hombre—, la apuesta la hicimos antes de la boda.

—Todos pensamos que os ibais a acostar ese fin de semana.

La afirmación de Alex me deja alucinada. No sabía que estaban todos tan pendientes de mi vida..., aunque después de lo vivido en Valencia, no debería sorprenderme para nada. Son mis amigos, los quiero y me quieren.

—¿Quién y qué habéis apostado? —Se miran entre ellos y, cómo no, es Álvaro el que toma la palabra, como siempre al mando. Me mira con esa sonrisa de lado que no augura nada bueno y señala a los chicos uno por uno.

—Vicky apostó por el viernes, antes de la boda. Alex por el sábado, por el alcohol y demás. Fran apostó que el domingo, por eso de llevar un recuerdo bonito de Galicia. Miguel dijo que en el avión, para dar emoción a la apuesta. Almudena dijo el primer fin de semana después de la boda y yo aposté por este fin de semana. —Todos se me quedan mirando y yo suspiro. Lo que no se les ocurra a mis amigos...

—Vale, ¿en qué consiste la apuesta?

—Alba, me decepcionas... —De nuevo la impetuosa Vicky al habla—. La apuesta era sobre cuándo ibas a caer en los brazos de ese rubiales que te abraza. Nos apostamos cincuenta euros cada uno y al parecer... ya tienen dueño.

—Me parece muy fuerte que apostarais sobre mi vida sexual. —Todos se

ríen y Almudena, que está pagando su parte al ganador, me suelta más llena de razón que un juez y sin apartar la mirada del padre de sus hijos:

—No apostamos sobre tu vida sexual, amiga, fue sobre la ausencia de ella.

Todos se ríen y yo, alucinada aún por la situación, miro a Lucas, que también se ríe. Temía que le pareciese mal, que el hecho de saberse carne de apuesta le ofendiera, pero no. Él se ríe y sus ojos reflejan pura felicidad. Sonríe y dejo pasar el tema. Es día de celebrar. Volvemos a estar todos juntos y encima ahora somos dos más.

Pasamos todo el fin de semana con mis amigos, celebrando la dicha de la maternidad de Almudena, el regreso de los recién casados y la alegría de estar todos juntos. Cuando me despido de Lucas, el domingo por la noche, en la puerta de mi casa, lo hago realmente agradecida con él por ser como es y por lograr que el pasado me persiga cada vez menos. Es por eso que acabamos dando un paso más, o quizá por la impaciencia de mi madre...

Delante del portal, uno frente a otro y sonriéndonos, agarro una de las manos de Lucas y la coloco sobre mi mejilla. Ese gesto le da el empujón que necesita, se acerca a mí, coloca su otra mano en la otra mejilla y me besa. Nuestros labios se reconocen y los dos nos dejamos ir, nos besamos con ternura al principio, dejando que la pasión nos atrape poco a poco. Separamos nuestras bocas y susurro:

—Gracias, me ha encantado tenerte ahí este fin de semana.

—No tienes nada que agradecer, siempre que me necesites me tendrás.

Lucas vuelve a besarme, mordisquea mi labio inferior, pasa la lengua lentamente por el superior y tantea la entrada a mi húmeda boca. Es en el momento que respondo a su beso que un carraspeo nos sorprende, nos separamos y ahí está mi madre. Su sonrisa me relaja un poco, pero realmente no esperaba que nos pillara. Ella ya conoce a Lucas, como mi amigo, ahora me hará un interrogatorio de tres horas para saber qué más hay. Me separo de Lucas y, sonriendo, me acerco a abrazar a mi madre.

—¿Qué haces tan tarde en la calle, mamá? Pensé que estarías ya dormida.

—He ido a cenar con unas amigas del gimnasio.

Mi madre se separa de mí y va a saludar a Lucas, quien algo nervioso, se agacha para que a ella le sea más fácil darle dos besos, pero se ve que está alterado por la interrupción.

—Un placer volver a verla, señora, me alegra ver que está incluso más guapa que la última vez. —Sonríe al escuchar la zalamería con la que Lucas

trata a mi madre, es muy bueno con las palabras y acaba de ganar una partidaria más para su causa.

—Ay, hijo, muchas gracias. Mi Alba no me dijo que ibas a venir o te habría preparado algo de cenar, es más... ¿por qué no subimos y os hago algo rápido?

La mirada de Lucas atrapa la mía y ambos nos encogemos de hombros. Mi madre tiene una voluntad de hierro, si se le ha metido en la cabeza que Lucas suba, lo hará. Charlando amigablemente, entramos en el edificio, subimos al ascensor y vamos hasta nuestro piso. Al entrar en él veo a mi madre sacarse la chaqueta y adentrarse en la cocina. Me acerco a Lucas y lo abrazo.

—Si quieres irte no pasa nada, seguro que estarás deseando llegar a tu casa para descansar.

—No, estoy justo donde quiero estar, contigo. —¡Ay, Dios! Con estas cosas que me dice siempre acaba por hacerme parecer una niña que no sabe lo que quiere.

—Lucas... —Nos separamos justo después de, decidida, robarle un beso, corto pero intenso. No quiero que mi madre nos vuelva a pillar.

—Alba, sé que cuando estés preparada me lo contarás. —Asiento y, apurada por escapar de esta incómoda situación, busco alguna forma de huir. Mi mirada va a mis zapatos y, sin saber qué decir, señalo mis pies.

—Voy a cambiarme el calzado y ya regreso. Ponte cómodo.

Podría decirse que soy una cobarde que escapa de su casi novio, sí, es posible que lo sea. Es solo que no quiero estropear este momento, mi madre está feliz por primera vez en mucho tiempo. Yo he pasado un fin de semana inolvidable en la casa de los recién casados, en compañía de la gente que me quiere y a la que quiero. No deseo que la sombra de ese, sí ese..., el innombrable, destruya la sonrisa que por fin vuelvo a sentir aflorar.

Me apuro a cambiar los zapatos de tacón por unas zapatillas de estar en casa, dejo la chaqueta y el bolso y regreso al salón. Al no ver a Lucas me asusto, por un momento temo que se haya ido. El murmullo de voces en la cocina me hace respirar tranquila y hacia allí me dirijo, con mi eterna sonrisa de nuevo en la cara.

He pasado unos meses muy complicados, he sufrido mucho la pérdida, pero si de mí depende, a partir de hoy no habrá más que alegría en mi vida. Con esa determinación, entro en la cocina. La estampa que me encuentro es hogareña y divertida. Mi madre está enseñando a Lucas a hacer su deliciosa

tortilla de jamón y queso. Los observo sin interrumpirlos, me encanta ver a mi madre sonreír de nuevo. Cuando advierten mi presencia, Lucas se acerca a mí, con un trozo de la tortilla que acaba de preparar en un tenedor.

—Abre la boca.

Obedezco y saboreo ese trozo de cielo, un bocado de lo más común y que a mí me traslada a la infancia. A momentos de felicidad con mis padres. Mastico feliz y hago una señal de OK, con los dedos. Los dos parecen felices de haber conseguido mi aprobación.

Entre los tres ponemos la mesa, colocamos la comida y cuando estamos sentándonos para comer, mi madre se va y nos deja solos. Es así como lo que parecía ser una noche divertida de tres, pasa a ser una cena íntima en pareja.

Lucas me da a probar su comida, pincha con su tenedor un trozo de tortilla, la acerca a mis labios y espera a que abra la boca. La saboreo con deleite, cierro los ojos y al abrirlos tengo frente a mí su rostro. Pasa el pulgar por mi mejilla hasta mi labio, a última hora cambia su dedo por su boca y lame mi labio inferior, del que retira un resto de queso. Gimo por lo erótico del momento y él sonríe complacido.

—Mmmm, deliciosa.

La cena transcurre con normalidad a partir de ese momento. Una hora después me encuentro besando a Lucas con ardor en el pasillo exterior, al lado del ascensor. De mala gana se va y yo vuelvo al interior con intención de descansar. Mañana toca volver al trabajo y he de estar despejada.

Capítulo 10

Amigos

Recuerdos y más recuerdos...

Cuando llegamos al centro comercial en el que está el cine seleccionado, estaciono mi coche en el *parking*. Me suelto el cinturón y cuando voy a abrir la puerta para salir, de reojo veo cómo se cubre los ojos con unas gafas oscuras y la cabeza con una gorra de un equipo de fútbol que no es el suyo. Me giro hacia él y me río al ver lo ridículo que está.

—¿Se puede saber a dónde vas con esa pinta? —Su cara es un poema, no puedo evitar estallar en carcajadas al verlo. Se saca las gafas y negando me mira.

—¿Cómo pretendes que entre en un sitio público, lleno de gente que me va a reconocer, si no es así? Listilla...

Esto último lo ha medio susurrado y gruñido y me vuelve a dar la risa, no puedo evitarlo al ver su cara de resignación. Parece enfadado cuando sale del coche, le alcanzo, e intentando no reír, susurro:

—Puedes esconderte detrás de mí.

Otra vez vuelvo a reír y ahora él también lo hace. Sería ridículo que se escondiera detrás de mí, su cuerpo es más alto, más ancho y más todo. Así llamaríamos más la atención. Felices, entramos en el ascensor, al mirarse al espejo se coloca las gafas y la gorra de forma que no se distingan sus rasgos. Nunca había pensado que ser famoso podría ser tan molesto.

Entre bromas elegimos una película que nos llama la atención a los dos, nos aprovisionamos de refrescos y palomitas y nos vamos a la sala indicada. La película es buena y los dos la disfrutamos. Al salir, David ha olvidado cubrirse y lo reconocen en el acto. Tenemos que salir corriendo por miedo a que nos aplaste una estampida, cosa bastante complicada dada la delicada situación de su pie. Al escaquearnos de los fans, un buen rato después, vamos hacia el *parking*.

Una vez los dos estamos a salvo en el coche nos miramos, una tensión nueva recorre nuestros cuerpos. Me estremezco y él lo nota. Se acerca a mí,

coloca su mano en mi nuca y me besa como nunca me han besado. Invade mi boca con ansia, con pasión desmedida y un hambre que no conocía hasta ese momento. Al separarse nos miramos, carraspea y mira al frente.

—Será mejor dejar la cena para otra ocasión, la carrera me ha cansado y me duele el pie. Vamos a casa.

En silencio, hacemos el viaje, ninguno de los dos sabe qué decir o hacer y es una situación de lo más extraña. Nos despedimos con la mano y cada uno se va a su casa.

Pasan los días en una armoniosa monotonía, no hemos hablado del beso ni nada que pueda recordarlo. Los dos hacemos como si no hubiese pasado, pero pasó. Vaya si pasó...

Nuestras jornadas de café y charla se ven de pronto alteradas por la llegada de la fisioterapeuta. Por norma general un paciente va a la clínica a hacer rehabilitación, pero un paciente VIP como él, no. La chica viene a su casa a darle las sesiones, juntos se encierran en el gimnasio que David tiene en su casa y allí pasan toda la mañana. Por las tardes seguimos viéndonos, aunque casi todos los días acaba dormido en la hamaca. La rehabilitación lo deja exhausto y no voy a ser yo quien le quite horas de descanso.

Han pasado dos semanas desde el día que fuimos al cine. Nuestra amistad se ha afianzado y para mi desgracia mis sentimientos por él han regresado. Me gustaría pensar que son un cúmulo de sensaciones y emociones tan diversas que me refugio en él para mantenerme firme, pero ni yo misma me lo creo.

Mis emociones están revolucionadas, sobre todo, porque veo día a día cómo mi padre va empeorando, cómo se le escapa la vida, cómo la maldita enfermedad le va ganando la partida y no puedo hacer nada para evitarlo. Mamá está desolada, aunque intenta ser fuerte, las dos sabemos que el final se acerca y eso nos lleva de cabeza.

Julio es un mes caluroso, pero con la playa tan cerca es muy sencillo aplacarlo. Lo que David y yo hacemos es cambiar las charlas en el jardín después de comer por un baño en el mar. Así se establece una nueva rutina, ahora que puede caminar sin muletas es mucho más sencillo hacer cosas juntos, cosas de amigos, claro está.

Su fisioterapeuta le ha dicho que a partir de la semana próxima ha de empezar a correr. Por ello le he ofrecido que me acompañe en mi carrera matutina. Parece que le ha gustado la idea y estoy segura de que eso nos acercará más aún.

A día de hoy he de admitir que todavía no conozco a la famosa fisio. Él habla maravillas de ella, incluso a veces he llegado a sentirme un poco celosa, a sabiendas de que no tengo motivos ni derechos. Nosotros solo somos amigos. Muy buenos amigos, sí, pero amigos nada más. Por más que mi cabeza me lo repita, mi traidor corazón acaba imaginado cómo sería tener algo más con David y solo consigo agotarme por lo imposible de la situación.

Hoy me ha llamado Almudena para avisarme de que van a venir los tres de visita. Vamos a estar los cuatro juntos como cuando vivía en Madrid. Le he pedido a mamá que prepare los cuartos para ellos, pues el viernes estarán aquí. Me ha extrañado que no traigan a sus amores, esos que ahora son como sus sombras, pero me alegra que vengan. Tengo ganas de verles y hablar con ellos en persona. Los extraño mucho a pesar de hablar a diario.

Hoy es jueves y ¡¡mañana llegan mis amigos!! No me puedo creer que el tiempo se pase tan rápido. Entre la preocupación por papá, el continuo ir y venir de mamá y las locuras de David, no sé ni en qué se me va el tiempo. No le he contado que vienen mis amigos, hace más de una semana que lo sé, pero no me he decidido, ni sé por qué. Por ello hoy salgo al jardín con mi café en la mano y camino decidida hacia él, como está el día nublado no hemos ido a la playa.

—Buenas tardes. —No espero que me responda y sigo hablando—: ¿Estarás muy ocupado este fin de semana? Van a venir mis amigos de Madrid y quiero que los conozcas.

—Buenas tardes... ¿Quieres presentarme a tus amigas? ¿No temes que me abalance sobre ellas?

—No serías tan tonto de hacer algo así. Todos tienen pareja estable, aunque a Fran seguro que le gustas...

—¿Fran? —Noto que su semblante cambia y su tono también—. ¿No iban a venir solo tus amigas?

—Amigos, Fran es mi amigo. Van a venir Almudena, Vicky y Fran.

Emocionada, empiezo a parlotear sin parar. Por ello me pierdo la cara de pocos amigos que ha puesto David. Le cuento algunas anécdotas de nuestras salidas en grupo, de cómo cada uno elige dónde ir cada semana y cómo han acabado emparejadas con los hermanos Cuesta. Me callo al ser consciente de que llevo un buen rato hablando sola.

—Entonces... ¿quieres conocerlos?

—No creo que pueda —su tono serio me sorprende y su gesto no me gusta

—, tengo cosas que hacer.

—Pero... —Decaída, asiento—. Bueno, como quieras. Me gustaría que los conocieras, pero si vas a estar tan ocupado...

—Tengo que ir a Madrid.

—Ah..., como no me habías comentado nada... —No puedo evitar el sentimiento de pérdida, aun siendo realista y sabiendo que no puedes perder lo que no tienes, admito que ya le considero un poco mío y no debería.

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, Alba. Si quiero irme lo haré y nada ni nadie lo impedirá.

—Claro, no quería molestarte. Lo lamento...

Me encojo de hombros, resignada, no sabía que se iría este fin de semana. No estoy preparada para analizar a dónde va o con quién y menos aún para analizar la desolación que me inunda. Me pongo de pie y me encamino hacia mi casa. Me paro y le miro sobre mi hombro.

—Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme.

Me despido con la mano y entro en casa. No me esperaba esto. Yo queriendo que se mezcle en mi vida y él apartándose de la suya descaradamente. Resoplo y me encamino hacia mi cuarto, abatida. ¿Por qué he tenido que volver a enamorarme de él?

¿Qué? Ay, Dios... ¡No puedo volver a enamorarme de David! Él no me quiere... ni lo hará nunca. Para él soy algo así como una hermana pequeña a la que cuidar, una amiga con la que reír. Ya va siendo hora que asuma los hechos.

Cabizbaja, voy hasta la puerta de mi cuarto, el ruido de las sábanas al ser sacudidas me hace reaccionar. Tengo muchas cosas que preparar para la visita de mis amigos. Sonrío al pensar en ellos y, decidida a aprovechar al máximo su visita, cambio de rumbo y voy a buscar a mi madre. Seguro que necesita ayuda con los dormitorios. No voy a dejar que un enamoramiento desluzca la esperada visita de mis amigos. ¡¡Por supuesto que no!

Ya es viernes, son las cuatro de la tarde y estoy en la estación de tren de Valencia. Mis amigos llegarán en cualquier momento. Hoy me he saltado mi rutina con David, al igual que lo haré mientras mi amigos estén conmigo. Me quedo abstraída en mis nada apropiados pensamientos y un abrazo en grupo me hace reaccionar. Sonriendo, saludo a mis amigos que me rodean y me llenan de besos.

—No os hacéis una idea de lo que os extraño...

Mi tono de voz, unido a la emoción del reencuentro, hace que me envuelvan en otro abrazo en grupo. Sonrío y ellos ríen al verme. Los guío hasta donde he aparcado el coche y caminamos sin dejar de hablar. Me están poniendo al día de sus amoríos, sonrío sin poder evitarlo. Están todos prácticamente casados, solo falta el papel que lo certifique.

Tras apretar sus maletas en mi pequeño coche, nos subimos y emprendemos el camino hacia mi casa. Es la primera vez que van a estar en ella y estoy un poco nerviosa por si no les gusta. En el camino hablan de que Fran está atravesando un mal momento en su relación, los celos son malos consejeros. Mi mente vuela hacia David de nuevo y sin saber cómo me veo estacionando en la entrada de mi casa. Toco el claxon y sale mi madre sonriendo, nos ayuda a meter las maletas en casa, agarra por un brazo a Almudena y a Vicky por el otro y las guía al interior. Como solo quedamos Fran y yo los imitamos sonriendo. Juntos abandonamos la calle.

Tras asignar los dormitorios, dejar que mis amigos descansen un rato y deshagan sus maletas, nos reunimos todos en la cocina con intención de ir a la playa. Salimos de casa y tras cruzar la carretera estamos ya en la blanca arena. Buscamos un buen sitio y nos instalamos. Mientras nos damos el protector solar, Vicky monopoliza la conversación con los preparativos de la boda. Está tan emocionada que todos nos contagiamos de su alegría. Por un momento me los quedo mirando y sonrío.

¡Cuánto los he extrañado!

Fran y Vicky deciden darse un baño y nos quedamos Almu y yo solas en las toallas. Me mira seria y me remuevo nerviosa. Intuyo lo que va a decir.

—¿Vas a decirme por qué tu mirada no demuestra tanta alegría de vernos como la nuestra o tengo que sacártelo?

S sonrío al escucharla, ella es la que mejor me conoce de todos. Es la persona con la que conviví por años, mi mejor amiga y mi confidente. Cojo aire y empiezo desde el momento en que David regresó a mi vida. Le cuento cómo me he reenamorado de él y la rabia que sentí ayer al saberme una estúpida, pues a él no le pasa lo mismo.

—Y, claro, a eso has de sumarle el deterioro que va sufriendo la salud de mi padre... Cada día noto que lo voy perdiendo un poco más y me duele.

Almudena no dice nada, solo se acerca a mí y me abraza. Estamos abrazadas y ajenas a todo, craso error, pues nuestros amigos regresan empapados y se lanzan sobre las dos. Gritamos al sentir el agua y empezamos

a correr tras ellos para devolver el ataque aunque sea con arena. La tensión del momento se va y disfrutamos de lo que resta de la tarde.

La gente abandona la playa y nosotros continuamos allí, reunidos y hablando de todo. Me alegra saber que la distancia no va a destruir nuestra preciosa amistad. Noto la curiosidad en los ojos de los tres y cómo se me quedan mirando. Sin entender nada, los observo y me encojo de hombros.

—¿Qué pasa? —Siguen callados y sonrían. No sé muy bien qué les pasa, pero miro a los lados y replico—: Si es una de tus bromas no tiene gracia, Vicky.

—¿Mía? Pero si yo soy un angelito. —Entre lo falso de sus palabras y las risitas de los demás empiezo a preocuparme. Me cruzo de brazos seria y les miro fijamente. A saber qué se traen estos tres...

—¿Qué sucede? Hablad de una vez. —Los tres ríen y niegan, yo me mosqueo y me levanto.

—Buenas noches, Renacuaja.

Todos me miran, yo incrédula me doy la vuelta y ahí está él. David me mira fijamente, parece un poco abochornado y le sonrío. Feliz de verle y de que haya venido a conocer a mis amigos me lanzo a sus brazos. Nos abrazamos hasta que un carraspeo de Fran llama mi atención. Me sonrojo y vuelvo a mirar a mis amigos.

—Chicos él es...

—Sabemos de sobra quién es, Alba. ¿Por qué nunca nos has dicho que conocías a un futbolista famoso? —La voz de Almudena y las risas de mis amigos me hacen sonrojar más. Solo ellos logran abochornarme y hacerme reír a la vez.

—Almudena..., él es David, mi vecino —me aparto para que se saluden —, ellos son Fran y Vicky.

—Un placer conocerlos, Alba habla mucho de vosotros.

—¿Vuelve a ser Alba? Y a mí que me había gustado su mote.

David se ríe ante la puya de Fran y el ambiente se relaja. Volvemos a sentarnos en las toallas, pero esta vez David nos acompaña. Me muero de ganas de preguntarle por qué está aquí, me muerdo la lengua y disfruto de la compañía de las personas a las que quiero, aunque la curiosidad no me abandona en ningún momento. Solo me falta mi familia. Me giro hacia la casa y sonrío al ver el resplandor de la luz en la ventana de la cocina. Seguro que mamá está preparando la cena.

—Ella siempre va a ser mi Renacuaja, por más que lo odie. —David me guiña un ojo.

—Ya no soy una niña, deberías dejar de llamarme así.

Todos ríen, yo los fulmino con la mirada y, resoplando, la centro al horizonte. Los últimos rayos de sol pintan el cielo de rojo y morado, el mar refleja la oscuridad que empieza a absorberlo todo. Una puesta de sol con mis amigos. Un bonito recuerdo para todos. Un momento ideal.

La voz de mi madre interrumpe la conversación entre Almudena y David, no sé muy bien qué le decía, algo de que le consiga entradas o algo por el estilo. Nos levantamos y recogemos todo, es hora de cenar. Animada, me acerco a David.

—¿Quieres cenar con nosotros? Parece que les has caído en gracia a mis amigos y bueno..., ya conoces a mis padres.

—No sé si es buena idea, debería volver a mi casa y dejarte con ellos...

—Oh... —Decepcionada asiento—. Como prefieras.

Desilusionada, camino hacia mi casa, encabezando la marcha al lado de Vicky. No soy consciente de que Almudena y Fran siguen con David hasta que los escucho reír. Hago como que no va conmigo y acelero el paso. Si no quiere venir, que no lo haga..., yo no lo voy a obligar. Aunque por ganas... ¡No! Sigo discutiendo conmigo misma hasta llegar a la puerta de casa.

Mi madre nos guía hasta el comedor, donde espera mi padre. Al verlo tan demacrado, todo mi buen humor desaparece. La realidad cae sobre mí como una piedra enorme. Yo pensando en mi tonto enamoramiento y olvidándome de lo más importante: la salud de papá. Decidida a pasar más tiempo con él y dejarme de tontas ilusiones me siento a su lado.

Los demás toman asiento y mi mirada se cruza con la de David, sentado frente a mí. Parece que mi madre sí le ha convencido. Su mirada me transmite un no sé qué, como si estuviese deseando decirme algo, pero se lo guarda y estoy segura de que pronto lo hará. Mejor, hoy no me apetece explicarle lo que creo que me va a preguntar.

Comemos en un ambiente distendido y, al acabar, mamá nos envía a todos al jardín. No protestamos, pues a cabezota no la gana nadie. Nos instalamos en las hamacas y todos me miran. Yo me estremezco, sé lo que quieren saber, así como sé que no quiero hablar de ello. Cojo aire y me armo de valor, estoy convencida de que esta va a ser una conversación complicada.

Capítulo 11

Almudena

Lunes por la mañana y llego corriendo al trabajo. He pasado una noche horrible llena de recuerdos agridulces en los que prefiero no pensar. Al cambiarme de ropa y estar ya con mi uniforme salgo a revisar a los ingresados. La ausencia de Thor me alegra, el perro no tiene la culpa de que su dueño sea un imbécil. Estoy acariciando la cabeza a un husky, el pobre ha comido algo con veneno y estamos haciendo todo para evitar que se muera.

La vida es tan efímera que si todos nos dedicáramos a vivir nuestras vidas y dejáramos a los demás vivir las suyas, no habría ni la mitad de problemas que hay. Una disputa entre vecinos acaba con un perro envenenado. ¿Qué culpa tiene el pobre animal? Mis pensamientos se ven interrumpidos por unos brazos fuertes que rodean mi cintura y me aprietan, un dulce beso en mi nuca despejada, pues en el trabajo llevo siempre el pelo recogido, y un susurro en mi oído:

—Buenos días, muñeca, que hoy no me has saludado.

—Lucas..., pueden vernos.

—Qué más da, no hacemos mal a nadie.

Suspiro y me dejo querer. Nadie nunca me ha tratado como Lucas lo hace, con tanto mimo y delicadeza que me hacen querer más. A sabiendas de que no debería. Me separo de él, le doy un rápido beso en los labios y me voy a seguir trabajando.

Nuestros días pasan rápidos, por la noche me encuentro sumida en mis recuerdos tormentosos como cada maldito día desde que dejé Valencia, cuando el timbre me hace reaccionar. Salgo de la cama arrastrando los pies y rezando para que no sea algún simpático que se aburre y ha decidido molestar a los que duermen.

—¿Quién es?

—Alba..., soy yo, abre, por favor, necesito ayuda.

La voz de Almudena me confunde, ¿qué hace esta mujer en mi casa a las tres de la madrugada un lunes? Abro y me coloco en la puerta, preocupada,

espero a que el ascensor llegue. Cuando las puertas se abren lo que veo me despierta del todo. Mi amiga tiene la cara magullada, se le ven rastros de golpes y lleva una maleta.

Apurada, acudo a ayudarla y cierro la puerta detrás de mí. Sé que Álvaro no la ha golpeado, pero, aun así, necesito confirmarlo. Hay miles de casos de violencia doméstica que no se denuncian y que nadie sospecha siquiera, espero que mi amiga no sea uno de esos. En este momento sé que no querrá hablar, pero mañana no se me escapa.

La ayudo a cambiarse de ropa y a meterse en la cama. Sin preguntar nada me acuesto a su lado, la abrazo y espero a que se duerma. Poco después su respiración me confirma que ya lo ha hecho. Cojo mi teléfono y envío un mensaje al grupo.

ALBA:

Mañana a primera hora en mi casa, es una urgencia.

Almudena nos necesita.

Decidida a descansar, al menos unas pocas horas, cierro los ojos y me quedo velando el sueño de mi amiga. Parece que su tranquila vida ha dejado de serlo. Cada pocas horas se despierta gritando y yo hago hasta lo imposible por calmarla, tarea realmente difícil. Por la mañana llegan nuestros amigos y los tres, tumbados en la cama con Almudena, escuchamos lo ocurrido la noche anterior.

No sé cómo tomarme la reacción de Álvaro, si bien es cierto que un poco de razón sí que tiene, considero que se le fue un poco de las manos la situación y al final ha sido peor el remedio que la enfermedad. Entre todos consolamos a Almu y cuando es hora de volver a la rutina, la dejamos en casa con mi madre.

Al llegar a la clínica, tras cambiarme y saludar a la jefa, busco a Lucas para contarle lo ocurrido y escuchar su opinión. Tal y como me esperaba, se sorprende mucho al saber que Álvaro puso un ultimátum a mi amiga y la decisión tomada por ella.

—Alba, no quiero que me lo tomes a mal, pero considero que Almudena actuó como una niña caprichosa. Como si solo ella importase y sin pararse a pensar en el daño que esa decisión podría ocasionar a los demás.

—Yo... —Suspiro, en el fondo un poco de razón tiene, Almudena es muy orgullosa e impulsiva—. Creo que tienen los dos su parte de razón. Álvaro es muy controlador y supongo que al verse en esa situación no supo reaccionar de

otra forma. Yo le debo mucho a los dos, cuando papá...

Me callo al ser consciente de lo que iba a contarle y noto cómo su rostro se torna taciturno. Sé que quiere que confíe en él y lo hago. Por supuesto que lo hago. Pero no me siento preparada para hablar de papá, menos aún del innombrable. Y mal que me pese, ambas historias van de la mano.

—¿Por qué no lo dejamos por ahora? Esta noche, al salir de trabajar, hablamos y me cuentas bien cómo sucedió todo. —Asiento y desanimada al notar su tono triste, como desganado, me separo de él y procedo a cumplir con mis obligaciones.

A mediodía voy a comer a casa y ahí está mi madre, como hizo por la mañana obligándonos a todos a desayunar, sirviendo la comida para las tres. Creo que a mamá le irá bien tener alguien más en quien centrarse, así me dejará un poco más de espacio. Comemos con una charla tensa, nadie parece tener humor para hablar, me entero de que la policía ha estado en casa y que van a estar pendiente de mi amiga. Si lo hubiesen hecho antes, nada de eso habría pasado y no habría necesidad de estar lamentándose.

Acabo mi comida y rápida me despido de mi amiga, que se va a su cuarto a dormir la siesta, y de mi madre, que queda ordenando la cocina. Ya en la calle, decido ir caminando a trabajar. No está cerca, pero con mi escapada he salido temprano, debería de llegar con tiempo.

Me coloco los auriculares y selecciono la canción que siempre me hace sentir mejor «Creo en mí», de Natalia Jiménez, y echo a andar hacia la clínica. Me cruzo con un montón de gente, incluso a veces he de apartarme para no ser arrollada, pero en mi mente la letra de la canción está surtiendo efecto. Me siento más animada, más alegre y, sobre todo, preparada para la conversación que Lucas quiere tener y de la que no estoy muy segura de salir bien parada.

Quieta frente a la puerta de la clínica, como cada tarde me toca abrir y, como cada tarde, mi enorme bolso es un pozo sin fondo en el que no hay quien encuentre las llaves. Estoy abstraída con mi música y rebuscando las llaves, tan distraída que, al sentir que alguien rodea mi cintura con un brazo, suelto un grito asustada. La risa de Lucas me sorprende al retirar los auriculares, suspiro al sentir su aliento en mi oreja y no sé si sentirme aliviada o contrariada.

—Tranquila, muñeca, soy yo. —Me giro, aún con las llaves en la mano y le doy un golpe en el pecho con la mano libre, es mi forma de cobrarme el sobresalto. Porque menudo susto me ha dado...

—Ya te vale, por poco me da un infarto.

Me besa en los labios con dulzura, pasando su lengua por mis labios y poco a poco eso me va relajando. El beso empieza con ternura y como siempre acaba por dejarnos a los dos con la respiración acelerada. Su lengua ha invadido mi boca y lucha por controlar este arrebato de pasión. Se separa y sobre mis labios susurra:

—Estás muy asustadiza, ¿quién creías que era?

Me quedo callada y mi rostro se torna serio, me muerdo el labio y doy un paso atrás. Sus ojos se oscurecen, ganando la batalla el dorado sobre el verde y haciéndome ver que no le gusta lo que está pensando. Intentando evitar el mal rato me apuro a responder:

—No he pensado en nadie. —¡Mentira! Soy una mentirosa.

Por un momento pensé que podría ser él, el innombrable, y realmente no sé si quería que lo fuera. ¿Cómo? Claro que no quería, él es agua pasada. Nunca más quiero nada de él. Tengo que convencerme de ello o me volverá a hacer daño. Y lo último que necesito es que mi pobre corazón lleno de tiritas, que con mimo Lucas va colocando, vuelva a sangrar por su culpa.

—No me mientas.

Los dos nos callamos, permanecemos frente a frente por lo que parecen horas y en absoluto silencio. Lucas agarra las llaves de mi mano y, colocándose delante de mí, abre la puerta. Sin decir nada los dos entramos, desactivo la alarma y silenciosamente, vamos a cambiarnos. No me gusta estar así con él, no se lo merece. Siempre hace hasta lo imposible por ayudarme, por animarme y yo... ¿se lo pago así?

Suspiro resignada, hoy es un día tan bueno como cualquier otro para abrir mi alma y dejar mi maltrecho corazón expuesto de nuevo. Saliendo de los vestuarios tomo mi decisión. Esta noche le contaré todo, o lo que sea capaz de contar, y que sea lo que tenga que ser. Si no entiende que yo no quiero volver a sufrir y que a su lado me siento bien, quizá sería mejor seguir siendo solo amigos.

Hasta hoy solo nos hemos acostado una vez, podemos hacer borrón y cuenta nueva. Olvidarlo y limitarnos a ser los mejores amigos. Porque eso sí lo tengo claro, como amigo no le quiero perder.

Capítulo 12

Confesiones

Mientras trabajo mi mente se distrae...

Almudena me mira y, fiel a su forma de ser, suelta la bomba, ella dirá lo que todos quieren pero nadie se atreve, ya sea por miedo, vergüenza o respeto.

—¿Cuándo ibas a decirnos cómo de mal está tu padre?

Yo agacho la mirada y me encojo al sentir las miradas de todos fijadas en mí. De reojo, miro a David, es el único que no sabe qué enfermedad tiene mi padre. Al llegar a Valencia mamá y yo decidimos no contar nada a nadie, por eso, aunque la gente pueda desconfiar, nadie tiene la confirmación. Sin saber bien qué decir, cierro los ojos y dejo que mis sentimientos fluyan.

—Yo..., lo siento, no me gusta hablar de la enfermedad de papá. Eso la hace más real y no puedo asumir que en poco tiempo ya no estará conmigo...

Todos se quedan callados a la espera de que continúe, miro de reojo la puerta de la cocina, sigue cerrada y eso me anima a seguir, pues mis padres no están escuchando. Mi madre debe de haber acompañado a papá al dormitorio, es tarde y seguro que estará agotado.

—En Madrid solo confirmaron el diagnóstico que papá tenía del médico de aquí, cáncer. —La mirada incrédula de David se clava en mis ojos y yo aparto la mirada—. Le han puesto tres sesiones de quimioterapia que alargarán su vida... —Cojo aire y continúo—: Unos pocos meses...

No hablo más, pues los brazos de mis amigas me lo impiden, Vicky y Almudena se sientan cada una a un lado de mí y me abrazan. Yo noto que por mi mejilla se deslizan lágrimas y, avergonzada de mi debilidad, me las limpio rápida.

—Cuando llegamos aquí no sabía muy bien con qué me iba a encontrar, solo sabía que mi padre quería volver a casa y que mi madre iba a necesitar todo mi apoyo, por eso..., bueno, por eso dejé todo y me vine con ellos. A los pocos días de llegar empezamos el tratamiento y mi vida se convirtió en un ir y venir de médicos, enfermeras, hospitales y medicinas. No hay minuto del día que no esté pendiente de ellos...

Suspiro y vuelvo a bajar la mirada, miro los zapatos de mis amigas rodeando los míos. Ellas siempre están ahí cuando las necesito, aun en la distancia si les digo que tengo una emergencia dejan lo que están haciendo y me llaman. Alzo la mirada y encuentro los ojos brillantes de David, supongo que es normal, él conoce a papá desde que éramos niños.

—Ahora solo queda esperar, el doctor ha dicho que no hay nada más que se pueda hacer. La medicina ha llegado al final de sus posibilidades y de poco ha servido. Papá se va consumiendo día a día. —Suspiro—. Cada mañana al entrar en su cuarto dispuesta a hacerle compañía, para que mamá se vaya a descansar, me lo encuentro un poco más desmejorado y mi corazón se encoge. Nadie sabe..., ni los médicos ni nadie pueden decir cuándo va a suceder, pero será pronto... Lo siento así, algo aquí —me toco el pecho—, me lo dice.

Me callo, no sé qué más decir. Las lágrimas corren ahora libres por mi cara, ya no me esfuerzo por ocultarlas. Noto que una mano grande coge con fuerza la mía más pequeña y busco a su dueño con la mirada. Fran me sonrío, sus ojos brillan y sé que le está costando mucho no llorar. Mi amigo es un sentimental al que es imposible no adorar. Nos quedamos todos en silencio, soy consciente de que desean hacerme mil preguntas, pero todos guardan silencio por respeto.

Pasan unos minutos y la puerta de la cocina se abre, me apresuro a recomponerme, me limpio las lágrimas y vuelvo a sonreír, no quiero que mi madre me vea así. Todos lo notan y se apuran a recomponer sus gestos.

—¿Qué hacéis ahí tan callados? Poned música y celebrad que estáis todos juntos. La vida es muy corta, nunca se sabe qué puede suceder, por ello hay que aprovechar los momentos. Hija, ahora os saco unas bebidas frescas.

Mamá se va y todos dejan salir un suspiro. Nadie quiere que mi madre se dé cuenta de nuestra conversación. David se levanta y, cojeando, la sigue. Sé que va a ayudarla, pero supongo que estar lejos de mí le irá bien también. En cuanto desaparecen los dos de vista, mis amigos se lanzan sobre mí y me abrazan muy fuerte, les sonrío y todos entendemos que el momento de confesiones ha pasado. Ahora toca disfrutar de la compañía, celebrar que estamos juntos y todos bien, al menos de momento.

David regresa con mi madre y los dos dejan en la mesa unas cervezas, refrescos y una botella de algo ambarino. Me fijo en la bebida y al ver que es *whisky* agrando los ojos. Esta va a ser una noche muy larga...

Al retirarse mamá, cada uno se sirve su copa. Yo necesito algo fuerte por

lo que agarro la botella de *whisky* y sirvo una buena cantidad en un vaso con hielo. Cuando voy a dar el primer trago una mano grande me quita el vaso, alzo la mirada y encuentro a David serio.

—No es una buena idea. Acabarás llorando y tus padres se enterarán. — Alza una ceja—. ¿Es eso lo que quieres?

¡¡Maldito!! Cómo odio que me conozca tan bien. Dejo que se lleve el vaso, lo acerca a sus labios y, para mi sorpresa, lo vacía de un trago como si nada.

—Tú tampoco deberías beber, estás tomando medicinas. Y no me apetece tener que ayudar a Fran a llevar a un borracho a su cuarto.

Su mirada ahora brilla divertida, me alegra comprobar que vamos dejando atrás el momento tan serio y triste de hace minutos. Sonríe y se acerca a mí, su proximidad me altera y por eso doy un respingo cuando me susurra al oído:

—No me voy a emborrachar con eso, Renacuaja. Aunque me gustaría ver cómo intentas cargar conmigo. —Me guiña un ojo y se aleja sonriendo. Me quedo como tonta viéndole irse y un codazo en las costillas me saca de mi abstracción.

—Amiga, estás perdida —Almudena se acerca más a mí y me susurra al oído—: ¿Cómo se te ocurre enamorarte de ese tipo? Es un futbolista famoso, Alba... Y ya sabes la fama que tiene con las mujeres... —Yo me encojo al escucharla. ¿Tanto se nota que me gusta? Además, yo no estoy enamorada, he de repetirlo hasta creerlo. Solo me siento terriblemente atraída por él. Pero... ¿qué mujer con ojos en la cara no lo haría? Es un bombón.

—Shhhh, ¡¡no quiero que te escuche!!

—Si no se ha dado cuenta es que es más estúpido de lo que pensaba.

—No seas así, Almu, no todos son tan buenos descifrando a la gente. Tú con una mirada ves el alma y los demás suelen ver lo que se les quiere enseñar.

Ella me sonríe y las dos lo dejamos estar. Pasamos varias horas entre risas, anécdotas y situaciones divertidas. Una de las mejores es la cara que se le queda a David al ver a Fran hablando por el móvil. Está en plena conversación de enamorados y él no le quita ojo. Cuando Fran regresa nos da a todos saludos de parte de Miguel y los ojos de David parece que fueran a salirse de la cara. Yo me muerdo la lengua para no reírme, pero es imposible.

Nadie se ha perdido su reacción y como locos todos estallamos en carcajadas. Nuca olvidaré la cara de alucine al preguntar a Fran si era gay.

Son esos momentos de felicidad por los que vale la pena vivir. El cielo empieza a clarear cuando decidimos irnos a dormir. Nos separamos de David en el jardín y después cada uno se va a su cuarto.

Nos despertamos a la hora de comer, mi madre nos sorprende con una gran paella y todos la devoramos con ansia. Nos vamos toda la tarde a la playa y hoy, sin la presencia de David, les explico a mis amigos la relación que me une al futbolista. La tarde la pasamos entre confidencias, el agua fresca del mar y el calor de la arena. A la hora de cenar recogemos nuestras cosas y vamos al encuentro de mis padres. Decidimos irnos temprano a la cama, pues al día siguiente después de comer, mis amigos regresan a Madrid y espero llevarlos a pasear por la ciudad, picar algo por ahí y dejarlos en la estación a la hora acordada.

Mis planes se cumplen, temprano para ser domingo, nos levantamos, cargamos las maletas en el coche y nos dirigimos a Valencia. Mis amigos se van lamentando de no poder despedirse de David, al cual no hemos vuelto a ver desde el viernes.

Paseamos por los alrededores de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Sé que Fran quería conocer los edificios y su mirada ilusionada al recorrer todo lo que nos rodea me lo confirma. Charlamos y disfrutamos las horas que nos quedan juntos. El tiempo se nos va volando y cuando me doy cuenta ya estoy sola en la estación viendo salir el tren hacia Madrid. Resignada a no verles por unos meses, camino hacia mi coche y me voy a casa.

Han pasado siete días desde que mis amigos se han ido. Hemos hablado por nuestro grupo de WhatsApp y por teléfono. Nada es como tenerlos aquí, los extraño muchísimo... Tampoco he vuelto a ver a David, supongo que estará ocupado con su rehabilitación. Mis días se reducen a correr, estar con papá, comer y volver a estar con papá. Las noches se me hacen eternas, pues no consigo dormir una de un tirón, las pesadillas no me lo permiten. Mi mente traidora no hace más que enseñarme la muerte de mi padre y yo no puedo evitar acabar llorando con la almohada cubriendo mi cabeza.

Hoy lo he visto muy desmejorado, es como si en una semana a él le sumasen años. Está más lento en sus movimientos y eso me asusta. He llamado al médico y me ha dicho que es normal, que la enfermedad está siguiendo su curso y yo siento que el final se acerca.

Pasa otra semana y todo sigue igual. El mes de agosto enseña la nariz y mi vida continúa siendo la misma. Me alegra que mi padre siga aquí conmigo,

pero me duele verlo en ese estado. Hoy he salido al jardín después de comer con la esperanza de ver a David, algo me dice que él vendrá. Dos semanas sin verle... ¿Dónde se habrá metido? No quiero admitirlo, pero lo extraño.

Otro día pasa y otra vez no aparece. Es sábado por la mañana y cada día lo echo más de menos, aunque no debería. Resignada, decido dejar a un lado su abandono y me voy a pasear por la playa. Para mi sorpresa, la arena está llena de gente y por esa razón acabo sentada en las escaleras de mi casa, mirando el horizonte. Mis pensamientos se debaten entre David y papá. No sé cuáles me hacen más daño y no quiero pararme a descubrirlo. Me levanto y, sin hacer caso a lo que me rodea, me aproximo a la puerta de mi casa. Una voz conocida e inesperada me paraliza. Alegría corre por mis venas al girarme y verle frente a mí.

—Hola, Renacuaja, ¿no vas a saludarme?

—Hola, Cucu. —Nos quedamos mirándonos como dos tontos, sin decir nada, sin movernos y sin preocuparnos de nada. La puerta de casa se abre y mi madre me habla:

—Hija, ¿puedes ayudarme un momento? —Miro a David y a mi madre alternativamente, asiento a mamá y vuelvo a mirar al dueño de mis desvelos. Armándome de valor susurro a David para que mi madre no me escuche:

—¿Te gustaría que hoy te invite a esa cena que tenemos pendiente?

—Claro, nos vemos a las nueve. Esta vez conduzco yo.

Salgo tras mi madre y la ayudo a cambiar la cama de papá. Lo cual no es más que una excusa, creo que buscaba interrumpir el encuentro con David. Suspirando, me voy a mi cuarto y dedico el resto del día a arreglarme para salir. Esta vez no vamos al cine, sino a cenar, razón por la cual mi cama está cubierta de minivestidos. Elijo uno verde que me queda perfecto, se ajusta a mis curvas y es de largo hasta medio muslo. Lo combino con unos zapatos negros y una americana del mismo color. A las nueve menos cinco estoy en la puerta esperando a David.

Capítulo 13

Recuerdos

Al salir de trabajar, Lucas y yo no vamos al bar de al lado. Es una conversación importante y decidimos hablarlo en su casa. Elegimos la suya porque su primo casi seguro que no habrá llegado y nadie nos interrumpirá. Es por ese motivo que me encuentro sentada en el sofá, con una taza de café en las manos y con un taciturno Lucas a mi lado. Suspiro y empiezo a recomponer la historia...

Volver al pasado es complicado...

David me sonrío en cuanto me meto en el coche, está increíble con esos pantalones de pinzas gris antracita y esa camisa blanca. Parece un modelo de revista, algo que verdaderamente es... Sonrío como tonta y desvío la mirada, lo último que necesito es mirarlo como una boba enamorada y que se dé cuenta de cuánto me gusta.

Durante el viaje hasta el restaurante hablamos de cosas sin importancia, es como si ambos estuviéramos esperando el momento de la cena para tocar temas serios. Llegamos a un hotel, lo cual me sorprende, pero no lo demuestro. Un chico recoge las llaves y se lleva el coche dejándome plantada frente a la imponente fachada del hotel con el hombre que me quita el aliento. Juntos entramos y vamos hacia el restaurante, David indica que tiene una reserva y en cuanto lo reconocen nos tratan como a reyes, el lado bueno de ser famoso.

Pedimos la comida y el camarero, muy diligente, se va y nos deja solos. Ahí empieza la verdadera cita y con ello mis nervios empiezan a dejarse ver. Sí, cita, porque esto no es una salida de amigos. Todo indica que es algo más y estoy deseando ver cómo acaba.

—¿Te pasa algo, Renacuaja?

—¿Podrías no llamarme así? Al menos mientras haya gente delante, me haces sentir como una niña.

—Claro, hoy serás Alba, la adulta, guapa y *sexy* Alba. —Me atraganto con el sorbo de vino blanco que estaba bebiendo, intento que no se note lo que sus palabras me han provocado, pero su sonrisa maliciosa me dice que ya es

tarde. ¿Cómo puede decirme algo así y esperar que no reaccione?

—Tranquila, somos personas adultas. Los dos sabemos lo que queremos. ¿No es así? —Confundida por sus palabras, sin saber cómo responder, agarro de nuevo la copa y bebo otro sorbo. Si sigo a este ritmo y con el estómago vacío, pronto dejaré de ser dueña de mis actos.

—Supongo que sí. Yo sé lo que quiero, pero lo que me muero por saber es... ¿qué quieres tú?

No me responde, se dedica a devorarme con la mirada. Sus lujuriosos ojos color chocolate me derriten. Trago saliva y me muerdo la lengua para evitar decir algo de lo que me podría arrepentir. ¿Es cosa mía o me está proponiendo algo más? Los ojos de David no se pierden ni uno de mis movimientos y me hacen sonrojar.

—¿De verdad quieres saberlo?

El camarero interrumpe en ese justo momento y me quedo con las ganas de decirle que sí, que no hay nada que desee más. Nos sirven la cena y ambos empezamos a comer. Para aligerar el ambiente empezamos hablando de su recuperación, me cuenta que su rehabilitadora regresará de Madrid la próxima semana y harán las jornadas intensivas para poder estar en el primer partido de liga. Su ambición me parece algo desmedida, pero me callo y asiento. Si él cree que lo logrará, no voy a quitarle la ilusión. Lleva tantos meses inactivo que seguro que estará deseando volver a jugar. Doy el último bocado a mi cena y dejo el tenedor sobre la impresionante vajilla.

—¿Vas a querer postre? —Me sonrojo como nunca antes. Esa pregunta ha evocado otro tipo de postre diferente al que él me está ofreciendo y es imposible que mi acaloramiento pase inadvertido a sus sagaces ojos. Me relamo pensando en el postre que yo quiero y casi en un gemido trato de explicarme:

—Yo...

—Ya veo... —Pide la cuenta y cuchichea algo con el camarero, no sé qué, pues desde mi sitio no le escucho.

Se levanta y, como el caballero que yo sé que no es, me ofrece su brazo. Juntos salimos del restaurante dirección a la recepción del hotel. Me estremezco y creo que lo advierte, aunque no dice nada. Pide la llave de su habitación, la que ya tenía reservada y subimos juntos en el ascensor hasta ella.

Incrédula por el lugar donde me encuentro y con quién lo hago, me limito a

entrar en la suite y disfrutar de lo que sea que me tiene preparado este hombre. Frente a la cama hay una botella de champán y una rosa roja. Camino hasta allí y cuando voy a agarrarla tocan a la puerta. David abre, entra un trabajador del hotel con un carrito, lo deja en una esquina y, tras recibir su propina, se va sin decir nada.

Me sonrío y agarra la tapa que cubre el plato, lo levanta y veo una espectacular tarta de chocolate con nata. Suspiro y me acerco, olvidando la rosa. Adoro la tarta de chocolate con nata, desde que era una niña ha sido mi debilidad y él lo sabe. Sin esperar más, agarro una de las cucharillas y la entierro en el tentador pastel.

—¿No crees que, como mínimo, deberías darme las gracias por traerte al lugar donde hacen la tarta de chocolate y nata más rica de Valencia?

Con la boca inundada por ese manjar de los dioses me acerco a él, le abrazo y le beso en la mejilla, dejando una marca de chocolate en ella. Trago y gimo por lo rica que está, causando estragos en el control de David, que me mira como si deseara hincarme el diente.

—Dios... —gimo de nuevo inundada por el delicioso sabor de la tarta—, esto está de vicio. Gracias, mil gracias. —Me giro para volver a enterrar la cuchara en el trozo de cielo y unas manos grandes agarran mi cintura, apartándome de tan succulento placer.

—No tan rápido. —Sus manos me obligan a girarme y lo encaro con una sonrisa—. Primero agradécelo y después ya veremos si te dejo seguir gimiendo de gusto o lo haces de placer.

Su descaro me sorprende, su iniciativa me alegra y, al sentir sus manos en mi cintura y sus labios atrapar los míos, todo se me olvida. Me agarro a sus fuertes brazos, que aún me rodean, para evitar caerme y sin darme cuenta pierdo el agarre sobre la cuchara. Su beso está destrozando mis neuronas y haciendo que cada célula de mi cuerpo quiera sentirle más cerca. Animada por su apasionado acercamiento, que derrite mi cerebro y me convierte en una masa de gelatina entre sus manos, abro los botones de su camisa buscando tocar su cálida piel.

Al sentir mis dedos curiosos rozar sus marcados abdominales, David reacciona y me eleva del suelo en un simple gesto. Al perder contacto con la tierra, mis piernas automáticamente rodean su cintura y me dejo llevar a donde él quiera.

Siento la cama bajo mi espalda y el peso de su cuerpo firme encima de mí.

Nuestras bocas no se separan, nos devoramos como si no hubiese un mañana, disfrutando el momento robado. Sus dedos ascienden por mis muslos y suben la tela de mi vestido, dejándola enrollada en mi cintura. Mis ávidas manos retiran la camisa de su cuerpo y recorren su pecho con premura. Nunca esperé sentirle así, su piel cubierta de vello sobre la mía, sus manos recorriendo todo mi cuerpo, sus labios devorando los míos. Deseosa de ir más allá, busco el botón de su pantalón, que soy incapaz de abrir y eso provoca una risa en David.

Ante mí, de pie delante de la cama, tengo al codiciado futbolista y yo solo veo a mi amor de juventud. Lo recorro con la mirada y me incorporo ligeramente para verle mejor. Sus pectorales, sus anchos hombros que se estrechan bajando hasta sus caderas, las cuales preceden esos perfectos abdominales. Todo ello salpicado por un caminito de vello que se pierde bajo la tela de los pantalones y que me hace salivar. Esos que acaban de caer al suelo, acompañados de su *slip*, dejándolo ante mí como su madre lo trajo al mundo.

Ahogo un gemido al ver el motivo de su mote. Él me sonrío y se gira para revolver en su cartera, dándome una perspectiva perfecta de su firme trasero y su ancha espalda. Cuando vuelve a mi lado trae en la mano el preservativo, anunciante más que claro de lo que va a pasar.

Volvemos a besarnos, sus manos regresan a mis muslos y ascienden rápidas, agarran las finas tiras de mi diminuta ropa interior y la retiran. De rodillas entre mis piernas abiertas me mira, desliza un dedo por mi sexo y sonrío. Me remuevo inquieta al verle confirmar lo que yo sé de sobra. Estoy más que preparada para recibirle y, viendo cómo rompe el paquete del preservativo, no voy a tardar en hacerlo.

Se cubre el miembro con él y se acerca tentativo a mí. Sus ojos se clavan en mi sexo y los míos en su erección más que grande. No es de extrañar que sus compañeros le inventaran un mote por ello... Un roce en mi necesitado clítoris es lo único que recibo como advertencia de lo que está por venir. De una estocada se entierra en mi cuerpo, sus manos agarran la tela de mi vestido, tirando hacia abajo para descubrir mis pequeños pechos y dejarlos a su disposición.

El vaivén de sus caderas va acelerando con cada embestida, las caricias de sus dedos son toscas, poco delicadas e incluso a veces dolorosas, algo que no me molesta en absoluto. Todo lo que él tenga a bien darme lo recibo de

buen grado. Siento cómo sus manos abandonan mis sensibles cimas y bajan a mi trasero, las cuela por debajo, alzándome y haciendo así sus penetraciones más profundas y certeras.

Percibo cómo un aluvión de sensaciones me invade, tengo ganas de gritar su nombre, de decirle que le quiero y que no deseo que esto se acabe nunca. Temerosa por cuál podría ser su reacción me muerdo el labio y ahogo así palabras que no debo pronunciar. El orgasmo me arrasa, David me embiste tres veces más y se deja ir con un ronco gemido. Se deja caer sobre mí y así nos quedamos, recuperando fuerzas.

Pasados unos minutos se incorpora, no me mira siquiera antes de ir al baño a darse una ducha. Una extraña sensación se apodera de mí, como una premonición de que algo malo va a suceder.

Me levanto y voy a por la rosa, que coloco junto a la tarta y observo embobada. Ambos son indicios de que me conoce bien y que él deseaba que esto sucediera tanto como yo. ¿Por qué siento que algo malo va a ocurrir entonces? Mis peores sospechas se confirman cuando, al salir David del cuarto de baño recién duchado, empieza a recoger su ropa.

—Vístete, en un rato nos vamos.

—Claro, no tengo mucho que ponerme...

Su mirada se aparta de la mía y creo verle avergonzado. Saco fuerzas de flaqueza, cojo mi tanga del suelo y entro en el servicio, necesito estar sola para aparentar ser la mujer adulta que realmente soy, la fuerte y decidida, la que no teme a nada. La mujer que asumirá este momento de pasión como un desliz y no la niña enamorada que realmente soy.

Una vez recompuesta, o aparentemente al menos, salgo del cuarto de baño, agarro mi bolso y echo una mirada a la tarta. Esa que tanto me gusta y que a partir de hoy tendrá un significado diferente para mí. La ignoro y agarro la rosa, clavándome una espina en el proceso, lo que me recuerda que la belleza también puede herir, así como este maravilloso momento siento que hará con nosotros.

David me espera en la puerta, totalmente vestido y tranquilo. Recojo mi chaqueta y mi bolso, camino decidida hacia él y juntos abandonamos el hotel que ha sido testigo de nuestra pasión.

Subimos al coche, ambos en silencio y poco después estamos parados enfrente de mi casa. Le sonrío de la forma más falsa que puedo, evitando que note la desolación que me invade. Espero que esta situación mañana no sea tan

incómoda y volvamos a ser los de antes, aunque siento que no va a ser tan sencillo. Agarro la manilla y abro la puerta, él no se mueve, salgo al exterior y antes de cerrarla me asomo al interior del coche.

—Nos vemos mañana, que descanses.

—No, en unas horas cojo un avión. Tengo que grabar un anuncio y estaré unos días fuera. —Me quedo parada, helada por su tono y por la distancia que impone entre ambos. No le miro, no sé lo que siento, pero sea lo que sea él no lo advertirá en mis ojos. Cojo aire y hablo lo más serena que puedo:

—Está bien, nos vemos cuando regreses entonces.

Cierro la puerta y con la máxima normalidad que logro aparentar, camino hasta la puerta de mi casa. La abro y entro sin mirar atrás, aferro la rosa entre mis dedos y dejo que las espinas se claven en mi piel. Lo último que necesito es que David vea mi cara surcada por las lágrimas o el dolor que esta situación me ha provocado, pero es lo que me merezco.

Subo hasta mi cuarto sin hacer ruido para no molestar a mis padres y me dejo caer sobre mi cama, la cual será el único testigo de mi malestar, de mi dolor y de mis lágrimas. No voy a contar esto a nadie, mis amigas me advirtieron y no les hice caso. Ahora he de apechugar y superarlo.

Para David no soy más que el desahogo que tenía más a mano, la amiga tonta que suspira por él y a la que embaucó con unas pocas palabras, la que se dejó embaucar. Con las lágrimas corriendo por mi cara me desnudo, coloco la rosa donde pueda verla para que me recuerde el error cometido, me pongo el pijama y me meto en la cama.

Su olor está en mi piel, su sabor en mis labios y las lágrimas en mis ojos indican que es todo lo que voy a tener de él. Desolada, me cubro la cabeza con las mantas y lloro. Lloro por horas hasta que de puro agotamiento me quedo dormida.

Capítulo 14

Papá

Lucas me mira serio, noto por su mirada que no se esperaba lo que acaba de escuchar. Ni el saber de la enfermedad de mi padre, ni mucho menos del momento de pasión con David... Aún me cuesta decir su nombre... Suspiro y busco esos ojos verdes que tanta paz me transmiten. Lucas agarra mi mano con delicadeza, mientras con sus dedos dibuja formas confusas sobre ella.

—Voy a decirte algo y espero que no te parezca mal. ¿Eso es todo?

Aparto la mirada, sé que si le digo que sí, lo dejaré estar. Lo malo es que no le quiero mentir, quiero contárselo todo. Hoy he desvelado algo que nadie más sabe, esa noche con David es un secreto de los dos. Yo no lo he hablado con nadie y dudo que él lo haya hecho. Ambos hemos permanecido en silencio. Lucas agarra mi rostro con su mano libre y me obliga a mirarle, haciendo que mis nada apropiados pensamientos se alejen.

—Hay más. Lo sé. Si no quieres hablar lo respeto, Alba, pero has de entender que no quiero hacer el imbécil y así es como me siento en momentos como el de esta tarde.

Asiento y permanezco en silencio, quizá sería mejor acabar de contarle la historia y que él decida después qué es lo que quiere hacer. Cojo aire y vuelvo a mi pasado. Ese del cual llevo meses huyendo y ahora Lucas me fuerza a recordar.

Sigo con la historia...

Hace tres semanas que mis amigos volvieron a su vida y una semana que no sé nada de David. Al menos podría enviarme un mensaje para decirme que está bien. Aunque yo tampoco le he dicho nada... Apurada saco mi móvil y le escribo un mensaje:

ALBA:

Hola, hace mucho que no te veo ¿estás bien?

Espero una respuesta que no llega. Desanimada, cojo mi libro, mi taza de café y salgo al jardín, si no quiere hablarme que no lo haga. Me dejo caer en la hamaca e intento abstraerme de todo leyendo. Una puerta que se cierra me asusta y alzo la mirada. David me mira desde la entrada a su casa, no sé qué es

lo que veo en sus ojos que me asusta. Cierro el libro y me pongo de pie. Espero a que se acerque y me sorprende que la puerta se abra de nuevo, a su lado se coloca una chica rubia, alta y *sexy*. Creo que la he visto antes, pero no estoy segura.

—Hola, me alegra verte, ¿todo bien? —No aparto mi mirada de la chica, pero David ignora ese detalle y se encoge de hombros.

—No quiero molestarte, volveremos más tarde. —¿Qué? Me está diciendo que no quiere hablar conmigo... ¿Será que le molesto? Apurada, me dirijo hacia las hamacas, recojo mi taza y, tras sacar fuerzas de donde casi no me quedan, le miro.

—No te preocupes, yo ya me iba...

Camino hacia mi casa. ¿Qué ha sido eso? ¿Dónde ha quedado mi amigo? Una lágrima corre por mi cara y, enfadada, me la limpio de un manotazo. Está bien, si lo que quiere es que no le hable no lo haré. David no hace nada por detenerme y yo me encierro en mi cuarto el resto del día.

A la mañana siguiente, me dispongo a salir a correr cuando les veo. Ella va vestida con tan poca tela que parece que vaya a la playa en vez de a hacer ejercicio. David, como hombre baboso que es, no le quita la mirada de encima.

Me obligo a ignorarles, meto los auriculares de mi iPod en las orejas, selecciono «Highway to Hell» de ACDC y al ritmo de las guitarras eléctricas salgo corriendo en dirección opuesta a donde ellos están. Hoy es un buen día para cambiar mi ruta diaria. No lo hago porque ellos estén allí... Si sigo repitiéndome eso quizá dentro de una hora me lo creeré.

Llego a casa sudando como nunca, en la puerta los veo de nuevo y un nudo se forma en mi estómago. De nada ha servido que me matase a correr para olvidarle, su imagen me persigue a donde vaya. Resignada y enfadada, me dirijo a mi cuarto. Necesito una ducha.

Paso una semana cruzándome con ellos todas las mañanas. Ni ellos me hablan ni yo a ellos. David en pantalones cortos y camiseta de sisas es un manjar para la vista, pero me obligo a no mirarlo. Se me hace incómodo verle y que ni me salude. No sé qué ha sucedido, pero yo no le he hecho nada. Si no quiere hablarme... es su decisión. No creo que al acostarnos hayamos hecho daño a nadie, pero si así es como él soluciona sus problemas mejor ir sabiéndolo desde ya.

Septiembre llega y con él la salud de mi padre empeora. Sus ojeras están muy marcadas y ha adelgazado mucho. Por más que intentamos alimentarle y cuidarle, la enfermedad avanza sin tregua. Esta mañana, al regresar de mi carrera matutina, mi madre me pidió que acompañara a mi padre, cosa que siempre hago, pues iba a ir al supermercado. Acepté y aquí estoy, con mi padre en su cuarto.

—Hija, ¿me traes un poco de agua fresca?

—Claro, papá, no te levantes, ahora regreso.

Salgo hacia la cocina, pasados dos minutos estoy en la puerta del dormitorio de mis padres. Al verlo tirado en el suelo el vaso se me cae, se rompe en mil cachos, cortándome en el pie, pues llevo sandalias, y mojando todo a mi alrededor. Corro hacia donde mi padre está tirado ajena a los cristales que se me van clavando en la piel. Me agacho y compruebo su pulso ¡¡gracias a Dios!! Es débil, pero está ahí.

Intento levantarlo, pero no puedo, preocupada porque esto pueda hacerle daño me quedo parada. Decidida, salgo corriendo en busca de mi vecino, si David me ayuda podremos colocarlo de nuevo en la cama. Entro en su casa sin pedir permiso, en la cocina está Gloria, que me mira confundida. Le sonrío y corro hacia el cuarto de David, no me sirve de nada asustar a la pobre señora, ella no puede ayudarme.

Al llegar al dormitorio de David me paro y dudo. Cojo aire y toco a la puerta con fuerza, espero que pueda ayudarme, no sé a quién más recurrir. Pasan unos segundos y vuelvo a llamar. Nadie responde y, decidida, giro el pomo. Lo que me encuentro al entrar al dormitorio me deja congelada. David está tumbado en la cama boca arriba con la chica esa sentada a horcajadas sobre él. Los dos están semidesnudos, parece que los he pillado en los calentamientos. Ella lleva una minicamiseta, que solo tapa sus pechos, y un *short* que es más pequeño que algunas de mis bragas. Él va sin camiseta, solo viste unos pantalones cortos de deporte. Las manos de ella recorren su torso, ávidas y yo no sé qué hacer.

No se han enterado que he entrado, están tan concentrados en ellos mismos que ni los golpes en la puerta ni mi presencia los ha alertado de que ya no están solos. Doy un paso atrás y, negando, salgo corriendo sin siquiera volver a cerrar la puerta.

Al pasar al lado de Gloria esta me mira aún más confundida que antes. Las lágrimas asoman a mis ojos, pero me niego a llorar por ese imbécil. Saco mi

móvil y al llegar al jardín ya me han respondido los de la ambulancia, en cinco minutos estarán aquí. Corro hacia el dormitorio de mis padres ajena a todo lo que sucede en la casa de al lado. No pienso dedicar ni un minuto más a David. A partir de hoy él no existe para mí.

Los sanitarios llegan diez minutos después. Yo sigo sangrando por los cortes de mis pies sin ser consciente de ello. La adrenalina que corre por mis venas al ver a mi padre en ese estado no me permite sentir dolor. Abro la puerta a los chicos de la ambulancia y les guío hasta donde mi padre yace en el suelo. Ellos quieren revisar mis heridas, pero me niego, primero mi padre. Al ver mi cara deciden hacer las cosas como les digo. En cinco minutos mi padre está de nuevo en la cama, le han mirado las constantes vitales y, aunque débiles, son correctas. Eso me deja más tranquila, razón por la que, ahora, sí dejo que hagan las curas a mis pies sangrantes.

Los de la ambulancia ya se han ido. Llevo media hora acostada en la cama de mis padres sin perder de vista a papá. Me han recetado reposo y evitar caminar mientras las heridas no se cierren. Al parecer me he hecho más daño del que creía. Resignada, me limito a mirar al techo evitando pensar en nada.

Minutos más tarde llega mi madre, al verme en la cama con los pies vendados corre a ver qué ha sucedido. Al contárselo sus ojos se inundan de lágrimas, las dos sabemos que el final se está acercando. No le he contado mi visita a casa de los vecinos, no creo que sea necesario que sepa que David no solo no me ayudó, sino que ni siquiera se enteró de mi petición de ayuda, pues sus manos estaban muy ocupadas en el culo de esa... ¿Esa? La chica no tiene la culpa. Si David prefiere a la rubia, es cosa de él.

Guardo la semana de reposo que me recomendó el chico de la ambulancia, semana en la cual mi padre no ha sufrido ningún otro percance. Mi madre se dedicó esta semana a subir bandejas a los cuartos de mi padre y mío. Pobre..., por si no tenía bastante con cuidar de papá, voy yo y me sumo a sus obligaciones.

Diciembre llegó por fin, el tiempo ha pasado rápido, aunque no tan tranquilo como me gustaría. La salud de mi padre se deteriora día a día y no hay nada que se pueda hacer. La sensación de impotencia no me abandona en ningún momento del día. A mediados de octubre recuperé mi rutina de salir a correr, es el único momento en que mi cabeza logra desconectar de todo. Tengo continua comunicación con mis amigos, los cuales me notan más

decaída, pero no puedo evitarlo. Sé que cada día que pasa es uno más cerca del final.

Hoy me he despertado con un nudo en el estómago. Con un mal presentimiento. Por ese motivo no he salido a correr. Decidida, me voy al dormitorio de mis padres y me acomodo en la cama al lado de papá. Él me sonrío y agarro su mano.

—Hija, espero que estés preparada para cuidar de tu madre —sus palabras no son más que un susurro, pero me hacen sentir un cúmulo de emociones—, ella... ella te quiere y te va a necesitar. Por favor, no te separes de su lado.

—Tranquilo, papi. No lo haré, pero tú vas a estar aquí para comprobarlo. —Las lágrimas se amontonan en mis ojos y me niego a dejarlas salir.

—El final está cerca, lo sé..., lo siento. Prométeme que cuidarás de ella.

—No necesitas pedírmelo, siempre lo haré. Pero si te quedas más tranquilo, te lo prometo. —No decimos nada más. Los dos nos abrazamos y así permanecemos durante horas. Mi madre entra al cuarto y al vernos así se emociona. Se sienta a mi lado y los tres nos abrazamos en silencio. No es necesario decir nada.

Al día siguiente mi padre sufre una crisis y lo viene a buscar la ambulancia. Es ingresado en el hospital y el médico nos confirma que ya no saldrá. A partir de aquí mis días pasan de estar en casa a vivir en el hospital. Mamá y yo nos turnamos para estar siempre con él. Lo último que queremos es que cuando llegue el momento él esté solo. Muchos amigos vienen a vernos al saber que papá está ingresado. Nosotras nunca dijimos nada de la enfermedad y ahora todos se sorprenden.

Los días pasan agónicamente lentos. Llega la Navidad y nosotros continuamos en el hospital, cada día papá está más débil. Las visitas no dejan de venir y yo, aunque lo intento, no puedo con ello. Tanta gente que en meses no ha llamado ni una vez y ahora están afligidos por su enfermedad. Si hubiesen llamado hace meses, ahora no se sorprenderían tanto.

Intento hacerme la fuerte, diariamente necesito apoyo y comprensión. Solo la recibo de mi madre y mis amigos, razón por la que cada vez más seguido los llamo por teléfono. En la última llamada ellos me avisaron que pronto vendrán a verme, pues saben que los necesito. Eso me saca una sonrisa débil, al dejar a un lado mi móvil me siento mejor.

Enero ha empezado con mal pie, en ocho días llevamos siete crisis. Los

médicos están convencidos de que ya poco más pueden hacer. Han comunicado a mi madre que solo le darán calmantes para el dolor y ya será lo que tenga que ser. Las dos nos abrazamos tristes, eso significa que en cualquier momento nos quedaremos solas. Estamos abrazadas cuando la voz de nuestra vecina, doña Gloria, nos interrumpe. Nos separamos y al mirarla veo a David tras ella. Mis ojos destilan odio y él debe de notarlo pues da un paso atrás.

—Voy a la cafetería, ¿quieres que te traiga algo, mamá?

Ella me mira confundida al escuchar mi tono serio, pero niega y yo paso, al lado de nuestros vecinos, veloz. Al entrar en el ascensor me muerdo el pómulo intentando que mis ganas de llorar no dejen de ser eso, ganas. Una mano grande y morena bloquea las puertas del ascensor y me estremezco al reconocerla.

He intentado no pensar en él. He hecho todo por olvidar los buenos momentos que vivimos juntos, dado que nunca han sido importantes para él. Y ahora..., aquí está, invadiendo mi vida de nuevo y haciendo como si no pasara nada. Como si no llevara meses ignorando mi presencia.

—Alba... ¿te importa si tomo ese café contigo?

Me encojo de hombros hastiada. ¿Por qué a mí? ¿Por qué tiene que sucederme a mí esto? En estos momentos no me siento fuerte para afrontar su compañía, mucho menos para su lástima. En silencio llegamos a la cafetería y, tras pedir, nos dirigimos a una mesa apartada. Yo me limito a remover el azúcar en mi café y mirar los surcos que la cucharilla deja en la espuma de este.

—Renacuaja, lo siento. —Espera que hable y no lo hago—. ¿Se puede saber qué te pasa? —Alzo la mirada llena de ira y al cruzarme con los ojos de David algo se rompe en mí. Niego y le encaro.

—¿De verdad quieres saberlo? Porque no me lo parecía hace dos meses cuando estuve en tu casa en busca de ayuda, que nunca llegó.

—¿De qué estás hablando? —La confusión de su rostro me confirma que no se enteraron de mi presencia.

—Ni cuenta te diste, estabas tan ocupado con la rubia que ni me viste... — Niego enfadada y me bebo el café hirviendo de un trago. Me levanto y me dirijo a la salida, no merece la pena explicarle nada—. Me gustaría estar sola, gracias.

Me mira incrédulo y, tras pagar al camarero, sale corriendo detrás de mí.

Agarra mi brazo y me arrastra hacia el jardín que rodea el hospital, donde la gente se nos queda mirando, a fin de cuentas él es un famoso y allá donde va atrae la atención.

—Dime de una vez qué te sucede, no soy adivino.

Enfadada, me revuelvo y suelto mi brazo de su agarre. La enfermedad de mi padre me tiene al borde y él acaba de dar ese empujón que hace que mi personalidad agradable deje de ser tal cosa para convertirme en un volcán en erupción.

—Hace tiempo estuve en tu casa porque mi padre se resbaló y yo no podía levantarlo sola. Entre en tu cuarto —mi voz destila veneno— y te vi retozando con ella. Llamé a la puerta y ni me escuchaste. Estabas muy ocupado... —él intenta hablar, pero lo paro—. Me importa poco lo que hagas, pero no vengas ahora a ser el amigo que he necesitado todo este tiempo. Me has demostrado que no vales la pena.

Me aparto de él y camino hacia el interior del hospital. No me paro a pensar en nada, no quiero ver su cara, no quiero confirmar que le importa poco o nada lo que le acabo de decir. Entro al cuarto de mi padre y me siento a su lado. Agarro su mano y cierro los ojos con fuerza, no voy a llorar por quien no lo merece.

Durante un buen rato noto su presencia, sus ojos fijos en mí. Escucho que habla con mi madre y la suya, que se preocupa del estado de papá, pero siento que ya es tarde, que llega demasiado tarde.

Hoy es viernes y el mes de enero está llegando a su final. Estoy totalmente concentrada en mi padre, el deterioro de su salud es implacable y me tiene destrozada. Hace días que no come, el alimento se lo meten en vena; no se puede levantar y para todo necesita ayuda. Cada día siento el final más cerca y eso me da mucho miedo. No sé qué haré después con mi vida. Me levanto y me coloco al lado de la ventana, mi mirada se pierde en el horizonte.

Estoy sumida en mis deprimentes pensamientos cuando unos brazos pequeñitos rodean mi pierna. Me vuelvo a tiempo de ver a todos mis amigos entrando en la habitación. La pequeña Clara es quien me abraza y yo no puedo evitar soltar más de una lágrima al verlos. Han venido todos. Cojo en brazos a la pequeña y la lleno de besos. Curiosa de que ella esté aquí me acerco a mis amigos. Reparto besos para todos sin soltar a la niña.

—¿Cómo habéis hecho para entrar todos sin que os digan nada? Y lo más

importante... ¿Cómo os han dejado pasar a Clara?

Los hermanos Cuesta se sonríen y yo deduzco que han movido sus influencias. Alegre de verlos me abrazo a mis amigos y con Vicky, nos sentamos en el sofá que está frente a la cama de papá. Ella está pletórica por su próxima boda con su Alex y yo me alegro por ellos, no quiero que por mi estado se sientan contrariados. Fran comenta sus intenciones de mudarse con su pareja en cuanto su hermana del alma dé el sí quiero y todos sonreímos. Al mirar a Almudena ella se encoge de hombros y abraza al serio y dominante Álvaro Cuesta. Ese gesto dice más que mil palabras.

Sonrío sin muchas ganas al ver felices a mis amigos, no es que no me alegre por ellos, es que las penas pueden más. Tras escucharles procedo a contarles todo lo ocurrido con David, o casi porque de nuestra noche de pasión no diga nada. También que desapareció sin despedirse y que no espero volver a verlo tras lo ocurrido hace días en este mismo hospital.

Todos escuchan en silencio hasta que un pitido nos alerta que algo está sucediendo. Un desfile de médicos y enfermeras pasan a nuestro lado y se adentran en la habitación de mi padre, nerviosa, voy de un lado a otro. No nos dejan entrar en la habitación y, en el pasillo, mamá se acerca a mí y nos abrazamos. Minutos después la puerta se abre y nuestros temores se confirman.

Hoy viernes 23 de enero de 2015 mi padre ha fallecido.

Capítulo 15

Madrid

Sin darme cuenta me encuentro entre los brazos de Lucas, que me consuela y me anima a que llore y me quite todo ese dolor. Sobre su pecho dejo fluir mis lágrimas mojando su camiseta y dejando por fin que todo el dolor, la angustia y el sufrimiento que me tragué hace meses salga. Sollozo de forma descontrolada, Lucas acaricia mi pelo y deja tiernos besos en mi cabeza, como si tuviese a una niña herida entre sus brazos. Poco a poco me voy recomponiendo, me separo de su cuerpo y le miro a los ojos.

Sus verdes pupilas están fijas en mí, se le ve preocupado y deseando saber más. No dice nada, no hay nada que decir, sus gestos de consuelo son para mí lo mejor. Son el bálsamo que mis heridas necesitan. Suspiro y lo abrazo, cogiendo fuerzas para acabar de contarle cómo regresé a Madrid.

Sigo en el momento más doloroso de mi vida...

Los novios de mis amigas han tomado el mando de la situación, para ser exactos el de Almudena lo hizo. Fiel a su naturaleza dominante ha asumido el control y ha empezado a dar órdenes a diestro y siniestro. Mi madre y yo continuamos en una nube a la espera de que nos digan que hay un fallo y que no es cierto que papá ha muerto. Para nuestra desgracia eso no ocurre y al vernos arrastradas fuera del hospital no sabemos muy bien qué hacer.

Mis amigos nos llevan a casa, allí me ducho y me pongo ropa negra, el único color que soy capaz de vestir, el color de mi alma, de la pérdida. Ahora he de ser fuerte por mi madre, papá me lo hizo prometer. Decidida, salgo hacia donde todos están reunidos, les ofrezco los dormitorios y ellos en seguida se los reparten, La pequeña Clara ha salido al jardín, necesitando que me dé el aire la sigo. En la puerta me quedo parada, Clara está con David y con un cachorro de pastor alemán. El perro parece tener unos seis meses y se le ve bien cuidado. Sin hacer ruido me quedo mirándolos.

—¿Y quién es esta princesita tan bonita que ha invadido mi jardín?

—Me llamo Clara y no es tu jardín, es el de tía Alba. —La cara de sorpresa de David me hace sonreír, una sonrisa que en seguida se borra de mi

cara y me hace suspirar. Vuelvo a centrarme en Clara, que está frente a David, esa niña está aprendiendo mucho de Vicky, aunque no todo es bueno.

—¿Eres amiga de Alba?

—No, soy su sobrina.

Ahora sí que me gustaría tener una cámara de fotos, menuda cara se le ha quedado. Él sabe que no tengo hermanos y, por ende, no tengo sobrinos. Lo que no sabe es que mis amigos han llegado a ser como mis hermanos, esos que nunca tuve.

—Me alegro de conocerte Clara, mi nombre es David. —Él le tiende la mano como a un adulto y la niña lo sorprende con un beso baboso en la mejilla. Niego al ver la ternura que Clara es capaz de despertar en todos, incluido alguien sin sentimientos como él.

—Sé quién eres, te vi en la tele. Papá quería que dejaras de lloriquear y te pusieras a jugar de una vez. Te gritó y no le obedeciste.

Ahogo una carcajada y al momento me siento mal. No debería estar escuchando y menos aún riendo. Mi padre acaba de... Me cubro la cara con las manos y ahogo un sollozo. Hago ruido para que noten mi presencia y Clara al verme corre hacia mí.

—Alba...

Lo escucho, claro que lo hago, pero no me molesto en decir nada, solo cojo en brazos a la niña y vuelvo a mi casa. Si me hubiese quedado un poco más quizá la mirada de David me habría dicho algo, pero no le di tiempo. Con Clara, regreso al salón donde empieza a llegar gente. Me acerco a Vicky y le guiño un ojo.

—Tu futuro marido me cae mejor a cada minuto que pasa.

Ella no entiende nada, pero enseguida se lo aclaro. Pido a Clara que explique con quien acaba de hablar y lo que le ha dicho. Las caras de alucine de todos me confirman que nadie se lo esperaba. Al final todos reímos, es una risa amarga pues el dolor sigue ahí. Álvaro se acerca y tiende los brazos a su sobrina, ella se lanza decidida a ellos y la dejo ir. Cuando creo que todo está tranquilo veo a mi madre entrar y mi alma se va al suelo.

Corro hacia ella y la abrazo, la promesa que hice a mi padre me recuerda lo que tengo que hacer. Bajo las indicaciones de Álvaro nos vamos todos al tanatorio. No es lo que esperaba en la visita de mis amigos, pero me alegra que estén conmigo en este momento tan difícil, necesito su fuerza para poder superar estos días tan complicados.

Las horas pasan, la gente me da el pésame y yo ni siquiera me fijo en quién me habla. Poco a poco se va acercando la hora de irnos y con ella no sé si me alegro o me deprimó más, no quiero dejar a papá y volver a casa. Esa casa está llena de recuerdos y estoy segura de que las paredes se nos caerán encima.

Llega el día del funeral y una marea de gente nos rodea. Mi madre y yo permanecemos agarradas de la mano. Justo detrás tengo a mis amigos, esos que de verdad me quieren. La misa pasa y no consigo que mis lágrimas afloren. Me he dedicado en cuerpo y alma a evitar que mi madre sufra y al final me lo he guardado todo.

Abandonamos la iglesia y a lo lejos reconozco el atlético cuerpo de David que me mira preocupado. No se ha acercado a mí y lo agradezco, no creo que pudiese afrontar su presencia ahora. Lo último que necesito es más sufrimiento. Aunque le echo de menos... Mi mente se revela y en momentos del todo inadecuados me recuerda los buenos momentos vividos juntos, pero siempre llega la imagen de él en la cama con la rubia y me deja helada.

A mi alrededor la gente habla, no sé cómo, pero acabo subida en el coche de Alex, de camino a casa. Han alargado su estancia un par de días más, es lo que tiene ser tu propio jefe. Fran y Almudena han estado al teléfono con sus respectivos jefes y al explicar lo sucedido les han concedido esos días también. Yo me alegro de tenerlos aquí, son lo único bueno que tengo en mi vida.

Al llegar a casa mi madre se va a la cocina, dice que los invitados han de comer y así ella se distrae. Suspiro y asiento, sé que tiene razón. El ladrido de un perro me asusta y al ver pasar a Clara corriendo hacia el jardín recuerdo al pastor alemán. Me dejo caer en el sofá y llamo a Alex. Sé que es abogado y necesito su ayuda. Se acerca y procedo a explicarle lo de la herencia de mi padre, él asiente y me dice que será un honor ayudarme en todo. Al día siguiente iremos a empezar los trámites y él los seguirá llevando desde Madrid. Sonrío y le abrazo, es un encanto el novio de mi Vicky.

Cenamos en un ambiente relajado. Yo apenas como nada y mi madre aún menos que yo. Noto la mirada preocupada de mis amigas, pero es algo que he de pasar, el duelo por la pérdida de mi padre solo mamá y yo lo podemos superar. Les sonrío y ellas me señalan el plato. Pongo los ojos en blanco y me meto el tenedor lleno a la boca. Su sonrisa me dice que he hecho bien y solo por ello continúo comiendo.

Los dos próximos días no me dejan sola ni a sol ni a sombra. Me llevo la sorpresa de mi vida al prepararme para salir a correr y encontrar a Vicky, la más vaga y antideporte de las mujeres, con Alex, en ropa deportiva, esperándome en la puerta. Les sonrío y salimos a correr los tres. Acabo riendo al ver lo colorada que está Vicky cinco minutos después de empezar a correr. Me compadezco de ella y reduzco el ritmo. Mi amiga nunca hace ejercicio más allá de caminar. Alex la agarra de la mano y casi la lleva arrastras en lo que dura nuestra corta carrera.

Comemos lo que mi madre prepara, es como una terapia para ella tener la casa llena de gente. Así no puede abandonarse al dolor, pues ha de hacer mil cosas que, por más que mis amigos intentan que no las haga, ella insiste. Les dice que es su casa y ahí manda ella, ante eso mis amigos se encogen de hombros y la dejan hacer.

La última noche que todos están aquí salimos al jardín. No hay ni rastro del perro y me alegro, no quiero ver a David. Nos acomodamos todos en las hamacas y entre confidencias nos pasamos las horas. Clara se queda dormida en brazos de su padre y la mirada de Álvaro, tan tierna para su sobrina, me dice que pronto esa pequeña tendrá un compañero de juegos. Todos nos vamos a dormir ajenos a la mirada triste, de unos ojos chocolate, que nos contemplan desde la casa de los vecinos.

Al día siguiente me despido de mis amigos y, al verlos partir, algo se encoge en mi interior. Miro a mi madre y sé que se siente igual. La casa es muy grande para las dos y los recuerdos nos van a derribar.

Durante dos semanas no salimos apenas de casa. Las pocas veces que he salido al jardín David no ha aparecido, pero sí lo ha hecho el perro. Alguna vez me he sentido observada, pero convencida de que son imaginaciones mías, he seguido como si no pasara nada. Cada día me encuentro con Thor, lo acaricio y juego un poco con él. El cachorro de pastor alemán lleva una chapa en el collar con su nombre y es así como lo supe. Su presencia me hace recordar mi trabajo, mi vida en Madrid y una idea va cobrando vida en mi cabeza. Un mes después, decido comentársela a mi madre. Tanta pena, dolor y lágrimas no son buenas para ninguna, es hora de tomar cartas en el asunto.

—Verás..., mami, me gustaría volver a Madrid. —Noto cómo sus ojos se ponen tristes y me apuro a seguir, lo último que quiero es hacer sufrir más a mi madre. Sé que ha sonado como que la voy a dejar sola, pero nada más lejos de mis intenciones—. Quiero que me acompañes y que las dos vivamos allí.

—Hija..., no sé si...

Se calla, pero veo la emoción en su cara. Decidida a convencerla, empiezo a enumerar las ventajas de irnos, las cuales para mí son muchas y sé que por verme feliz es capaz de lo que sea.

—Allí están mis amigos, los que te quieren mucho también y están deseando que regresemos. Me gustaría recuperar mi trabajo y volver a sentir la emoción de ejercer mi profesión. Yo...

No le digo que necesito irme, huir de los recuerdos, por miedo a que confunda mis palabras. Yo no huyo de papá ni nada relacionado con él. Admito que vivir aquí, con todas sus cosas se me hace difícil, pero no es él quien me empuja a irme. La sola idea de ver a David me aprieta las entrañas. La voz de mi madre me saca de mi abstracción y me hace sonreír por primera vez desde que se fueron mis amigos.

—Si es lo que quieres nos iremos. Nada nos ata aquí ya... y los recuerdos nos acompañan, da igual donde vayamos.

Yo asiento, pues pienso lo mismo, papá irá con nosotras a donde vayamos. Decididas, a partir del día siguiente, empezamos a preparar todo para nuestra mudanza a la capital. Allí están mis amigos y los necesito más que nunca. Necesito ese apoyo incondicional que solo ellos saben darme.

Capítulo 16

Tiempo

Abrazada por Lucas, descargo mis últimas lágrimas. Sin mucho más que decirle, decido dejarle espacio para que entienda todo lo que significó para mí lo ocurrido esos meses en Valencia. Por esa razón, me alejo de él y de su casa, por ese motivo me voy y le dejo tiempo para que asimile lo descubierto.

Al día siguiente siento una extraña tensión al verlo, como si algo hubiese cambiado entre nosotros, y su forma de saludarme no hace más que confirmarlo. Un «hola» y un beso en la mejilla, sin abrazo, sin bromas, sin nada. Simple, como el de cualquier amigo. Algo a lo que no estoy acostumbrada, pero que quizá sea lo que me merezco.

La jornada laboral se me va entre miradas de soslayo y dudas respecto a haberle confesado la verdad, no sé si he hecho lo correcto. Por eso, cuando al salir por la noche, lo veo esperándome, la emoción que siento es indescriptible. Me sonrío, de una forma algo distante, pero, por ahora, me conformo, y me guía hacia el bar de todos los días. Una rutina que no vamos a perder al parecer.

Al sentarnos, el camarero nos atiende diligente y ambos permanecemos en silencio. Cuando al fin decidimos hablar, lo hacemos a la vez, lo que provoca que los dos nos riamos y la tensión se aligere un poco.

—Tú primero, por favor. —Le cedo la palabra, deseosa de saber qué le ocurre.

—Bien... —Carraspea y me mira nervioso—. He estado pensando en nosotros, en qué es lo mejor para nuestra relación y creo que nos iría bien volver a ser solo amigos. Ayer he notado que no has superado el pasado y no quiero que te sientas mal, que lo que hacemos juntos sea algo inferior o menos importante... —Coloco un dedo sobre sus labios y, aliviada, aunque no comprendo muy bien la razón, intento explicarle cómo me siento y lo que opino de sus palabras.

—Si es lo que quieres, será lo que suceda. Yo también creo que un poco de espacio nos vendrá bien a ambos, pero no quiero que pienses que lo hago por

él. No. Lo hago por mí, por ti, por nosotros. Él..., hace mucho que no hago nada por él y no voy a empezar ahora.

Nos miramos en silencio y, aunque no me lo dice, siento que mis palabras lo han aliviado. Yo no quiero pensar en David, pero por más que lo evito siempre hay algo que me lo recuerda. Por eso entiendo que desee espacio, distancia y tiempo. De estar en su situación creo que yo también lo necesitaría, por eso se lo daré. Se lo daré todo, si eso es lo que hace falta para no perderlo. Lo tendrá.

—Quiero que sigamos siendo amigos, como antes de...

—No tienes que decirlo, aquí estoy, a tu lado, siempre que me necesites. Si tus amigos hacen una fiesta, no dudes en invitarme, iré encantado. Si quieres salir a tomar unas cañas me voy contigo, si quieres un respiro en el trabajo ya sabes dónde encontrarme, nada va a cambiar, volveremos a ser los de antes. No lo dudes.

Tras hablar un rato más del trabajo, nos levantamos y salimos del bar. En la puerta, nos abrazamos y así, con ese simple gesto cargado de cariño, sellamos un pacto de amistad. Un pacto que espero mantener hasta que ambos estemos preparados para volver a hablar del tema.

Al llegar a casa me sumerjo en los problemas de Almudena, en la vida que a las dos nos ha tocado vivir, acompañadas de mi madre. Una vida llena de problemas, de dolor, de lágrimas y superación.

Y así es como me paso los siguientes meses. Viviendo una relación que no es tal, rodeada de mis amigos a los que adoro y tratando, día a día, de manera inútil, de olvidar la mejor experiencia sexual de mi vida y la más frustrante también. De olvidarlo a él. De olvidar a David.

Sin apenas darme cuenta de cómo ha pasado el tiempo ni de todo lo que ha ocurrido en él, me encuentro en el hospital, con los bebés de Almudena lloriqueando y mi amiga abrazada por el padre de estos. Las cosas han sido difíciles para ambos, pero parece que ya empiezan a encaminarse. O eso espero, que ya les toca y se lo merecen.

Días después ayudo a mi amiga a mudarse de nuevo, a volver a la casa de Álvaro, donde ella es más feliz que nunca. Mi madre es ahora la cuidadora oficial de los pequeños y gracias a ello está entretenida por lo que su control sobre mí se ha aflojado, lo que agradezco enormemente.

Las cosas en el trabajo siguen como siempre, no ha habido mucho lío,

exceptuando alguna que otra visita de David y Thor, del que muy hábilmente me he escaqueado, no ha sucedido nada digno de mención.

Con Lucas las cosas van mejor, aunque me consta que se ha distanciado un poco a la espera de que yo me decida y vaya a por él, algo de lo que cada día me siento más tentada, pero no acabo de dar el paso. Lo extraño, extraño sus abrazos, sus besos y la complicidad que teníamos. Pero soy consciente que quizá no pueda darle lo que él desea y eso me frena.

Hemos estado muy ocupados estos días mis amigos y yo. Preparar una boda en una semana es lo más extraño que he hecho nunca, pero... lo que no se le ocurra a Álvaro no se le ocurre a nadie. Por eso, recibimos octubre de despedida de soltera, despedimos septiembre celebrando que la felicidad al fin llegó a la vida de mi amiga y yo, con tanto amor y tanta dicha a mi alrededor, decido enviar un mensaje a Lucas, el mensaje que, sin yo saberlo, cambiará mi vida.

ALBA:

El sábado se casa mi amiga,
necesito a mi acompañante. ¿Te apuntas?

LUCAS:

Ahí estaré, pero podías haber avisado antes.

ALBA:

No, no podía, ha sido todo muy precipitado,
la hemos organizado en una semana.

LUCAS:

¿Qué dices? Tus amigos son especiales y están locos,
claro que voy. Dime si quieres que pase a por ti y a dónde.

ALBA:

A mi casa está bien,
te enviaré más información cuando esté en casa.

LUCAS:

¿Dónde estás?

ALBA:

De despedida de soltera,
celebrando que Almu se nos casa.

LUCAS:

Saluda a las chicas y a Fran de mi parte. Besos.

Sonríó al ver que da por hecho que Fran está aquí, lo que no espera es que también estén los hermanitos Cuesta y sus amigos. Feliz porque siento que mi vida al fin se encamina hacia donde lo deseo, salgo a bailar con mis amigas y a disfrutar de la noche. Antes salíamos los cuatro cada semana, ahora lo hacemos una vez al mes y si hay suerte, las responsabilidades hacen eso con la gente, la obligan a madurar y a aprender a vivir de otra forma. También lo han

hecho con nosotros, es ley de vida.

La semana se me va volando, entre pruebas de vestidos, buscar miles de cosas que hacen falta para una boda y el trabajo, no hay un minuto del día que no me lo pase corriendo de aquí para allá. Pero aquí estamos, por fin es el gran día. Estoy en mi casa con Fran y mamá, ayudando a la novia a sentirse la más guapa, aunque para nosotros lo es sin necesidad de tanto arreglo.

Ayudarla a colocar las pinzas de su recogido, a cerrar los miles de botones de su vestido y a evitar que llore por la emoción, es lo más intenso que he vivido nunca. Aunque ya pasé por esto con Vicky, ella tiene a sus hermanas que la quieren mucho, pero Almu y yo solo nos tenemos a nosotras, por eso lo vivimos de otra forma. Por eso luchamos a cada minuto por evitar que la emoción estropee el maquillaje, que las lágrimas emborronen un día que se presenta perfecto y pensamos únicamente en disfrutar.

Vicky está con Álvaro, su cuñado la necesitaba y, aunque no quería dejar sola a la novia, ha decidido ayudar al jefe mandón con el que ahora tan bien se lleva. ¿Quién lo iba a pensar hace un par de años? Hay que ver las vueltas que da la vida...

El timbre de casa suena y voy hacia la puerta, decidida. Sé que es Lucas, lo espero desde hace rato. Abro y al verlo no puedo evitar darle un repaso con la mirada. El traje le queda como un guante y potencia su atractivo de una forma que debería ser pecado, algo que ya sabía pues ya lo vi así vestido en la boda de Vicky, pero... como diría ella ¿para qué quiero ojos más que para mirar?

Sin más demora salimos todos hacia la capilla, Almudena no parece muy feliz, pero seguro que al ver al novio se le pasan todos los males. Y si no, seguro que al ver lo que él tiene preparado para ella sí que lo hacen. Ese par, son la pareja más atípica que he conocido jamás, siempre hacen las cosas a su manera y no como los convencionalismos dictan. Les gusta ir contra las normas, vivir la vida, fieles a su estilo y, en el fondo, los envidio por ello.

Ya en la capilla, cada uno colocado en su lugar asistimos a una emotiva pero breve ceremonia. En ella se celebra el amor, la lucha por la vida y la convicción de que la eternidad los espera. Me limpio alguna lagrimilla rebelde y Lucas, que permanece a mi lado todo el tiempo, entrelaza nuestros dedos para darme su apoyo, algo que le agradezco con la mirada.

Al llegar al hotel donde se celebra el convite, miro a todos lados

sorprendida. Pese al poco tiempo que han tenido, han organizado todo de una forma espléndida. Camino sonriente hacia el comedor, donde algunos invitados ya están buscando su lugar y feliz me siento en el mío, siempre acompañada por Lucas y su tierna mirada.

Empiezan a servir la comida, succulento plato tras succulento plato, claro que sin ser tan excesivo como en la boda de Galicia, de donde por poco salimos rodando. En nuestra mesa está la familia de Vicky, que me he alegrado un montón de ver. La charla, las risas, la compañía, todo es maravilloso y hacen que guarde este día como uno de los mejores de mi vida.

Por eso, cuando vamos a bailar, decididos a seguir disfrutando del día, lo que menos me espero es encontrarme a mi némesis en frente. Lo último que yo espero es a él. Voy del brazo de Lucas, nos dirigimos a la pista de baile, donde ya mis amigas están dándolo todo, pero su voz, esa que no he logrado olvidar por más que lo he intentado y creo que nunca lo haré, me detiene como si me hubiese congelado. Es él, es David.

—Alba...

Capítulo 17

Verdad

—Alba.

Cada uno de mis músculos se niega a obedecer, me he quedado estática, perdida en el pasado que se cruza con un presente extraño, en el que no sé bien qué esperar. No reacciono, al menos no lo hago hasta que vuelve a repetir mi nombre y lo busco con la mirada.

—Alba...

Lo que veo me hace estremecer. ¿Cómo puede seguir causando este efecto en mí tras tanto tiempo? Está guapo, muy guapo, siempre lo está, pero con traje... Es algo así como una oda al pecado y la lujuria, fusionado con la tentación y lo prohibido. Sí, eso es David, la tentación hecha hombre, algo de lo que él es consciente y se aprovecha.

De pronto noto que se tensa, su gesto cambia y asesina con la mirada a mi acompañante, ese del que ya me había olvidado y que me tiene agarrada de la mano: Lucas.

Como puedo, evitando que la cosa se desmadre, me suelto de su mano, poco a poco me coloco entre ambos y espero a ver qué se dicen, espero muchas cosas, pero no las que salen por la boca de David, esas nunca. Yo espero una pelea de gallos no una como la que se me viene encima.

—Vaya, pero ¿a quién tenemos aquí? Si es el mismísimo Lucas Duarte, el hombre que juró vengarse de mí y que al parecer ha encontrado la forma de hacerlo.

Sus palabras destilan odio y, asustada, miro a Lucas, cuyos ojos ya no son alegres, ni dulces, ni nada que se le parezca; son dos gemas verdes plagadas de ira, de dolor y de resentimiento. Sentimientos para los que no estoy preparada y que solo hacen que confirmar las palabras de David.

—No permitas que tu ego te haga creer lo que no es, David Rojas, sí, te odio, pero esto —me señala y no sé cómo sentirme—, no tiene nada que ver contigo. No eres el centro del universo, aunque tú así lo creas.

Trago saliva al sentir cómo mi piel se eriza, nunca había escuchado ese

tono en Lucas, ese desprecio cargando sus palabras, nunca... Un momento, sí, hubo un indicio, un parpadeo de rabia hace tiempo, cuando le conté lo de...

Ahogo un gemido y retrocedo despacio, alejarme de ellos, huir es lo único en lo que puedo pensar ahora mismo. Saber que se conocen, que se odian, que comparten un pasado al que soy ajena, provoca que la distancia que nos separa aumente, y no me refiero a la que estoy incrementando a cada paso que doy, hablo de la emocional.

—Eres un ser vil y rastrero, ¿cómo te atreves a acercarte a ella? —David parece más alterado de lo normal y eso me preocupa, me siento tentada de acercarme, pero no lo hago—. Te advertí que la dejaras en paz. Hicimos un trato, maldita sea. No has cumplido tu parte.

Lucas se ríe, de una manera extraña, como si se burlara de David, y eso me intriga. Sin darme cuenta me he dejado caer en una silla y, dado que ellos han ido subiendo el tono en la discusión, todos los que nos rodean se van dando cuenta de que algo sucede. Lo que provoca que mis amigos acudan a mi lado.

—¿Por qué debería haber cumplido nada? Tú no lo hiciste en su momento, ¿qué te hace especial? ¿Por qué yo sí y tú no?

David se abalanza sobre Lucas y, este, lejos de pararlo, se ríe, suelta una carcajada que me hiela por dentro y que me hace ser consciente de que entre estos dos hay mucho, muchísimo más de lo que quiero o puedo imaginar.

Los brazos de Vicky y Almu me rodean, reconfortándome en el acto. Siento su fortaleza y es por eso que, sacando energía de donde no la hay, me levanto. Decidida, camino hacia ellos, que están rodeados por mis amigos y en un arrebato los abofeteo a ambos, lo que logra llamar su atención y que dejen de asesinar con la mirada.

—Alba...

La voz de David es como una caricia para mi alma, un susurro lleno de sentimientos que no sé cómo interpretar. Una esperanza a la que yo ya había renunciado y que hoy vuelve a prender en mí. Al menos lo es hasta que Lucas se echa a reír y susurra:

—Llegas tarde, ya me la he tirado.

Un grito sale de mi boca y el descontrol invade la sala. Creo que es Álvaro quien le ha dado un puñetazo a Lucas, no estoy segura, lo que sí sé es que entre Alex y Fran lo sacan del comedor, donde todo el mundo ha fijado su mirada en mí.

Dolida, retrocedo, llena de ira acelero el paso, iracunda, decido que es el

momento de entender qué ocurre y la mejor opción para ello está siendo arrastrada fuera de aquí, por lo que echo a correr tras mis amigos y su carga. Humillada, paso al lado de la gente y ni los miro, tengo una idea fija, un destino y es lo único que me importa. Necesito explicaciones y las quiero ya.

—Alba, por favor, no te vayas...

Por un segundo me detengo, escuchar su voz me hace dudar, David siempre logra hacer que mi mente se replantee muchas cosas, pero en este caso la necesidad es mayor, la ansia de saber es lo que me guía y por ello echo a correr de nuevo tras el hombre que yo pensaba mi amigo y del que ahora ya no sé qué pensar.

—¡Alex, Fran, parad!

Los dos me miran, poco convencidos, pero obedecen. Se detienen en el largo pasillo del hotel y empujan a Lucas contra la pared. Me fijo en que tiene el labio roto y de él corre un hilo de sangre. En una situación normal, lo que ahora haría sería curárselo, pero esta es de todo menos una situación normal.

—Lucas... —Ahogo un gemido al cruzar mi mirada con la suya y ver todo el odio que siempre me ha ocultado—. ¿Por qué?

No dice nada, solo me mira y niega, a la vez que con la lengua recoge esa gota de sangre que se le escapa del labio. Fran lo zarandea y Lucas, furioso, empieza a gritar:

—¿De verdad, Alba? ¿Necesitas que te diga por qué? ¿Por qué no vas y se lo preguntas a tu amor? Ah, no, claro, que él te dejó tirada tras follarte como a una cualquiera. —Sus palabras, unidas al tono despectivo con el que las dice me hacen estremecer. De pronto otro puñetazo impacta en su cara y veo a Fran sacudir la mano por el dolor que el golpe le ha causado.

—No te atrevas a hablarle así. Ella te incluyó en su vida, te presentó a sus amigos, a su familia. Te ha apoyado siempre y ¿cómo se lo pagas?

Alterada por la crueldad de Lucas, esa a la que no sé bien cómo adaptarme, me acerco a él y, contra todo pronóstico, no lo abofeteo. Ese no es mi estilo, aunque hace nada lo hice. Es cierto que cuando me enfado soy de mecha corta, pero no soy una guerrera, eso se lo dejo a mis amigas.

Saco un pañuelo de mi bolso, que ni siquiera sé cómo ha llegado a mis manos, y le limpio el rastro de sangre que los dos golpes han provocado. Todos me miran incrédulos, confusos, pero yo no sé ser de otra forma.

—Lucas... —Alzo la mirada y busco sus ojos, que ya se parecen más a los que yo siempre he conocido—. Explícame qué ha pasado. ¿Por qué has dicho

eso? Dime qué te ha llevado a traicionar mi confianza, a comportarte como un mal amigo, como un mal confidente. —Suspiro, reprimir las ganas de llorar me está costando—. Explícame qué hice yo para merecer la humillación a la que tú, a la que ambos, me habéis expuesto.

Fran suelta a Lucas, quien ha dejado de hacer presión, y viene a abrazarme a mí. Él no sabía que me acosté con David, nadie lo sabía, ese era mi secreto y ahora hasta mi madre se ha enterado.

Fran besa mi frente con cariño y me abraza con fuerza. Casi en el acto siento las manos de Vicky en mi cintura y las de Almudena en mi hombro, lo que provoca que me eche a llorar como una niña pequeña contra el firme pecho de mi amigo.

—Lo siento —sollozo—, debí contaros lo ocurrido —lloro sin control—, debí ser sincera con vosotros. Lo siento.

—No tienes que disculparte, Alba, nosotros te queremos tal y como eres. ¿Crees de verdad que no sabíamos lo que había pasado con el futbolista? Venga ya, si te brillaban los ojos cuando lo veías... —Vicky siempre tan comunicativa— y ya no te digo cómo le brillaban a él.

Levanto la cara del pecho de Fran y miro alrededor. Están mis amigos, sus parejas, mi madre, Clara y su abuela, Lucas con gesto arrepentido y David, que me mira serio y permanece alejado, dándome mi espacio, pero cerca.

—Quiero irme a casa, necesito irme... —Siento cómo tiran de mí, mis amigos me llevan a donde he pedido, o eso intentan. La voz de mi madre los detiene a todos.

—Almudena, déjala. Tienes que volver a tu boda. Álvaro, llévatela ya. Victoria, ve con tu marido y tu niña, eres la madrina, debes estar ahí. Fran, lo mismo te digo, vuelve con Miguel y acompaña a los novios, eres el padrino. —Suspira y me mira—. A mi niña ya la cuido yo, que para eso soy su madre.

Su voz ha sonado tan segura que nadie se atreve a protestar. Me acerco a ella, que me rodea con su brazo y juntas nos dirigimos a la salida. Antes de irme miro por última vez a todos los que atrás se quedan y suspiro. Tengo unos amigos a los que no me merezco.

Lucas, pegado a la pared, aún sujeto por un Alex realmente cabreado, está revolviéndose para que lo suelten, algo que por la pinta no va a suceder por ahora.

David, más alejado, parece ser consciente al fin de que me voy y echa a andar, con paso rápido hacia mí. Un serio Álvaro se lo impide, cortando así el

acercamiento que en este momento no sé si sabría cómo asimilar.

Lucas y David tienen un pasado en común. Los dos tienen algo que ocultar, algo que les causa dolor, resentimiento, y ese algo me afecta a mí. Lo que no sé es por qué, pero lo averiguaré. Como que me llamo Alba que lo haré.

Capítulo 18

Mi realidad

Tras la huida desesperada de la boda de Almudena y Álvaro, una huida de la que no me siento orgullosa, pues, como buena amiga, debería haber permanecido al lado de los novios; me encuentro al fin en el taxi que me llevará a mi refugio, a casa. Desde que nos hemos subido al coche, tanto mamá como yo, hemos permanecido en absoluto silencio. Ninguna parece tener nada que añadir a lo que ya se ha dicho en el convite, al menos mientras el taxi recorre las calles de Madrid, seguro que cuando estemos en nuestro hogar, llegarán las preguntas.

Me estremezco solo con pensar en dar explicaciones, en tener que revivir lo ocurrido. Para mí, solo con recordar una milésima parte de lo vivido, hace escasos minutos, resulta bochornoso. La humillación, el sentirme engañada, el no saber qué pensar ni de quién, me está volviendo loca.

Las palabras de Lucas se han clavado en mi alma como un cuchillo oxidado, dañando por lo que decían, pero sobre todo por cómo. Ese odio contenido, esa rabia a flor de piel, la ira fluyendo por los poros... Ciertamente parecía otra persona, ese no es el Lucas que yo conozco, no puede serlo. Ese no es el Lucas al que yo quiero. Sí, lo quiero. Nunca se lo dije y ahora creo que ha sido lo mejor. ¿De qué habría servido? Al parecer he sido poco más que una venganza para él.

Siento cómo algo se rompe en mi interior y aprieto los puños hasta clavarme las uñas en las palmas, no quiero llorar. No quiero hacerlo de nuevo. No por un hombre. Nunca más por un hombre.

No por Lucas...

No por David...

Aunque hay algo que hasta ahora no había pensado, algo que, por la tensa situación vivida, se me pasó valorar. ¿Qué hacía David en la boda de Almudena y Álvaro? ¿Por qué estaba él allí?

A pesar de que su presencia removi6 algo en mí, algo que me he negado a ver, a admitir, durante todos los meses que han pasado desde que nos

acostamos. Ese algo que no quiero ni pensar, pero que por más que lo niegue sigue ahí. Por más que verlo haga que las mariposas de mi estómago salgan en estampida a volar; sigo sin entender qué demonios hacía él en la boda.

Sí. Él sigue siendo dueño de mi corazón, aunque ahora tiene que compartirlo con Lucas. Quizá Lucas no me haga sentir esa pasión descontrolada, esa locura que David despierta con solo mirarme, pero él me transmite calma, dulzura, ternura, cariño... Bueno, lo hacía, porque después de lo ocurrido hoy, ya no sé qué pensar.

¿Es posible querer a dos hombres a la vez? Sí, lo es. Nunca había estado tan segura como hoy.

Al verlos a los dos juntos por primera vez he podido notar la diferencia de emociones que cada uno me provoca, la diferencia de sentimientos que me producen, pero igualmente, ambos están en mi corazón. Ambos mueven algo en mí y eso es peligroso. Muy peligroso. Porque amar a dos, les rompe a tres el corazón...

Suspiro y permanezco con la cabeza apoyada en la ventanilla, ajena a todo lo que me rodea y con la mirada perdida en los coches que, junto al nuestro, se desplazan por la calle; centro mi atención en la radio que el taxista tiene encendida, en una canción que no había escuchado jamás, pero que describe a la perfección la situación en la que me encuentro.

...

Cada uno un sentimiento, cada uno una emoción.

Mi alma me grita que tome una decisión.

Siento que me encuentro dividida, entre dos hogares, tan impares.

Siento que me encuentro dividida, corazón herido, no me falles.

Dividida entre dos amores, que me arrancan la piel.

La confusión, la indecisión, forman mi día a día.

No hay explicación, mi corazón, solo quiero romperlo en dos

...

La letra de la canción describe tan bien el momento de mi vida en el que estoy que las lágrimas, que creía haber desterrado, regresan con fuerza. Llora en silencio, tratando de evitar que mi madre se dé cuenta de lo confusa que estoy. Que no se percate del daño que ese par de estúpidos han hecho a mi maltrecho corazón.

—Alba. —Siento que me zarandean y de reojo miro a mi madre—. Hija, ya hemos llegado.

Asiento y salgo del coche, que está parado delante de nuestro portal. Sin decir nada entro en el edificio y voy hacia el ascensor. No miro a nadie, no me fijo en los vecinos con los que me cruzo y no respondo al saludo de conserje. No, hoy no es mi mejor día y por ello me comporto como nunca antes lo he hecho.

Cuando llega mi madre al ascensor, presiona el botón y, mientras este se desplaza, se me queda mirando. Siento que quiere decirme algo, pero no lo hace. Ella me conoce bien, sabe que cuando me enfado o algo me duele, me aísla del mundo para pensar, para recapacitar, para asumir lo ocurrido, pero vuelvo a ser yo en cuanto lo consigo.

Al llegar a nuestra planta, salimos hacia nuestra puerta. No hago ni el intento de abrir, ya se encarga mamá de ello. Cuando la puerta se cierra a su espalda, ya estoy yo entrando en mi cuarto y aislándome del mundo.

Me tiro sobre la cama, con los pies me retiro los zapatos de tacón y, aún con el precioso vestido que me compré para la boda, me encojo en la cama hasta rodearme las rodillas con los brazos. Tiro de la manta que siempre tengo a los pies de la cama y me envuelvo en ella, convirtiéndola en el caparazón que necesito para protegerme de todo y de todos.

Lucas.

David.

Lucas y David.

Lucas o David.

A David le odio por cómo me trató. No puedo perdonarle el no haber estado a mi lado cuando más lo necesitaba. No, no puedo, pero a pesar de ello, lo sigo queriendo como cuando era una niña pequeña que lo idolatraba y lo perseguía a todos lados. Como esa adolescente que lo convirtió en el objeto de su deseo, como la joven que lo vio marcharse y la mujer que lo recuperó muchos años después, para volver a perderlo al poco tiempo.

David es un constante en mi vida, sí, pero también es la persona que más daño me ha hecho. ¿Cómo se olvida el pasado? ¿Cómo se deja atrás lo sufrido? No se puede...

Lucas es un enigma para mí. No soy capaz de reconciliar al hombre dulce, tierno y comprensivo que yo quiero, que siempre ha estado a mi lado, con el trastornado que hoy me ha humillado delante de mis amigos.

Lucas es ahora mismo alguien a quien no logro entender, alguien que me ha engañado, me ha utilizado y lo ha usado como arma arrojadiza. ¿Cómo puedo

entenderlo? Este no es mi Lucas...

Los dos son unos desconocidos para mí. Ninguno se merece nada de mí. Los dos van a tener que explicarme muy seriamente por qué he tenido que pagar yo los platos rotos de lo que quiera que les sucediese en el pasado. Sí, los dos van a tener que darme muchas explicaciones y lo van a tener que hacer muy pronto.

Golpes en la puerta me sobresaltan. Seguro que es mamá...

—¿Sí?

—Hija, ¿puedo pasar? —Entreabre la puerta y se asoma.

—Ya estás dentro...

—Te he preparado una tila. —Se acerca con la infusión en la mano y se sienta a mi lado en la cama—. Te sentará bien, estás muy nerviosa y te va a calmar.

Me incorporo de mala gana, apoyo la espalda en el cabezal de la cama y agarro la taza que me tiende. Sin muchas ganas bebo un sorbo y la miro.

—Gracias.

Sonríe, parece que al sentirse útil se ha calmado. Decidida a evitar que se sienta peor, a tratar de que esté tranquila, bebo otro sorbo e intento sonreír, aunque me cuesta lo que no está escrito.

—Ha llamado Victoria, para saber cómo estás. Seguro que no tardan en...

El timbre de la puerta suena y las dos nos miramos. Sí, tal como ella dijo, no tardaron mucho en aparecer. Mamá va a abrir y a su regreso, siento que algo no está bien.

—¿Qué sucede?

—No es Vicky... —Aparta la mirada y eso me pone más nerviosa de lo que ya estoy.

—¿Ah, no? ¿Y quién es?

—Yo.

Alzo la mirada y mis ojos se funden con los del dueño de mis desvelos. Ver en la puerta de mi dormitorio al culpable de que me pasara muchas noches soñando despierta, al que me robó suspiros de placer para dejarme tirada, es lo que menos me esperaba. Nuestros ojos no se despegan. Negro contra chocolate. David contra mí. Yo contra él.

Mi madre se va, le dice algo a David, pero no entiendo el qué, estoy demasiado centrada en él. En su cálida mirada que me recuerda horas y horas de conversaciones, días de verlo y noches de soñarlo. No sé qué quiere, no sé

qué hace aquí, no sé nada, pero seguro que voy a averiguarlo muy pronto.

Cierra la puerta de mi cuarto y se apoya en ella, sin dejar de mirarme, se cruza de brazos y mis ojos traidores le recorren golosos. Está increíble y, por la forma en la que sonrío, lo sabe. Mi inspección se ve cortada por sus palabras, que me traen de regreso a la realidad.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 19

Hablemos

Hablar...

Creo que es algo tarde para hablar...

Aunque si digo que no tengo curiosidad miento como una bellaca.

Me endezco en la cama y no dejo de mirarlo. ¡Qué guapo está!

Aún tiene puesto el traje que ha llevado a la boda y, aunque parece triste, está irresistible. El blanco de la camisa contrasta a la perfección con el traje negro y la corbata roja que lleva metida en el bolsillo del pantalón. Sí, ahora ya no va perfecto, pero así lo veo aún más atractivo. Con dos botones de la camisa desabrochados, dando a su estilo ese toque desenfadado e informal que tan bien le queda, está irresistible.

Sus ojos, chocolate dulce y caliente, siguen anclados en los míos. Parece que los dos necesitamos el silencio para estudiarnos, para observarnos, pero la realidad se impone cuando a mamá se le cae algo en el salón y, dando un respingo, salgo de mi atontamiento, llevándole a él conmigo.

—¿Qué quieres? Porque has dicho que hablar y desde que has cerrado la puerta han pasado varios minutos y no has dicho ni media palabra.

Sonríe. No sé bien por qué lo hace, pero sonrío y eso ablanda algo en mi interior. De pronto ya no siento ganas de reclamarle, no tengo la necesidad de echarlo, creo que esa sonrisa tiene un efecto letal sobre mí y no acaba de gustarme. ¡Debería estar enfadada con él!

—Tranquila, Alba, vengo en son de paz. —Alza las manos y se acerca despacio hacia mí, como si de un atraco se tratara.

Me encojo en la cabecera de la cama y él se sienta a los pies, dejando bastante distancia entre los dos, aunque no la suficiente para mi paz mental. Hace tanto tiempo que no hablamos como personas civilizadas, que no estamos más de un minuto juntos sin reclamarnos cosas u ofendernos, que no sé bien qué tengo que hacer, qué decir o cómo debo actuar. Me desconcierta.

—Lamento lo ocurrido en la boda...

La boda... Claro, ha venido a hablar de Lucas y mi humillación, de cómo

el día perfecto, la boda de mi mejor amiga, se ha convertido en un ataque hacia mí que sigo sin entender.

—¿Quieres hablar de la boda? —Alzo una ceja y giro la cabeza, dejando que mi pelo largo y negro como el azabache, cubra mi escote y obligándolo a apartar la mirada de mi pecho—. Pues empieza por explicarme qué hacías tú en ella y después dime de dónde has sacado mi dirección.

—Esto... —carraspea incómodo y me mira de nuevo a los ojos—, lamento lo sucedido, no esperaba encontrarte ahí. Me invitó Álvaro, nos conocemos porque yo soy uno de los inversores de su empresa. Y es obvio que él me ha dado la dirección, ¿quién más lo haría?

—¿Tú conoces al mmm... marido de Almudena? —Qué raro se me hace llamarlo así.

—Sí, lo conozco desde hace mucho. Aunque cuando la conocí a ella, en Valencia —su mirada se torna nostálgica—, no sabía quién era su novio, el de la dominación, ya sabes...

¡Madre mía! Es verdad, le había hablado de él y ni lo recordaba. Siento cómo mis mejillas se ponen rojas por la vergüenza y me las cubro con las manos tratando de evitar que lo note. Algo bastante inútil, o al menos eso indica su risa.

—No recordaba haberte hablado de eso...

Los dos nos miramos, sonreímos y la tensión que cargaba la habitación desde su llegada desaparece como por arte de magia. No sé qué me hace David, que con una simple sonrisa me tiene a su merced, aunque no debería ceder, no puedo dejar que me embauque. Una vez lo hizo y aún estoy tratando de reponerme... Me tensó y la sonrisa se borra de mi cara, lo que hace que él se ponga serio también.

—Lamento mucho cómo han sucedido las cosas.

—¿Qué cosas? Porque perdona que te lo diga, pero aquí hay mucha tela que cortar.

Nos retamos con la mirada y el ambiente entre los dos vuelve a enrarecerse. Nerviosa, agarro uno de los tirantes de mi vestido y juego con él, haciendo que la tela del escote se mueva sin darme cuenta, reclamando la atención de David de nuevo sobre mi escaso pecho.

—Tenemos que aclarar muchas... —Carraspea y agita la cabeza, lo que me desconcierta—. Hay muchos temas que tú y yo tenemos pendientes y ha llegado el momento de que los pongamos sobre la mesa.

—¿Estás bien? —Suelto el tirante del vestido y me acerco a él preocupada—. ¿No habrás bebido en la boda?

—No, una copa de champán y poco más. ¿Por qué dices eso? —Parece confuso—. Sabes que apenas consumo alcohol, es una de las prohibiciones del entrenador. Ser deportista profesional, futbolista profesional, no es solo salir al campo a correr, implica cuidarse mucho, hacer mucho ejercicio —según va hablando siento que se emociona, que su voz se va alterando y que empieza a bracear para dar mayor sentido a sus palabras—, una dieta sana...

—Lo pillo —lo corto porque me veo escuchando cómo protesta hasta las tantas—. ¿Qué querías decirme? Porque dudo que hayas venido a hablarme de fútbol...

—La verdad es que un poco sí... —Se frota la nuca y me mira, parece avergonzado y yo sonrío de nuevo, con él siempre me ha resultado fácil sonreír—. Venía a explicarte las razones de que Lucas y yo nos llevemos mal, la razón por la que siempre tengo que andar con mil ojos con lo que me importa, la razón de que tú y yo no estemos juntos y mucho más.

Me levanto al escuchar sus palabras y lo fulmino con la mirada. Hoy parezco Alba bipolar. Paso de la risa al llanto y de la felicidad a la ira en cuestión de segundos, no sé qué me pasa, pero no me gusta. Yo no soy así.

Paseo por la habitación bajo la atenta mirada de David, que parece confuso por mi reacción. Algo lógico, yo soy la tranquila, la que lo calma a él, la que siempre tiene una sonrisa o palabras de ánimo para todos, la que siempre está bien. Al menos... lo era. Hoy no soy esa, hoy soy un cúmulo de emociones en descontrol que no sé bien cómo entender.

—Habla.

—Como sabes, de niño jugaba al fútbol. Iba a entrenar con los niños del colegio, después mis padres me metieron en los juveniles del Valencia y ahí, en ese equipo, conocí a Lucas.

—¿Qué dices? —Lo miro confusa, no sabía que Lucas es de Valencia, él nunca me dijo eso. Según él su familia es de aquí, de Madrid... —Espero que no me estés mintiendo.

—¿Cuándo te he mentado? —Enarco una ceja y él me mantiene la mirada—. Nunca te he mentado y no te estoy mintiendo ahora. Lucas vivía en la ciudad. Sus padres no tenían apenas dinero para comprarle la equipación, muchas veces acababa usando lo que los demás desechábamos. Era..., él era muy joven y no entendía por qué unos tenían tanto y otros tan poco. Aunque he

de admitir que por aquel entonces yo tampoco lo entendía...

Me acerco a la cama, alejada de él, me siento y coloco las manos en el regazo. Nerviosa, empiezo a retorcer los dedos y lo miro de reojo. No quiero hablar e interrumpir su relato, por su mirada ausente y su voz cargada de dolor, sé que no le resulta sencillo hablar de esto.

—La cuestión es que ambos éramos jóvenes, los más jóvenes del equipo. Por eso nos acercamos y nos hicimos amigos. Éramos los dos delanteros, los dos jugábamos en la misma posición. —Alza la mirada y clava sus ojos en mí —. Nunca supe qué hice, qué hizo, qué hicimos... La amistad de dos niños con los meses se convirtió en rivalidad, éramos dos gallos en el mismo corral y cada uno quería reclamar su lugar. Pasamos de ser los mejores amigos a los peores enemigos.

Inspira con fuerza y me mira tenso. Creo que lo que viene ahora no me va a gustar... Me muerdo el labio inferior con saña tratando de evitar hablar, no creo que necesite mi interrupción, aunque me muero por preguntar.

—Un día, no sé cuál porque nadie nos lo dijo, vino un ojeador de Madrid. Le habían hablado de dos jovencitos, de dos delanteros, que eran muy buenos y vino a verlo. Ese día, Lucas no pudo ir a entrenar, por lo que supe después, a su padre se le estropeó el coche a pocos metros del campo, pero no llegó. Él no llegó y yo sí. Eso hizo que ese hombre solo me viera jugar a mí. Lo que ocurrió después es fácil de contar. —Sonríe sin ganas y se encoge de hombros —. He aquí el resultado de aquel fatídico día.

—Eso no es del todo cierto.

Capítulo 20

Revelaciones

Lucas.

Me levanto de un salto de la cama y fulmino con la mirada a Lucas.

A su lado está mi madre, que parece incómoda y arrepentida de haberlo dejado entrar, pero que solo me mira y se va, dejándome sola ante el peligro. Sola con este par que no hace más que mirarse con resentimiento.

—¿No te han enseñado que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

David.

Los dos están aquí, en mi habitación. Los dos juntos, asesinándose con la mirada. Dos enemigos y yo en medio. Una rivalidad por el fútbol que, por lo que he podido entender, me ha afectado a mí sin comerlo ni beberlo.

Lucas echa a andar enfadado hacia David y este, lejos de amedrentarse, se levanta de la cama, donde seguía cómodamente sentado. Se miran, se encaran y yo no sé qué hacer, que decir para detener esta situación que parece de película.

—No deberías estar aquí —Lucas reprocha a David.

—Eres tú quien debería entender que tu momento ya ha pasado. —David acerca su nariz a la de Lucas y echa chispas por los ojos.

—No entiendes una mierda, futbolista de pacotilla, ella es mía. Eres tú el que sobra aquí. —Lucas parece satisfecho al ver el rayo de dolor que cruza por los ojos de David.

—Sal de aquí antes de que decida echarte. —David parece cada segundo más enfadado.

—El que tiene que largarse eres tú, ya te lo dije antes, no tienes nada que hacer aquí, ahora ella es mía, no puedes romper el pacto. Te avisé en la clínica y te lo repito. Es mía.

Siguen enfrentados y yo solo hago que repetir en mi cabeza las últimas palabras de Lucas. El pacto. ¿Qué pacto? ¿De qué hablan estos dos? ¿Qué pacto ni que gato tuerto?

—No deberías estar tan seguro de ti mismo, Lucas, tú no respetaste el

pacto porque ella fue antes mía, ergo no tengo por qué respetar nada. —La chulería que embarga las palabras de David me crispa y siento cómo algo en mi interior se hace más y más grande cada vez que uno u otro abre la boca.

—Tú creaste ese maldito pacto, ¡respétalo! —Lucas alza la voz y yo empiezo a alterarme.

—Lo creé por ti, ¡maldita sea! Sabes de sobra que siempre lo he respetado, pero tú no. Tú siempre quieres lo que yo tengo. —David se altera al mismo ritmo que Lucas y aprieta los puños al escucharlo.

—No quiero lo que tienes, quiero lo que me pertenece. Esa plaza en el Atleti era mía, los dos sabemos que yo era el mejor, que me habrían cogido a mí. —Odio, ira, rencor, envidia... No sabría decir con precisión qué llena los reproches de Lucas, pero ambos parecen haberse olvidado de mí.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. No eras mejor que yo, el entrenador lo dijo en su momento, los dos lo merecíamos. Deja de reclamarme algo que no es culpa mía. ¡Ya estoy harto! —Más ira, decepción, cansancio y dolor. Los ataques de los dos me están agotando, no tengo el cuerpo hoy para esto.

—El que no tiene ni idea eres tú, siempre lo has tenido todo, pero esta vez no. Ella no.

—Fuera... —un susurro, bajito y apenas audible del que ni se enteran.

—Deja de decirme las mismas tonterías de siempre. Estoy harto de discutir siempre por lo mismo y deja de meterla a ella en nuestras discusiones.

—He dicho que fuera —apenas un gemido, una súplica de que se callen y se vayan que los dos ignoran.

—No puedes hacer nada, David, ella es mía, solo mía...

—¡He dicho que fuera!

Sin saber de dónde saco las fuerzas, pues ambos son más altos y más fuertes que yo, los empujo sin dejar de gritarles. Les exijo que se marchen, que me dejen sola.

Cuando llevo unos minutos empujándolos y reclamándoles su reciente actuación, los dos parecen ser conscientes de dónde están y con quién. Cualquiera diría que ahora sí les importo. Tarde... Muy tarde.

—Pero, Alba, muñeca...

—Alba, nena...

Los dos hablan a la vez y me enervo más al ver sus caras, parecen arrepentidos, aunque no sé bien si de lo que han hecho o de lo que han dicho.

—He dicho que fuera. ¡Fuera! —Vuelvo a empujarlos y ante el escándalo que estoy montando aparece mi madre, que abre la puerta y al verme saca ese genio que tantas veces me enseñó cuando hacía alguna travesura.

—Salid ahora mismo los dos de mi casa.

Se coloca en la puerta del dormitorio y les señala la de la calle. Su rostro serio contrasta con el mío, anegado de lágrimas. No sé en qué momento me he echado a llorar, no sé cuándo las barreras se han vuelto a romper, pero necesito estar sola. Necesito dejar que salga, purificarme y olvidar este día. Este fatídico día.

A empujones y sin dejar de gritarles, los llevo a los dos hasta la puerta. Cuando al fin están fuera, la cierro y me dejo caer al suelo, con la espalda pegada a ella. ¿Por qué mi vida tiene que ser tan complicada? Apoyo la frente en las rodillas y rompo a llorar, desolada, convencida de que no quiero verlos, a ninguno. Segura de que lo mejor para mí es alejarme de ellos y de lo que me hacen sentir. Decidida a olvidarlos y empezar de cero.

Siento cómo el brazo de mi madre rodea mis hombros, destrozada, dejo caer mi cabeza en su cuello y lloro. Mi madre me consuela y juntas nos pasamos un buen rato tiradas en el suelo, en silencio, pero juntas. Ella siempre está a mi lado, es la mejor madre que podría desear, ella es mi tabla de salvación en este momento y así se lo hago saber. Entre hipidos, lágrimas y sollozos le susurro a mi madre lo mucho que la quiero.

No sé el tiempo que ha pasado, ni cómo he llegado a mi cama. Solo sé que ahora estoy más tranquila. A mi lado están Vicky y Fran, junto a sus parejas y mi madre. Ellos me cuentan, sonrientes aunque algo tensos, cómo acabó la fiesta y cómo intentaron que la gente olvidase lo que había pasado. Me alegro de ello, de que la boda de Almudena y Álvaro finalmente saliese bien, a pesar de mi intento de impedirlo...

Junto a mis amigos consigo olvidarme de todo, de lo que ha pasado, de lo que me han dicho, de lo que se han dicho y de lo que he sentido.

Todo.

Ahora no importan ellos, solo importo yo.

Si alguno de los dos desea saber algo de mí, va a tener que currárselo mucho, se acabó el creer en la bondad de la gente. Los dos me la han jugado y es hora de pasar página. No comprendo muchas cosas, no acabo de pillar algunos detalles, pero estoy convencida de que no quiero saber más. Con lo que escuché tengo más que suficiente.

Se acabó.

Ya no hay muñecas, Renacuajas ni nada por el estilo. Ahora es el momento de ser yo, de ser solo Alba. Ya basta de hacer lo que ellos quieren, me toca hacer lo que quiero yo. Y eso no es seguir llorando, no es seguir sufriendo por quien no me quiere, por quien no me valora. No es llenarme de dolor. No.

Hoy he tomado una determinación. He decidido que lo primero voy a ser yo. Que nadie estará antes que mis amigos, que mi familia, antes de mí. Lo demás vendrá cuando tenga que venir y ya lidiaré con ello cuando toque.

Capítulo 21

Borrón

Tras pasarme el domingo fingiendo que mi móvil no deja de sonar y llorando como una magdalena, la llegada del lunes cae sobre mí como una gran piedra. No sé si seré capaz de seguir con mi vida actual, de ver a Lucas todos los días y fingir que no me importa lo ocurrido. No, corrección, sí lo sé, no voy a ser capaz.

Armándome de valor, me pongo una capa de maquillaje digna de un payaso que cubra mis ojeras, aunque con los ojos rojos e hinchados poco puedo hacer, es mejor eso que nada. Tras desayunar con mi madre, en un incómodo silencio que sé ella está deseando romper, salgo de casa rumbo a Animals.

En todo el tiempo que llevo trabajando allí nunca, tan pocas ganas, he tenido de acudir. Los animales me encantan, mi trabajo me encanta, mi jefa es un amor, todo lo que me rodea allí es lo que yo quiero para mí, todo menos Lucas. Su presencia desestabiliza mi paz mental, echa por tierra mis ganas de sonreír y la sola idea de verle hace que desee huir, salir corriendo y no mirar atrás...

Por un momento la idea de irme cruza mi mente. Un parpadeo de lo que sería estar sola y lejos de todo brilla con fuerza en mi cabeza y siento un deseo feroz de hacerlo, de alejarme y dejar todo atrás, de aislarme del mundo para pensar, reflexionar y entender qué hice mal.

Voy tan sumida en mis pensamientos que ni cuenta me doy de que el bus ha llegado a mi parada. Desciendo indecisa y me encamino hacia la clínica. Por mi mente no deja de deslizarse la idea de libertad, lo idílico de un paréntesis, lo bien que me vendría poner mis ideas y sentimientos en orden y volver siendo yo de nuevo.

Al entrar en los vestuarios, dispuesta a cambiarme de ropa, le veo. Lucas está sin camiseta, poniéndose su uniforme. Su atractivo es más que evidente y nunca lo he negado. Su piel clara cubre los músculos que en otros momentos me han llevado al cielo, su cabello rubio revuelto le da un toque de niño malo que, ahora sé, se acerca bastante a su verdadero ser. ¿Cómo he podido estar

tan ciega?

Un nudo se forma en mi garganta y, evitando ser descubierta, retrocedo y me pego a la pared. Lo último que necesito es que me vea. Hablar con él no entra en mis planes, por más que él quiera que lo hagamos.

Por un momento permito que los recuerdos de los dos, de esos días de risas y pasión, vuelvan, permito que lo que teníamos reluzca, que me caliente el alma y la realidad se impone de una forma brusca e impertinente. Una sola palabra me arranca de la calidez de sus recuerdos para traerme de nuevo a la realidad.

—Alba...

Me giro alterada por su voz y le veo. ¿Que hace él aquí? Parado ante mí, *sexy* como siempre y con la preocupación brillando en sus ojos, está el primer cliente del día, un cliente al que para saludar necesito la más falsa de las sonrisas, que ni siquiera trato de fingir.

David.

Me mira y sonrío, pero sin que la sonrisa alcance sus ojos. Otro *flahsback*, esta vez de lo vivido con David me hace estremecer. La amistad y el amor de juventud me golpean, dejándome sin reaccionar un buen rato. Solo le miro y él a mí.

Lucas y David.

Lucas o David.

La eterna duda, la difícil decisión que es más fácil que nunca. Ninguno de los dos se ha portado bien y ninguno de los se merece que lllore por él. Ninguno.

Decidida, sin abrir la boca para saludarlos a ninguno de los dos y deseando perderlos de vista, me encamino hacia la oficina de mi jefa. Tras de mí escucho lo que parece ser el inicio de una discusión entre ellos y la ignoro. Sin duda necesito un descanso y solo ella me lo puede dar. Me hace falta alejarme de ellos, de lo que me hacen sentir. Lo necesito...

Me detengo ante la puerta y suspiro. Agotada tanto física como anímicamente, toco con los nudillos la puerta y espero. Sé que está dentro, es cuestión de tiempo que Laura me permita pasar. Es cuestión de tiempo que recupere mi libertad.

—Adelante.

Entro con la cabeza baja, sabiendo que no debería dejar que mi vida sentimental afecte a lo laboral, pero sabiendo también que es tarde para

evitarlo, que todo está tan mezclado que es imposible separar.

—Hola...

—Buenos días, Alba, ¿todo bien? —Se levanta y se acerca a mí, actúa como mi madre y eso me roba una sonrisa—. Tienes mala cara, ¿ha sucedido algo?

—No, problemas personales, pero nada que no tenga arreglo. —Noto que respira más tranquila y sonrío por primera vez en lo que va de día, sí, esta es la decisión correcta.

—Está bien, tú dirás para qué soy buena. —Regresa tras su mesa y se sienta a la espera de que haga lo mismo y empiece a hablar.

—Necesito una excusa. —Me dejo caer en la silla y no pierdo detalle de las emociones que danzan en los ojos de mi jefa.

—¿De verdad está todo bien? —Me mira curiosa y me siento tentada de apartar la mirada, solo asiento—. De acuerdo, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

Tiempo... No había pensado en tiempo, en cantidades de tiempo. ¿Cuánto tiempo se necesita para curar un corazón roto? ¿Cuánto se tarda en olvidar una mentira? ¿Cuánto tiempo necesito para volver a ser yo?

—No lo sé...

Laura me mira confusa y espera, sus ojos permanecen anclados en mí y no sé qué decir, qué hacer, para que entienda que esto no es un capricho, que de verdad necesito el espacio, la distancia, el tiempo y la soledad.

—¿Un mes? —Alzo la mirada y niego, sin duda un mes no me llega ni para empezar.

—¿Dos? —Me encojo de hombros y niego de nuevo.

—¿Tres?

Suspiro y me mira seria. Siento que quiere preguntarme qué pasa, que desea saber por qué me alejo de algo que me hace tan feliz, pero no puedo decirle nada. Por mucho que ahora mismo quiera perder de vista a Lucas, no quiero perjudicarlo.

—Tres está bien.

—Prepararé los papeles y te avisaré para que vengas a firmarlos.

—Esto... No. Házelos llegar a mi madre, ella sabrá cómo encontrarme.

Los ojos de Laura están cargados de dudas, de preocupación y de miles de cosas que no sé describir, pero me mantengo firme. Esta vez sé lo que quiero y lo voy a conseguir. Tras cerrar los últimos detalles de mis vacaciones sin

sueldo, me dirijo hacia la puerta. En mi interior sé que es la decisión correcta, sé que lo voy a pasar mal y que la soledad me abrumará, pero es lo que necesito, lo que me conviene.

Abro la puerta y, frente a ella me encuentro a Lucas, que me contempla dolido. Parece que ha estado escuchando la conversación con Laura, por lo que ya ha llegado a sus propias conclusiones y la rabia que brilla en sus ojos me deja claro por dónde van.

Podría explicarle que no, que no voy a estar con David, pero ahora mismo me da bastante igual lo que crea. No quiero hablar con él. No quiero hablar con nadie. Sigo caminando y paso a su lado sin mirarlo, es mejor así.

—Alba...

Me detengo y me tenso como la cuerda de un arco. Sobre mí siento la mirada preocupada de Laura y la acusadora de Lucas. Alzo una mano y lo hago callar, dejando claro que no le quiero escuchar.

—No. Tú ya dijiste todo lo que tenías que decir en la boda de Almudena, no hay nada que yo desee escuchar de ti.

—Alba, puedo explicarlo...

—No sabes cuánto me alegro —río sin ganas y me giro para mirarlo—, pero no quiero escucharlo.

—Muñeca, entiéndeme, cuando supe quién era él...

—¿Qué? ¿Te sentiste muy machito por haber conseguido acostarte conmigo? ¿O solo disfrutaste del hecho de tener lo que él no? —Siento que la ira invade mis venas—. ¿Qué? Explícamelo, Lucas, porque no lo entiendo...

—No, no sucedió así. Aquel día tú estabas mal, parecías nerviosa y decaída, yo solo pretendía animarte. Por eso cuando le vi... No imaginas la rabia que me dio que fuese él el culpable de que tú... Le exigí que se alejara de ti, que nos dejara en paz. No tenía derecho a entrometerse.

—¿Cuándo fue? ¿Cuándo lo supiste? —Lucas aparta la mirada y me tenso más—. ¡¿Cuándo?!

—El día que vino a la clínica a ver a su perro que estaba ingresado.

Algo en mi interior se rompe al caer en la cuenta de que lo sabía desde el principio. Lo supo desde antes de estar juntos, desde... ¿Cómo ha podido engañarme así? Me enderezo y, con las lágrimas corriendo por mi cara, abandono la clínica. No quiero verlo, no quiero escucharlo y menos aún excusarlo.

—Alba... —siento pasos tras de mí—. ¡Alba! Espera, no te vayas así...

¡¡Alba!! —Lo ignoro y echo a correr cuando salgo a la calle.

Las horas de largas carreras juegan a mi favor y en pocos minutos lo pierdo de vista, ni lo escucho, ni lo veo, ni nada. No siento nada. Poco a poco voy deteniendo mi carrera, normalizo los pasos y trato de ubicarme. Al reconocer el lugar donde estoy sigo caminado, la oficina de Alex y Álvaro está cerca y seguro que hablar con Vicky me vendrá bien.

Pocos minutos después llego a mi destino. Al verme, Vicky corre hacia mí y, sin llamar, me introduce en la oficina de Alex, quien nos mira a las dos preocupado.

—¿Qué ha pasado?

Los miro a ambos y me siento en la silla que Vicky ha apartado para mí. Sin muchas ganas les cuento lo ocurrido en Animals con Laura y con Lucas, lo que hace a Alex apretar los dientes. Me desahogo con ellos y siento cómo mi amiga me abraza.

—Porque Almudena está inaugurando su nuevo estado civil, que de lo contrario, organizaba una quedada urgente. Necesitas a tus amigos, nos necesitas.

Me abraza y siento que es cierto. Necesito a mis amigos, a la familia que me he creado en Madrid y que siempre están a mi lado cuando los necesito. Noto una lágrima deslizarse por mi mejilla y aprieto más el abrazo de Vicky.

—Voy a irme, a alejarme de todo y de todos. También de vosotros... — Vicky se separa y me mira preocupada—. Pero siempre sabréis dónde y cómo estoy. A fin de cuentas, ya habéis estado en mi casa, solo tendréis que volver y aún conservo mi teléfono.

Tras un poco de charla en la que siento cómo me relajo, en la que la calma vuelve a mí y la convicción de estar haciendo lo correcto me invade, abandono la oficina y me encamino al metro, es hora de volver a casa.

Capítulo 22

Cuenta nueva

Han pasado dos días desde que tomé la decisión de alejarme de todo y de todos. Dos días en los que mi teléfono ha estado sin sonido por el exceso de llamadas y mensajes que no he querido ni leer ni responder. Algunos los he borrado directamente y otros se acumulan sin más.

En estos dos días han llegado flores de varios tipos a casa, bombones, peluches y todo lo que se puede esperar de dos hombres que parecen estar compitiendo por llevarse el premio gordo.

Ahora mismo estoy llegando a la estación, donde me subiré al tren dirección Valencia, rumbo al hogar y a la soledad. Me ha costado una barbaridad convencer a mi madre para que se quedase en Madrid, pero lo he logrado. Necesito estar sola y ella parece dispuesta a pegarse a mí como una lapa. Por suerte, Álvaro y Almudena la necesitan para cuidar de los peques y, como ya había dado su palabra de hacerlo, ha tenido que ser consecuente. Lo que a mí me viene de perlas.

Convencer a Fran de que estar sola es una buena idea me ha costado algo más. Este chico se ha convertido en un hermano para mí, un hermano protector y tocapelotas que nunca pensé llegaría a tener y al que quiero con todo mi corazón. Ha sido gracias a Vicky que ha cedido. Ella le conoce mejor que nadie y le ha hecho entender que necesito irme, estar sola, desconectar y reiniciarme. Aunque para lograrlo he tenido que acceder a que me visiten, como si eso fuese una amenaza o un suplicio. Estaré más que encantada de verlos y estar con ellos, porque si de algo estoy segura es de que los voy a extrañar.

Arrastrando la maleta por la estación me dirijo al andén asignado. Tras controlar en la pantalla que ya puedo subir al vagón, me despido de mi madre, que es la única a la que he permitido acompañarme hasta aquí, y pisando fuerte me dirijo a mi nueva realidad.

Pasada media hora, con el vagón en marcha y aburrida de mirar el paisaje que me aleja de la capital, decido echar una ojeada a mi móvil. Sé que no

debería, pero la tentación puede conmigo. Aunque no voy a responder, no está de más saber lo que me dicen...

Hay más de cien mensajes por leer. Entro al WhatsApp y me encuentro que son veintidós de David, veintiocho de Lucas y los demás del grupo.

Sin dudar, entro al grupo de mis amigos y la sonrisa se pinta en mi cara sin pretenderlo. Son los mejores, siempre me animan, me ayudan y me apoyan, aunque no estén de acuerdo con mis decisiones. Pero eso es la amistad, ¿no? Estar cerca de tus amigos, sean cuales sean sus elecciones, apoyarlos en todo, permanecer a su lado si se equivocan, ayudarlos si se caen y escucharlos cuando lo necesitan. Porque somos amigos y eso es lo que hay que hacer. Suspiro y procedo a leer el chat que, tras muchos saludos y emoticonos, se pone interesante:

ALMU:

Más te vale que me prepares una habitación y que me avises cuando haga bueno para ir a la playa.

VICKY:

Mientras no tenga que salir a correr contigo, hacemos lo que sea. Avisa cuando llegues, Albita. Y no te olvides o voy a Valencia solo para tirarte de las orejas.

FRAN:

Tranquila, Vicky, yo te acompaño y le doy un par de nalgadas si no avisa. Apoyo la moción de la playa. ¿Cuándo vamos?

ALMU:

Mañana mismo iría, a ver qué dice el jefe...

Almudena ha añadido a Álvaro

Vicky ha añadido a Alex

Fran ha añadido a Miguel

VICKY:

Ahora sí que estamos todos...

ALMU:

Avisa cuando llegues o te suelto al fiero.

ÁLVARO:

¿Dónde me has metido, Almudena?
Ya hablaremos tú y yo en casa...

ALEX:

Hola a todos, gracias por la confianza, aunque llega con un año de retraso...

MIGUEL:

Me siento VIP, como mola este grupo.
Hola a todos. Buen viaje, Alba.

ALMU:

Hablamos de lo que quieras, si los niños nos dejan.

VICKY:

Alex no digas eso,

que ellos no te conocen como yo y te van a creer...

FRAN:

Todos conocemos el sentido del humor de tu marido,
Vicky, nadie se lo toma a mal, por más retorcido que sea.

Me da la risa tonta al leerlos y la gente me mira mal. La verdad es que ya estaban tardando en meter a sus amores en el chat, supongo que mi huida y la preocupación que todos sienten ha sido el detonante para que estén ahí. Decidida a pasar el viaje entretenida, respondo a sus puyas y sonrío, a ese juego también sé jugar yo...

ALBA:

Estoy en el tren, no sé si hace sol o no, pero si tanta gana tienes de ponerte morena, vete a un solárium.

Bienvenidos, chicos, es un placer ver caras nuevas por aquí.

A ver si metéis en cintura a las señoras,

que todas las noches me colapsan el móvil con fotos de hombres semidesnudos.

No me extrañaría que alguna fuese vuestra...

Fran es el primero en responder, sus carcajadas despiertan las mías y durante un buen rato todo lo que hago es teclear en el móvil y disfrutar de las salidas de tono de mis amigos.

Cuando se despiden, pues han de trabajar, me dejan sonriendo. Las palabras textuales de la despedida de Vicky han sido: «No todas tenemos una casita de vacaciones en la que refugiarnos cuando no nos apetece trabajar» ¿Cómo no voy a quererlos si a todo le sacan las cosquillas y me hacen reír cuando no tengo ni ganas?

Sin mucho ánimo me decido a mirar los mensajes de los dos gallitos de pela. Ese par de hombres que me traen por el camino de la amargura, pero también el del deseo y la lujuria. Los dos culpables de que hoy esté en este tren, rumbo a la soledad y el autodescubrimiento.

DAVID:

Nena, ¿por qué no me respondes las llamadas?

Alba, por favor, contesta. Tenemos que hablar.

Renacuaja, responde al teléfono.

Alba, responde y hazlo ya.

En serio, nena, tenemos que hablar, responde una sola vez. Por favor.

Está bien... Mañana hablamos.

Nena, respóndeme, solo quiero saber cómo estás.

Alba, es importante, responde.

Alba, por favor, dime que estás bien...

Y mensajes por el estilo hasta el final... ¿De verdad pensó que le iba a responder? Me río sin ganas y miro las llamadas perdidas, tengo más de treinta de él y otras tantas de Lucas.

Niego y decido sacarme cuanto antes el pendiente. Abro de nuevo la aplicación de los mensajes y ahí están los de Lucas. Son más que los de David, pero son menos llamadas, supongo que si haces una cosa no haces la otra... ¿Por qué lo estoy excusando?

Resoplo y entro en el chat. Ya vale de defender a uno u otro, de ver señales donde no las hay y de idealizarlos. Es la hora de hacer borrón y cuenta nueva.

LUCAS:

Muñeca, ¿cómo estás?

Alba, ¿por qué no me respondes?

Joder, Alba, necesito saber que estás bien.

Responde una llamada o un mensaje. Solo uno.

Alba, responde.

Muñeca, deja de hacerte la interesante.

Alba, voy para tu casa.

Alba, estoy en la puerta de tu casa, abre.

¿Dónde cojones estás?

Alba, tu madre no me quiere decir dónde estás.

Voy a ir a buscar a tus amigos, ellos me lo dirán.

Río sin ganas al ver que mamá está cumpliendo su parte y niego al pensar en cómo le va a ir a Lucas con mis amigos. No me extrañaría nada que lo intente con los hermanitos, tendrá suerte si no le ponen un ojo a la funerala...

Señores pasajeros, en breves minutos llegaremos a Valencia. Rogamos permanezcan en sus asientos hasta que el tren se detenga. Gracias por viajar con nosotros.

El aviso de llegada me sorprende y me hace reaccionar. Ya he llegado, ahora toca ir a casa y reponerme. Centrarme en lo que quiero, en lo que necesito y dejar atrás lo que me hace daño. Es hora de encontrar a la verdadera Alba y olvidar los sucedáneos. Es la hora de volver a ser yo.

Capítulo 23

Paz mental

Llevo tres semanas en Valencia y me siento mucho mejor. Los primeros días poco más hice que limpiar, salir a correr y pasear por la playa. La casa ha estado cerrada desde que nos fuimos a Madrid y se notaba por la cantidad de polvo que se acumulaba por todas partes. Hubo momentos que moqueaba e incluso parecía que estaba dando un concierto de estornudos, pero ya está todo limpio y preparado para recibir la visita de mis amigos, cuando quieran venir.

Hemos estado en continuo contacto. Si cada día no me reporto y les digo cómo estoy, han amenazado con venir a por mí para llevarme de regreso a Madrid. Son los mejores y los adoro por ello. He hablado con mi madre cada día, me extraña tanto como yo a ella, pero esta separación era necesaria para ambas.

A los que no he respondido ni mensajes ni llamadas es a los dos culpables de mi huida, ellos no saben dónde estoy, nadie se lo ha dicho y es lo mejor para mí. La distancia y el olvido todo lo curan.

Hoy me he levantado de la cama mucho más tranquila y con una sonrisa. Me es imposible dejar de pensar en Lucas y David, en lo que me hacen sentir, pero parece que la lejanía me ha dado otra perspectiva y me ha ayudado a asimilar cosas que antes no había ni valorado. Tras mi carrera diaria, me dirijo a la playa dejando que mis elucubraciones fluyan.

Lucas y David se conocen desde hace tiempo, entre ellos hay una rivalidad que no sé cómo interpretar. Está claro que Lucas actuó influenciado por el odio que le une a David, que en su interior había algo más que buenas intenciones cuando se acercaba a mí y me ayudaba. Sí, eso me ha quedado clarísimo. Pero... Lucas ya era amable conmigo antes de saber lo que él significaba para mí, por lo que entiendo que el interés era previo y no es tan culpable como pueda parecer. No ha actuado bien, no, pero tampoco es el culpable del cambio climático...

Por otro lado, David me hirió mucho y fue antes de que Lucas apareciese en mi vida. La forma en la que él me trató después de que nos enrollásemos no

tiene perdón posible, sobre todo tras la muerte de mi padre...

Sentada en la fina arena de la playa miro al horizonte. Por mi rostro se deslizan lágrimas de dolor al recordar a papá y lo mucho que lo extraño me golpea. Él siempre me entendía, siempre lograba comprenderme mejor que nadie, siempre tenía una palabra de ánimo para mí... ¿Por qué la vida ha tenido que arrebatármelo?

Suspiro y vuelvo mi mente a David. ¿Por qué se iría así? Sin despedirse... ¿Por qué me alejó de él tras...?

Siento que alguien pone una mano en mi hombro y grito asustada, me revuelvo hacia el culpable de mi sobresalto y me quedo muda al verlo.

David.

¿Qué hace David aquí?

—Hola, Renacuaja.

—David...

Parezco lerda, pero es que no me salen las palabras. Sonríe y eso me desarma. Su sonrisa siempre ha conseguido que algo en mi interior se hinche y me impida respirar, aunque esta no le llega a los ojos, algo se lo impide.

Se sienta a mi lado, roza mi cuerpo en el proceso y se queda mirando el mar, como yo estaba hasta su llegada. Mis ojos ahora no se apartan de él y por mi mente no dejan de desfilar preguntas y más preguntas sobre la razón de su presencia.

—Nena, ¿no piensas hablar? —Niego, porque la verdad es que la sorpresa me ha dejado muda y ni siquiera sé lo que podría decirle si abro la boca. Parece que lo he invocado con mis pensamientos, que al recordarle lo he traído hasta mí.

—Alba, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí..., estoy bien.

—No lo parece. ¿Quieres que me marche? No pensé que te molestaría mi visita, pero si es así, te dejo sola. —¿Marcharse? No, no quiero que se vaya.

Esa certeza y convicción me golpean y me hacen mirarlo incrédula. Siempre he estado enamorada de él, su presencia siempre ha sido un bálsamo para mí y tenerle aquí me ha gustado más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Está bien, no te molesto más. —Se incorpora para irse y en un acto reflejo agarro su mano, tirando de él y haciendo que pierda el equilibrio y acabe tirado en la arena, a mi lado.

—No, no te vayas.

Nos miramos a los ojos en silencio. Nosotros no hablamos, pero los sentimientos están ahí, presentes en cada mirada, en cada gesto y en cada sonrisa. Al menos los míos, de él no sé qué creer, me ha decepcionado demasiado en el pasado.

—Tenemos que hablar. Te debo algunas explicaciones...

Asiento, pero no pronuncio palabra. Necesito escuchar lo que sea que vaya a decirme, pero si hablo soy capaz de decir una tontería como que no es necesario o algo por el estilo, por lo que, mejor boca cerrada y mente abierta.

—Cuando... —Carraspea y yo sonrío, su incomodidad me hace gracia—. Cuando tú y yo estuvimos juntos, ya sabes, cuando nos acostamos. —Frunzo el ceño y asiento, claro que lo sé, yo también estaba allí—. Verás..., yo pensaba que sería un polvo más, con una amiga muy querida para mí, sí, pero una más... Me equivoqué.

Me aparto ligeramente de él, no digo nada, pero es evidente que sus palabras me han herido. No voy a fingir lo contrario. Su mano agarra la mía y me impide poner mayor distancia entre nosotros, me retiene a su lado.

—Me hiciste sentir tantas cosas en tan poco tiempo que no sabía cómo reaccionar. Y la cagué. Me distancié de ti, me alejé de lo que más necesitaba, de lo que más anhelaba. Antepuse mi carrera a todo, volví a cometer los mismos errores de hace años...

Lo miro de reajo porque no logro entender lo que me acaba de decir. Mi mente se ha quedado procesando que le hago sentir muchas cosas y lo otro parece bruma a mi alrededor. Lo observo sin perder detalle de su rostro. Sus ojos chocolate que tanta calidez me transmitían ahora están fríos y distantes, bajo ellos hay evidencias de cansancio. ¿Será posible que lo esté pasando tan mal como yo?

—¿Recuerdas cuando fuimos al cine? La prensa, la gente y lo que sucedió... —Asiento, realmente había sido un momento complicado, aunque acabamos riendo como dos chiquillos por darles esquinazo—. Me pregunté miles de veces si serías capaz de vivir con eso, de soportar que te sigan, que te hagan fotos en momentos incómodos y que te roben la privacidad. En mi mente solo había dudas, conjeturas y posibilidades. No quise eso para ti... Decidí por los dos, no tuve en cuenta tu opinión y ahora pago las consecuencias.

Me mira y noto que la tristeza que inunda sus ojos invade mi alma. ¿Cómo ha podido decidir por mí? ¿Por qué me dejó sufriendo como si no le importara

y ahora me dice estas cosas? ¡No hay quien entienda a los hombres!

—Sé que la cagué. No necesito ser muy listo para verlo. —Sonríe sin ganas y agarra mi mano entre las suyas, entrelaza nuestros dedos y con los de la mano libre dibuja círculos sobre la mía—. Nunca imaginé verte con él. Me dolió tanto cuando os vi juntos en la clínica veterinaria que no supe cómo reaccionar. No te confundas, sabía que reharías tu vida y estarías con otro, pero no que ese otro sería él...

—¿Qué más de él u otro? Tú fuiste quien me dejó sola, quien me hirió y me abandonó cuando más te necesitaba. No tienes derecho a venir aquí y remover el pasado porque al verme con tu mayor enemigo se te ha roto una tripa.

Tiro de mi mano y la libero de su agarre que tanta calidez me estaba aportando. Me levanto ágil y echo a andar hacia mi casa, o al menos lo intento. Su mano, una mano firme, agarra la mía e impide que me aleje.

—No se me ha roto nada, Alba. Lo que había de romperse ya estaba roto —afirma convencido.

Nos miramos a los ojos, los dos de pie, los dos callando mucho y los dos con ganas de hacer mil preguntas. ¿Realmente acaba de decir lo que creo? Suspiro y aparto la mirada. No sé si quiero saber más...

—Por favor, siéntate y escúchame. Si al acabar la conversación decides que no quieres saber nada de mí, me iré y te dejaré tranquila. Te lo prometo. —Asiento y me libera. Al perder el contacto de su mano en la mía un escalofrío me recorre. Extraño su calidez y no debería, nunca la había tenido y no la necesito...

Se deja caer en la arena y me hace un gesto para que me vuelva a sentar a su lado. Suspiro y obedezco, cuanto antes acabemos con esto mejor. No sé qué más me va a decir, pero que lo haga ya y me deje sola. Es lo mejor para ambos, para todos.

—Recuerdo que me acusaste de estar con Irina —la confusión en mi cara debe de ser evidente, pues aclara—, la fisioterapeuta.

Pongo mala cara y él sonríe. Claro que lo acusé de eso, yo los vi. Nadie me ha contado nada, fueron mis ojos los que...

—No pasó nada, pero dejé que lo creyeras.

—¿Qué? —Me vuelvo hacia él echando chispas por los ojos—. ¿Te haces una idea del daño que me hiciste al dejarme de lado para estar con ella? ¿Has pensado por un minuto lo que me dolió perderte, perder a mi amigo y confidente, en los días más difíciles de mi vida? —Lo golpeo en el hombro en

un arranque de histeria y David me lo permite—. Por tu culpa me sentí sola y abandonada incluso antes de perder a mi padre. —Lo vuelvo a golpear, una y otra vez hasta que las fuerzas me abandonan y él me abraza, contra su pecho dejo las lágrimas que inundan mis ojos y no dejo de susurrar—: Eres un egoísta, un maldito egoísta.

Me abraza más fuerte, me frota la espalda para reconfortarme y me besa la sien una y otra vez, mientras yo no dejo de llamarle egoísta y golpearle cada vez más despacio, porque eso es lo que es, un maldito egoísta.

—Renacuaja, lo siento. —Vuelve a besar mi sien y esta vez sus cálidos labios se quedan pegados a mi piel—. No te haces una idea de cuánto lo siento...

Nos quedamos un buen rato así, no sabría decir si minutos u horas, pero me da igual. Sé que no debería, pero entre sus brazos me siento bien, reconfortada y querida, me siento feliz por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 24

Paz espiritual

Me separo del firme cuerpo de David y sonrío, no pensé que un día como hoy, de lo más tranquilo y rutinario, acabaría así... Ahora que lo pienso, ¿qué hace él aquí?

—David... ¿por qué no estás entrenando? ¿Cómo supiste que estaba aquí?
—Nos distanciamos un poco más y nos miramos. Parece incómodo y eso me preocupa. ¿Qué me oculta ahora?

—Me avisó mi madre que estabas aquí hace un par de semanas. Intenté venir antes, pero me fue imposible...

—¿Por eso dejaste de llamarme? —Asiente y suspiro, me ha tenido controlada todo el tiempo.

—Mi madre me lo dijo, como una anécdota en una de nuestras charlas y desde entonces, cada día la llamo y siempre acabamos hablando de ti, supongo que ha notado mi interés porque cada día sus reportes eran más extensos.

—Ya le vale a doña Gloria, sus servicios serían bienvenidos en la guerra fría. Ni me enteré de que me vigilaba. —Pongo pucheros y eso hace reír a David y le saca tensión al momento.

De nuevo nos quedamos mirando el mar, sumidos en nuestros pensamientos. Mi cabeza va a mil por hora y al caer en la cuenta de que le he confesado que controlo cuánto y quién me llama niego. Estar con él afecta a mis neuronas, solo eso explica que acabe de decir algo que no tenía intención alguna de confesar.

—De no ser por ella, seguiría muerto de la preocupación. —Me da un golpecito con el codo en mi brazo y sonrío, me recuerda a cuando éramos jóvenes y me hacía espabilar porque me había quedado como boba mirándole —. Tienes unos amigos increíbles, por más que insistí y amenacé a Álvaro con retirar mi inversión de su empresa si no me decía dónde estabas, no soltó prenda.

Sonrío al pensar en Álvaro, sé por Almudena y Vicky que ha tenido que pararles los pies a ambos, que tanto Lucas como David han estado en la

oficina y han intentado sonsacarle, pero que no ha dicho nada. Así es Álvaro, fiel hasta el final. Aunque por lo que sé, Lucas también lo intentó con Alex y lo que se llevó fue una amenaza de denuncia por acoso. Un poco exagerado, pero muy en la línea de Vicky y su ya no tan desconocido.

—¿Estabas preocupado? ¿Por qué? Sé cuidarme sola... —Se gira hacia mí y por unos segundos no dice nada, solo nos miramos. Se acerca y rodea mi rostro con las manos, haciendo que centre toda mi atención en sus ojos.

—Sé que sabes cuidarte, nena, siempre lo has hecho. Cuando nos reencontramos me di cuenta de que eres una mujer fuerte, decidida y con mucho que ofrecer, pero no estuve a la altura. —Se acerca más y yo trago saliva, nerviosa, nuestras narices casi se rozan y me muero por acortar la distancia—. No supe darte lo que necesitabas y creo que ahora he de demostrarte que te quiero en mi vida, que te necesito a mi lado y que me muero por hacer las cosas bien. Te necesito para ser feliz, Renacuaja. Te necesito conmigo.

Me besa y todo lo que nos rodea se desvanece. Une nuestros labios y siento que esa pasión y ese cariño que nos unen me ciegan. Ha dicho que me quiere en su vida y todo lo que yo puedo pensar es sí, sí, y sí. Me quiere y yo le quiero, siempre lo he hecho...

El beso es dulce, suave y muy contenido. Sus labios rozan los míos con una delicadeza que nunca antes había mostrado. Me acerco más a él y deslizo mi lengua por su labio superior, dándole una pista de lo que quiero, de lo que deseo y de lo que necesito.

David no duda, al sentirme se deja ir y profundiza el beso. Miles de sensaciones y sentimientos danzan al ritmo que nuestras lenguas marcan. Se enredan y desenredan, se acercan y se alejan, haciendo que mi mente deje de hilar pensamientos para centrarse solo en sentir.

Sus manos se deslizan de mi rostro a mi cuello, descienden hasta mi cintura y me acercan más a él. Colocándome sobre sus piernas con una facilidad apabullante. Mis manos reaccionan y se enlazan en su cuello, enredando mis dedos en su pelo y disfrutando del contacto, de la proximidad de nuestros cuerpos y la intensidad del momento.

David detiene el beso y apoya la frente sobre la mía con los ojos cerrados, suspira y los abre. El chocolate fundido de su mirada vuelve a ser cálido y hace que todos los impedimentos que hasta ahora puse a un acercamiento, se evaporen.

—Deberíamos entrar, pueden vernos...

Sus palabras me recuerdan que es alguien famoso y que más de uno pagaría por ver el momento que acabamos de vivir. Sin muchas ganas me levanto y me separo de él, caminamos uno al lado del otro hasta la entrada de nuestras casas. Le miro y sonrío, me dirijo a mi puerta y me sigue. Va a decir algo cuando mi estómago protesta y me hace consciente de la hora que es y de que no he comido nada en todo el día.

—Ve a comer y a sacarte la ropa de deporte, después nos vemos en el jardín. —Asiento y me separo de él, que no deja de mirarme hasta que cierro la puerta.

Al saberme sola me pongo a dar saltos de alegría, a bailar y a corretear de un lado a otro como una adolescente feliz. Dando saltitos subo las escaleras hasta mi dormitorio, bailando me quito la ropa y sin dejar de sonreír me voy al cuarto de baño. Tras ducharme y comer algo salgo al jardín, donde él me espera. Al verlo con Thor sonrío y me acerco. No se ha percatado de mi presencia, por ello, cuando estoy tras él cubro sus ojos con las manos y susurro.

—¿Quién soy? —Ni tiempo le da a responder, tira de mí y acabo acostada sobre su cuerpo, con sus labios devorando los míos y una sensación de plenitud que nunca antes había sentido en el alma—. Si todos los días me vas a recibir así, espero que te quedes...

Una sombra cruza su mirada y me alejo de él, me acomodo en la otra hamaca y espero, sé que va a decirme algo y es posible que no me guste.

—Sabes que no puedo quedarme —me mira serio—, tengo unas responsabilidades a las que volver y —carraspea— me gustaría que regresaras conmigo.

—Yo... no puedo volver, aún no estoy lista. —Aparto la mirada al ver el dolor que le provocan mis palabras.

—¿Qué más necesitas? Te he dicho que quiero estar contigo, he venido a por ti, no te entiendo, Alba. —Se levanta y pasea de una punta a otra del jardín reiteradamente. Al pasar frente a mí me mira y yo no sé qué decirle, de pronto un recuerdo brilla en mi mente.

—David, necesito saber una cosa. ¿Por qué estuviste todo este tiempo alejado de mí? Si tanto te importaba, ¿por qué no hiciste algo antes? —Se detiene y se me queda mirando. Noto cómo su gesto cambia y se vuelve sombrío. Se acerca a donde estoy y se sienta a mi lado.

—Estabas con él... —Sus palabras me hacen estremecer. La derrota las impregna y no sé qué decir o hacer, para que se sienta mejor.

—No, no estaba con él. Hasta que tú apareciste él y yo solo éramos amigos. Tu presencia cambió algo en mí... —Nos miramos, ambos estamos dolidos y no lo ocultamos.

Sé que no debí refugiarme en Lucas, que lo usé y no se lo merecía. En aquel momento él fue el único capaz de alejarme de la autodestrucción que suponía pensar en David y ahora no sé si hice bien.

—Él me dijo que erais pareja y en lo que a mí respecta, sí que estabais juntos. No podía faltar al pacto, se lo prometí...

—¿Cuándo te dijo eso?

—El día que te vi en la clínica, él me recordó el pacto...

—Estoy harta de escuchar hablar de ese maldito pacto, explícate. —Me cruzo de brazos y el enfado se percibe a la perfección en todo mi cuerpo, así como en mi voz.

—Cuando éramos jóvenes, tras varios meses de ausencia que supuso mi fichaje, nos volvimos a encontrar. —Apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos de forma repetitiva, dejando claro su nerviosismo—. Él tenía novia y yo no lo sabía. Salí de fiesta con los amigos, con los de siempre, aunque no todos me miraban igual, y conocí a una chica. —Se pasa las manos por el pelo y lo revuelve todo—. Yo no sabía que era su novia, ¡no lo sabía! —Me mira decaído y asiento—. Ella se me insinuó y yo acepté lo que me ofrecía. Era joven y tenía las hormonas revolucionadas, de lo contrario me habría percatado de cómo me miraban algunos integrantes del grupo. Nos lo montamos en los servicios de la discoteca y hasta ahí todo bien.

Resopla y se vuelve a pasar las manos por el pelo, lo que me indica que la verdadera historia es la que viene ahora, que lo que sucedió aquel día marcó la vida de los dos y que ahora yo estoy en medio. Ahora yo soy la que provoca los problemas entre ellos de nuevo.

—Él la estaba esperando en la puerta. Cuando salí y me vio... —Niega como si estuviese reviviendo el momento—. Nos peleamos, nos echaron de la discoteca y seguimos peleando. Nadie se metía porque todos sabían que la rivalidad era anterior y que por más que lo intentaran no iban a conseguir pararnos. Acabamos los dos sangrando por la boca y la nariz. La chica no dijo nada, solo nos miraba y sonreía, como si hubiese logrado algo heroico, que dos tíos se pelearan por ella. Pobre ilusa... —Me mira de reojo y suspira—.

Acordamos, tras eso, que nunca nos volveríamos a acercar a lo que pertenecía al otro. Si tú estabas con él, yo no podía hacer nada. Y no lo hice, lo respeté, pero ya no puedo más. Te necesito...

Sus labios impactan con los míos, agresivos y posesivos como nunca antes. Nos besamos con hambre y deseo, sus manos se cuelan bajo mi camiseta y me dejo hacer. Un lametazo de Thor en la mano me recuerda dónde estamos, por ello, armándome de valor, me pongo en pie y entrelazo mis dedos con los suyos. Tiro de él y lo llevo hacia mi casa. Es hora de que tengamos lo que ambos nos merecemos...

Capítulo 25

Resarcirse

En cuanto la puerta de la cocina se cierra tras nosotros volvemos a besarnos, nos devoramos el uno al otro con una pasión descontrolada que nunca había sentido con nadie. Mis manos recorren su cuerpo, sus músculos firmes se perfilan bajo la ropa y me muero por sentirlos piel con piel.

Como si intuyese mis pensamientos, David se detiene y se saca la camiseta de esa forma tan *sexy* típica de los hombres, de atrás hacia adelante, descubriendo poco a poco ese torso tonificado que me vuelve loca y que me depara una sorpresa.

Al atisbar el tatuaje retrocedo un paso y me quedo mirando su cintura. Ansiosa por saber qué es y verlo completo me acerco a él, agarro la hebilla del cinturón y se lo saco de un tirón. Me muerdo el labio y con la curiosidad guiando mis movimientos, desabrocho el botón de su vaquero, bajo la cremallera y tiro de la tela, dejando su cadera expuesta a la vista. Ansiosa tiro de su *slip* y sonrío al divisar el tatuaje completo. Lo miro como una bobalicona y deslizo mis dedos por él, dibujando el contorno.

—¿Cuándo te lo hiciste? —Mi dedo continúa recorriéndolo.

—Hace un tiempo, al poco de perder a la mujer de mi vida. —Detengo la mano y le miro. Nos quedamos así, observándonos el uno al otro y descubriendo al fin lo que nuestros corazones esconden.

El tatuaje parece no significar nada, pero para mí lo es todo. Una enredadera llena de espinas rodeando una rosa, de una de las espinas cae una gota de sangre, lo que me recuerda la rosa que me regaló. Él siempre fue reacio a tatuarse, lo sé porque en una de nuestras múltiples charlas me comentó que solo lo haría si encontraba algo que de verdad le importase, para así recordarlo cada vez que lo viese. Sonrío como una niña y David me besa. Sé que lo hizo por mí, aunque no sé bien la razón estoy segura de que pronto la descubriré...

Volvemos a besarnos, esta vez con más dulzura y sentimiento. La pasión está ahí, nunca nos abandona, pero lo que nos guía son los sentimientos. Entre

besos y caricias, con los pantalones de David a punto de perder la batalla a la gravedad, nos vamos adentrando en la casa.

Nos saboreamos contra la puerta de la cocina, le arrincono contra el sofá, me atrapa contra la pared; subimos las escaleras en una apasionada persecución, me rodea contra la barandilla y me besa con deleite. Así, entre caricias y besos, llegamos a mi cuarto. Al entrar lo único que reclama nuestra atención es la cama, donde acabamos los dos, él sobre mí, devorándonos.

Sus manos ávidas apartan la ropa que me cubre, al mismo tiempo que las mías redescubren las líneas de su cuerpo. Retira mi camiseta y yo acaricio su pecho. Desabrocha mi sujetador y yo recorro sus abdominales. Atormenta mis pechos y yo dibujo las líneas de su tatuaje. Poco a poco nos vamos desnudando el uno ante el otro, poco a poco nos libramos de las capas que nos cubren y nos mostramos tal cual somos.

Su piel morena contrasta con la mía más pálida cuando sus manos recorren mi costado. Sus dedos se deslizan dentro de mis pantalones de algodón y retiran la tela, dejándome ante él con mis braguitas. Ante mí, se incorpora y deja que los vaqueros lleguen al suelo, proporcionándome una visión que ha inundado mis recuerdos de forma recurrente. David casi desnudo.

Es él, es el dueño de mis sentimientos, de mis emociones y de mis sentidos. Es David.

Es el joven del que me enamoré hace años, el amigo que me reconquistó y el hombre que me hace estremecer con una sola mirada.

Es simplemente David.

Mi David.

Se tumba a mi lado y empieza a besar mi cuello, lentamente se desliza por mi torso hacia mis pechos, a los que esquiva y continúa descendiendo hacia mi ombligo, en el que se recrea introduciendo la lengua y haciéndome desear más.

Noto que se mueve y se coloca entre mis piernas, desde donde me mira con una sonrisa que me nubla la razón. Casi al momento, siento que cuele los dedos cerca de mis caderas y se lleva la última pieza de ropa que me ocultaba a su ávida mirada.

—Preciosa...

Un susurro que me hace estremecer. Me dedica una sonrisa pícara justo antes de deslizarse entre mis piernas y con su boca llevarme al séptimo cielo. No percibo más que sus dedos, su lengua y sus labios haciéndome disfrutar. Grito, gimo y me remuevo hasta que alcanzo el ansiado orgasmo, lo que me

deja en una especie de nube placentera de la que no quiero bajar.

—¡David!

—Nena...

Noto besos ascendiendo por mi estómago, cómo de nuevo su lengua se hunde en mi ombligo y suspiro. Juguetea con él y continúa subiendo, se entretiene en los contornos de mi pecho, los acaricia como si los adorara, haciéndome gemir y esquivando mis necesitados pezones. Él, que sabe de sobra lo que me hace, pellizca ambos a la vez y me catapulta de nuevo al placer más básico y de una forma que ni imaginaba fuese posible.

—David...

—Joder, Alba...

Su lengua se desliza por un pecho, después va al otro y vuelta a empezar. Mordisquea mis pezones, los lame y de nuevo vuelve a morder. Me tortura y disfruto de ello, me hace suspirar y gemir y él también lo disfruta. Cada vez que susurro su nombre noto cómo su endurecido miembro palpita contra mi piel y sonrío. Está necesitado de alivio, pero no lo pide y eso me excita aún más si es posible.

—David...

—Renacuaja, si no dejas de decir mi nombre te voy a follar ahora mismo —deja clara su postura rozando nuestros sexos, lo que provoca que vuelva a gemir—, y lo voy a hacer duro —empuja con su cadera—, muy duro —vuelve a empujar y gimo de nuevo—, porque no puedo resistirme más. —Me besa y se separa para susurrar sobre mis labios—: Pones a prueba mi control como nadie nunca antes.

Decidida a dejar de hablar y pasar a la acción, enrosco mis piernas en su cintura y pego mi centro a su erección. Gemimos los dos con cada movimiento de cadera que hago, disfrutamos ambos de esos roces que no son más que un anticipo de lo que está por venir.

—No te controles... —susurro.

—No sabes lo que me pides. —Se queda quieto mirándome.

—Oh, sí... —Mezo mi cadera hasta robarle un gemido—. Sí que lo sé.

Como si hubiese activado algo en él, como si las cadenas que lo retenían se hubiesen roto, se deja ir y de una firme estocada se clava en mi interior. Gimo desesperada, me ha dolido y me ha encantado, al fin le siento dentro de mí, tras tanto tiempo separados al fin volvemos a ser uno. Por fin...

Sus caderas se mueven a un ritmo castigador, sus dedos se han entrelazado

con los míos y mantienen mis manos aprisionadas contra la cama, una a cada lado de mi cabeza. Mi boca sufre el asedio de la suya mientras nuestros cuerpos bailan la danza más antigua.

Siento que el placer se hace insoportable y gimo, se separa de mí, dejando mi boca libre y acelerando aún más las acometidas de su sexo, haciéndome delirar y susurrar su nombre una y otra vez. Cuando el placer me eleva siento que él se deja llevar, juntos volamos y no puedo evitar gritar.

—¡David!

Capítulo 26

Aclararse

Me estiro en la cama y sonrío al recordar lo ocurrido. Me he quedado dormida tras una buena sesión de sexo, no sé la cantidad de veces que he llegado al orgasmo, pero sí que lo he disfrutado mucho, muchísimo. Sonrío y, sin abrir los ojos, me acurruco en la cama, buscando la calidez de David, pero sin encontrarla. Suspiro y con la mano tanteo el colchón por si estuviese más lejos.

—¿Me estás buscando?

Abro los ojos y la claridad me ciega, los entrecierro y me fijo en él. Va vestido únicamente con su *slip*, tiene el pelo revuelto y los labios hinchados por mis besos. Sonrío al verlo cargando con una bandeja y me incorporo levemente, cubriendo mi desnudez con la sábana, de la que él tira sin ninguna contemplación, y me destapa.

—¿Ahora tienes vergüenza? Un poco tarde, Renacuaja, ya vi todo lo que tienes para mí y no hay nada que no me guste.

Se acerca a mí y me besa, haciéndome encoger los dedos de los pies de placer. Suspiro cuando se separa y se sienta a mi lado en la cama.

—Pensé que tendrías hambre... —Me encojo de hombros y noto cómo su ceño se frunce—. ¿Te pasa algo? —Niego y resopla—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Qué...?

—No, aún la conservas, pensaba que así había sido, dado que te has despertado muy poco comunicativa. —Me guiña un ojo y sonrío. Aprovecho para mirar lo que trae en la bandeja y me relamo. Hay fruta, un par de sándwiches, zumo, agua y café.

—Es algo tarde para un desayuno, ¿no crees? —Me río al ver su desconcierto.

—No, no lo creo, son las nueve de la mañana, nena.

Ojiplática, le miro a él, a mi reloj y a las ventanas alternativamente. Hemos pasado la noche juntos, hemos dormido juntos, hemos hecho el amor

tres veces y ahora vamos a desayunar juntos. ¿Podría pedir más? Suspiro como una boba enamorada y David me dedica esa sonrisa matadora que me pone a cien.

—¿Has dormido bien?

—Mmmmm —me muerdo el labio—, como nunca antes.

—Nena, para. —Me mira con lujuria y niega—. No puedo quedarme, tengo que irme a Madrid o el entrenador enviará a alguien a mi casa. Un día puede colar que esté malo, pero dos no. Y no quiero que me descubran... —Me besa la nariz, lo que me hace sonreír y asiento. Ya me extrañaba a mí que estuviese en Valencia en época de Liga.

—¿Cuándo te vas?

—En un par de horas. He venido en coche para poder traer a Thor. Por lo que tengo mayor libertad de acción. —Asiento y en silencio desayunamos.

No quiero pensar en que se va y me deja, pero eso es lo que va a suceder. Hemos pasado una noche increíble, pero la realidad se impone y hay que volver a ella. Él tiene su vida, sus obligaciones, y ha de cumplir.

—Vente conmigo, Alba, vuelve a Madrid y dame una oportunidad.

Contengo el aire y dudo. Cada segundo que yo dudo su rostro se torna más taciturno. Sé que le quiero, como también quiero a Lucas. Sé que quiero intentarlo, pero no sé si estoy preparada para lo que significa ser la pareja de David Rojas. Aparto la mirada y él carraspea incómodo.

—Bien, será mejor que me vaya, aún tengo que preparar mis cosas y despedirme de mi madre.

Ante mi atenta mirada se viste, un espectáculo casi tan erótico como verlo desnudarse, se intenta colocar el pelo con los dedos y se acerca a mí, que sigo en la cama y he recuperado la sábana para cubrirme.

—Cuando sepas lo que quieres, me lo dices. Estaré esperando, pero, por favor, Alba, no me hagas esperar tanto como yo a ti. —Besa mis labios con dulzura y retrocede.

Me despido con la mano, no soy capaz de emitir ni una palabra. Mi noche idílica se ha convertido en una despedida fría y mi convicción de estar lejos de él se tambalea a medida que lo siento alejarse.

Un par de horas después, tras un baño relajante y haber comido algo, agarro mi móvil y decido dar el paso. Es la hora de elegir, es la hora de anteponer lo que yo quiero y decidir. Marco el número de teléfono y espero a que responda.

—¿Alba? ¿Eres tú? Joder, Alba, ya te vale, he estado superpreocupado por ti. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Lucas...

—Dime dónde estás y voy a por ti, tenemos que hablar y no voy a aceptar un no por respuesta.

—Lucas.

—Ni Lucas ni hostias, Alba, dime dónde estás, es de vital importancia que hablemos.

—Está bien, estoy en Valencia, en mi casa.

—¿En Valencia? ¿Se puede saber qué cojones haces en Valencia? A parte de huir de mí, claro... —Resopla y yo suspiro.

—No huí de ti —bufa y yo me apuro a aclarar—, al menos no solo de ti, huí de todo. Tenía que alejarme para verlo todo con otra perspectiva.

—¿Y eso te impide responder al teléfono y tranquilizar a la gente? He estado como loco sin saber nada de ti en casi un mes. Eso no se hace a nadie, Alba, menos aún a los que te quieren.

—Lucas..., lo lamento, pero lo necesitaba.

—Muy bien, y si estás tan feliz en el culo del mundo, ¿para qué me llamas?

—Porque... —Dudo—. Tenemos que hablar.

—¡Ya era hora! Llevo pidiéndotelo desde que te fuiste ¿Vas a volver a Madrid?

—No.

—¿Quieres que hablemos por teléfono? —La incredulidad está patente en su tono.

—No.

—No pienso volver a Valencia, me trae muy malos recuerdos, Alba, no puedes pedirme eso. Es injusto.

—Puede, pero si quieres que hablemos pronto, es lo único que te puedo ofrecer.

—¡Joder! Está bien, iré. Pero más vale que lo que tengas que decirme sea importante, no me gusta la idea de volver ahí. Nos vemos el fin de semana. Ahora he de colgar, tengo que volver al trabajo.

Corta la llamada y me quedo desconcertada mirando el teléfono, ¿quién era ese y qué ha pasado con mi Lucas? Suspiro y me encamino hacia el sofá. Al dejarme caer siento que partes de mi anatomía se resienten y sonrío como una boba al recordar lo ocurrido que ha provocado que esté así de incómoda.

Con ganas de dejar todo aclarado llamo a mi madre, que al parecer está enfadada por no haberle respondido las llamadas ayer. Me disculpo reiteradas veces y le pido que no se preocupe, que estuve tan liada que ni el móvil miré. Estoy segura de que si ella supiese en qué estuve tan ocupada, haría las maletas y se plantaría aquí en lo que tarda en traerla el tren. Sonrío al cortar la llamada, haberla tranquilizado me hace feliz.

A continuación entro al chat grupal con mis amigos y empiezo a leer los más de cien mensajes. Hay saludos, histeria, bromas y amenazas. No les ha gustado mucho que lleve más de veinticuatro horas sin escribirles, porque como bien dice Alex, prometí estar en contacto diario y no he cumplido. Sonriendo por lo preocupados que están, decido contarles algo, pero poca cosa, de lo ocurrido con David.

ALBA:

Hola, perdón por no escribir antes, he estado muy ocupada.

Ayer apareció David por aquí y estuvimos hablando hasta altas horas de la noche.

Le doy a enviar y cuento hasta tres. Tal y como esperaba las respuestas llegan en avalancha y hablando con ellos se me va la tarde. Los he intentado convencer de que me visiten este fin de semana. Ellos no lo saben, pero es cuando vendrá Lucas. Me gustaría contar con su presencia y, aunque parecen bastante reacios, quizá aún logre convencerlos.

Horas después, tras darle mil vueltas y rogar un poco, hemos llegado a la conclusión de que Almudena y Álvaro no pueden venir por los bebés, lo que ellos han repetido varias veces. Alex y Vicky deben quedarse con Clara, que es época de colegio y la niña tiene una rutina. Fran y Miguel tienen sus propios problemas, para estar ocupándose de los míos. Derrotada y sintiéndome más sola que nunca, me voy a la cama. Quizá deba empezar a pensar en volver a Madrid, allí es donde más feliz he sido, al menos así había sido hasta ayer...

Capítulo 27

Decidir

Ha pasado la semana sin apenas darme cuenta. Hoy es sábado y muy pronto Lucas llegará. Le ofrecí quedarse aquí, conmigo. La casa es grande y es una tontería que pague un hotel habiendo habitaciones libres. Estoy nerviosa, verle y la conversación que debemos tener me tiene alterada. Sé que le voy a hacer daño, pero necesito ser sincera con él, a pesar de lo ocurrido recientemente, siempre se ha portado muy bien conmigo.

Tocan al timbre y con la convicción de que solo puede ser él, voy a abrir. Tal y como esperaba ahí está, pero su cara de mala leche me dice que algo no va bien. Como un obús entra en mi casa, deja la maleta en una esquina y, cuando cierro la puerta, lanza a mis pies lo que parece ser una revista. Desconcertada, le miro y espero una explicación.

—Hola, Lucas. ¿Todo bien?

—¿Estás de broma? —Ofuscado, se agacha y recoge la revista, la abre y la coloca ante mis narices—. ¿Cuándo ibas a decírmelo, Alba?

Desconcertada, agarro lo que me tiende y me fijo en las imágenes. Somos David y yo, en la playa. Al parecer alguien fue testigo de nuestro acercamiento y lo ha publicado. Genial...

—¿Cuándo pasó? —Me agarra del brazo y me acerca a él, que de tan alterado que está, tiene las venas del cuello hinchadas y da un poco de miedo—. ¿Antes o después de que me llamaras?

Bajo la mirada y él me zarandea, haciendo que vuelva a alzarla y le plante cara. Libero mi brazo de un tirón y me separo de Lucas lo más que puedo. Su tono y sus formas no me están gustando, por más que lo entienda, creo que se está excediendo.

—No creo que te deba ninguna explicación, tú y yo no somos nada y tú me has mentado mucho más que yo a ti. Por lo que o moderas el tono en el que me estás hablando o mejor te vas de mi casa.

Los dos nos miramos, nos retamos y callamos. No quiero que se vaya así, sin haber hablado, pero si la noticia está en las revistas de cotilleos, no

tardará en saberla todo el mundo, incluidos mis amigos y mi madre... Seguro que se enfadan por no habérselo dicho yo.

—No te reconozco. ¿Qué ha pasado con la chica dulce y amable de la que me enamoré? ¿Dónde está esa mujer?

—Ya no existe. Entre tus mentiras y las de David la aniquilasteis.

Lucas niega y me mira atentamente. No sé qué pasa por su cabeza porque su rostro no refleja nada, sus ojos están fríos y la eterna sonrisa que tanto me gustaba ha desaparecido.

—Voy a dejar la maleta, dime cuál es mi cuarto.

En silencio lo guío hasta el dormitorio y lo dejo solo. Me voy al salón y echo una ojeada a mi móvil. Tengo llamadas de mamá, de David y de mis amigos. Entro en el grupo y lo que leo me lo confirma: ya lo saben.

Suspiro y me siento en el sofá. Lo mejor es esperar a que Lucas baje, que hablemos y aclaremos todo. Después ya veré qué hago con los demás, porque ahora mismo no tengo ni idea.

—Bien, ya estoy aquí. ¿De qué quieres que hablemos? —Le señalo el sillón de enfrente y espero a que se siente. Nos miramos por unos minutos, en silencio y, decidida, cojo aire.

—Cuéntame lo que os llevó a David y a ti a hacer ese pacto, esa promesa.

—¿Quieres saber eso? —Niega y me mira confuso—. Está bien. David desapareció de Valencia cuando lo ficharon. Estuvo meses fuera sin ponerse en contacto con nadie de aquí. Cuando volvió, muchos ya no lo consideraban un amigo, pero yo sí. Por eso me avisaron de que estaba tonteando con mi novia. —Sonríe con malicia y frunzo el ceño, confusa—. El muy iluso mordió el anzuelo que le pusimos delante... —Lo miro desconcertada—. ¿Qué? Me tomas por un angelito que nunca ha roto un plato, muñeca, pero no te confundas, nadie es perfecto.

—Yo... —Estoy confusa, no me esperaba que hubiese sido una encerrona ni su frialdad al admitirlo.

—¿Pensabas que era una historia bonita y de caballeros? No seas ilusa, Alba, teníamos diecisiete años, éramos unos niños. Él se tiró a mi novia y yo le di una paliza. Todos mis amigos vigilaron que nadie se metiera, por lo que ambos nos quedamos a gusto. Cuando estuvimos agotados, paramos, nos miramos y él, el muy estúpido, propuso un pacto. —Ríe y yo me remuevo incómoda—. Nunca más, ninguno de los dos, tocaría lo que es del otro. Acepté, sí, pero no lo cumplí. Siempre me ha parecido una chiquillada por lo

que nunca he respetado el pacto. Aunque tampoco es que él tuviese algo que yo quisiera, al menos hasta ahora. —Su mirada especulativa se clava en mí y me estremezco. ¿Qué ha querido decir con eso? Resoplo y él me mira.

—¿Tuvo algo que ver el que él estuviese en la clínica para que nuestra relación cambiara?

—Joder, Alba, ¿de verdad me estás preguntado eso? —Se pasa las manos por el cuello y me mira—. No, no tuvo nada que ver. No te voy a negar que saber que tenía algo que él quería me alegró más de un día, pero no fue ese el motivo de querer estar contigo. No te menosprecies así.

—No lo hago, solo... —Aparto la mirada al darme cuenta de que tiene razón—. ¿Por qué dijiste esas cosas sobre mí en la boda de Almudena? Yo... no lo entiendo.

—No tengo excusa para eso. —Se echa hacia delante y apoya los codos en los muslos mientras desliza los dedos por su largo cabello—. Al verte mirarlo, la forma en la que se iluminaron tus ojos, cómo sonreías sin darte cuenta. Todo eso me cegó, la ira, la rabia y los celos me llevaron a cometer la mayor estupidez de mi vida. Pero... —Me mira dolido—. Tus ojos nunca me han mirado como a él, nunca. Eso me hirió. No te imaginas cuánto... Aún me duele.

—Lucas..., yo... —Me levanto y me acerco a él, que de un salto se pone de pie y me fulmina con la mirada.

—No quiero tu lástima. ¿Para qué me has hecho venir? Para contarme que estáis juntos. —Bracea alterado—. La revista de cotilleos se te adelantó, pero igualmente: felicidades, muñeca, ojalá no te rompa el corazón como hace con todas.

—Lucas...

—¿Qué? —Me encara y yo retrocedo—. ¿Qué quieres de mí, Alba? Te lo di todo y no fue suficiente, ¿qué más quieres?

—Lo siento...

—Deberías sentirlo.

Se aleja y yo lo dejo irse. Nunca imaginé que me sentiría tan mal por no poder corresponderle. Nunca creí que hacer daño sin ser consciente de ello dolería tanto. Me froto el pecho y me dejo caer en el sofá. Suspiro y cuando voy a revisar mi móvil, vuelve a sonar el timbre de la puerta. Confusa, pues no espero a nadie, camino hacia la entrada. Al abrir, pensando que se habrán equivocado, me llevo el mayor sobresalto de mi vida.

—¡¡Sorpresa!!

Vicky y Alex, Almudena y Álvaro, Fran y Miguel. Los seis. ¡Han venido los seis! Los miro con las lágrimas asomando a mis ojos y me lanzo a sus brazos, que me esperan abiertos como siempre.

—Señorita Alba, nos debe un par de explicaciones. —Vicky, fiel a su estilo, directa.

—Y tanto que nos las debe, yo no lo habría dicho mejor, pelirroja. —Alex da una palmada en el culo a Vicky y sonrío.

—Venga, pasad dentro, que la gente nos mira y solo faltaría que esté la prensa por ahí y mañana salgamos todos en los cotilleos. —Miguel, siempre comedido.

—Claro, pasad. —Me separo de ellos y los guío dentro.

—¿Estás bien? Me he quedado muy preocupada al ver la revista. —Almudena, mi mejor amiga, siempre preocupada por mí.

—Si no lo estaba, ahora lo estará. —Álvaro—. Ella cuidó de ti, ahora yo cuidaré de ella.

—Gracias por venir, chicos, os he echado mucho de menos... —Me limpio una lágrima y sonrío.

—No lo agradezcas tan pronto, Alba, nos debes una cena y mucho alcohol por sacarnos de Madrid y sus frías noches y traernos a Valencia y su clima suave. —Fran me guiña un ojo, sonriente.

—Os quiero, chicos, sois los mejores.

—Alba, ¿qué sucede? He escuchado...

Silencio total. Todos me miran y todos parecen confusos. Lucas parece dolido, como si esperase que estuviésemos juntos esos días y acabase de echar al traste sus planes. Los demás, alucinados, de que él esté aquí. Uno a uno, van saludándolo y, por la mirada de Álvaro, sé que este fin de semana va a traer cola.

Para liberar tensión decido hacer algo, por ello a cada pareja les adjudico un dormitorio y los dejo solos, para que se instalen. En el salón me espera Lucas, que no duda a la hora de reclamarme.

—¿Te doy miedo? ¿Por eso has traído a tus amigos, para que te protejan de mí? De verdad, Alba, cada minuto que pasa me decepcionas más. Yo nunca te haría daño.

—Claro que no. Lucas, lo dejaste muy claro el día de la boda de Almu. Tú no le haces daño... —Vicky viene hacia mí, sola, lo que resulta bastante raro,

y me abraza. Yo nunca he tenido esa facilidad para poner a la gente en su lugar, pero mi amiga es una experta.

—No te metas, Vicky, esto es entre los dos. Cuando tú discutes con Alex no te gusta que nadie se entrometa, respeta. —Sus palabras están llenas de rabia.

—No te confundas, Lucas, quien debe respetar aquí eres tú. Si no le hablas con educación a mi mujer, tendremos una charla muy interesante tú y yo. —Alex, aparecido de la nada, se acerca a nosotras y nos rodea a cada una con un brazo. Yo sonrío al sentir su apoyo y me dejo querer, que buena falta me hace.

—No he ofendido a nadie, Alex, no hace falta que saques el guante y me retes a duelo por su honor. —Resopla—. Ella ni siquiera lo necesita, sabe defenderse muy bien sola.

—Sí, pero me pone mucho cuando hace estas cosas, me recuerda por qué me enamoré de él. Aunque claro, eso tú no lo entenderás, tratando como tratas a las mujeres. —Vicky besa a Alex y yo niego, menuda lengua tiene mi amiga.

La aparición de los demás relaja el ambiente. Preparamos la cena, juntos, y disfrutamos de ella entre risas y bromas. Siento la incomodidad de Lucas, quien antes estaba feliz con mis amigos, y me da un poco de pena, no me gusta que nadie lo pase mal.

De pronto mi teléfono suena y, confusa, miro alrededor. ¿Quién puede ser? Mis amigos están aquí, con mi madre he hablado antes y además está ocupada con los peques de Almu, Lucas... está aquí y me mira alterado.

Observo la pantalla de mi móvil y una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara. Mis amigos al verla empiezan a silbar y a abuchearme, lo que hace que me sonroje y me aleje para responder la llamada de David.

Capítulo 28

Fútbol

—Hola... —Mi voz de tontorróna enamorada me sorprende hasta a mí.

—Alba, dime que no es cierto. —Hay dolor en su voz.

—¿El qué?

—¿Está ahí? —Me callo porque ahora que he entendido a qué se refiere, no sé cómo explicarme. Aunque no tengo que darle explicaciones, ni a él ni a nadie, siento que se lo debo.

—Sí, está aquí. Al igual que mis amigos. ¿Cómo lo has sabido, David?

Silencio... Por mi mente pasan varias opciones, la prensa, a la que descarto casi en el acto, el famoso es él no yo. Lucas, lo que sería estúpido por su parte. Mis amigos, que nunca jamás me traicionarían...

—¿Ha sido tu madre? —Río sin ganas—. Sí, David, Lucas está aquí. Hemos hablado de ti y hemos discutido. Han llegado mis amigos y lo han puesto en su lugar. Ahora están todos en el comedor, de donde he salido para responder tu llamada. Si no tienes nada más que decirme, aparte de reclamos, volveré con ellos.

—Lo siento, nena. —Sueno arrepentido y yo me ablando—. Me han podido los celos.

—¿Estás celoso? —La incredulidad invade mis palabras—. Nunca creí que viviría para ver esto...

—No te cachondees, Alba, no tiene gracia.

—Oh, te equivocas. —Río por lo bajo y le escucho suspirar—. Es un justo pago por todas las veces que tú me hiciste sentir así en el pasado.

—Renacuaja, no te pases...

—¿Sabes algo? —Un sonido similar a un gruñido es toda su respuesta—. Nunca creí que extrañaría que me llamasen así...

—Alba, esto no está bien, te llamé para reclamarte y ahora ya ni recuerdo el qué. —Sonrío al escucharle.

Tras varios intercambios de cosas que quiero hacerle y él a mí, corto la llamada. Feliz, me giro hacia la puerta y ahí está Lucas. Me mira dolido y algo

en mí se rompe. Yo no le deseo mal alguno, pero en el corazón no se manda y al mío le gusta el fútbol, ¿qué culpa tengo yo?

—Era él, ¿verdad? —Asiento.

—¿Va a venir? —Niego.

—¿Estáis juntos?

—Yo... —¿Qué le digo? «Sí» no es del todo correcto, pero «no» tampoco—. Supongo que sí...

—Joder, Alba. —Da un puñetazo a la pared y me estremezco—. ¿Para qué querías que viniera? —Se acerca mí y retrocedo sin darme cuenta—. Habla de una puta vez. Es lo menos que me merezco, una explicación.

—Yo... no... —Carraspeo nerviosa—. No quería perder a mi amigo.

—¿Ah, no? —Está tan alterado que su proximidad empieza a asustarme—. ¿Y qué pensaste? Voy a pedirle al estúpido de Lucas que siga siendo mi paño de lágrimas. ¿Es eso lo que quieres?

Me encojo asustada, me pego todo lo que puedo a la pared y reprimo las ganas de llorar. A veces siento que soy bipolar. Pasar de la felicidad absoluta al miedo no hace más que confirmar esas sospechas, pero es así como me siento y no puedo evitarlo.

—Aléjate de ella, Lucas. —La calma que hay en la voz de Álvaro me hace respirar más tranquila. Con él cerca me siento segura, sé que no va a permitir que me pase nada.

—¿O qué, Álvaro? ¿Vas a alejarme tú?

—Si no me dejas otra opción, sí, lo haré.

Alzo la mirada y veo a Álvaro apoyado en el marco de la puerta, mirándome fijamente, aparentemente tranquilo, pero como dice Almu, se le da bien aparentar calma cuando por dentro hierve.

—Lárgate, esto no va contigo.

—Todo lo que afecta a Almudena va conmigo. Si tú haces daño a Alba, eso hace daño a Almudena, por lo que me afecta a mí. —Se endereza y su gesto tranquilo se torna serio—. Aléjate de ella, Lucas, ahora.

—¿Has visto, Alba? Tus amigos piensan que voy a maltratarte o algo por el estilo. Yo te quiero, no quiero perderte. ¿Por qué has tenido que elegirle a él?

Lucas da un nuevo puñetazo a la pared, esta vez muy cerca de mí y grito, asustada. Mi chillido alerta a los demás, que acuden raudos y al ver la escena se quedan quietos tras Álvaro, que se ha acercado un poco más.

—Lucas, no hagas algo de lo que te puedas arrepentir. —La calma en la voz de Fran me hace mirarlo—. Has bebido mucho, te he visto, y mañana te pesará lo que ahora digas. Déjalo estar, ve a descansar y no compliques más las cosas.

Por extraño que parezca, Lucas le hace caso, retrocede y se aleja, dejando a todos confusos. Yo ni me había fijado en que había bebido, pero claro, Fran siempre se queda con los detalles, él es el más observador, aunque Álvaro no le va muy a la zaga.

Mis amigas se abalanzan sobre mí, me abrazan y me preguntan mil veces si estoy bien. De reojo veo a Álvaro hacer una llamada, pero no le presto mucha atención. Guiada por mis amigas, que se instalan en la cama conmigo, me voy a dormir. Ha sido un día intenso y me hace falta descansar. Paso minutos enteros pensando, sintiendo las caricias en mi pelo de Almudena y la preocupación de Vicky, hasta que Morfeo acude a por mí.

Un ruido me despierta, juraría que es el timbre. Es un sonido insistente por lo que me acabo incorporando en la cama. Miro alrededor y me encuentro sola. Supongo que mis amigas se habrán ido a calentar la cama de sus respectivos maridos. Sonrío al pensar en ellas y el ruido vuelve a sorprenderme. Me desperezo y miro la hora en el móvil. Ni siquiera son las seis de la mañana, ¿quién molesta a estas horas?

Resoplo y me bajo de la cama. De mala gana me pongo la bata sobre el pijama, que ni recuerdo haberme puesto, y bajo hacia la entrada de la casa. Al llegar allí me quedo alucinada por lo que veo. Álvaro está sujetando a David, que entra como un basilisco en mi casa y no deja de blasfemar. Está tan alterado que ni me ve. Pregunta por mí una y otra vez, pero Álvaro lo mantiene en su sitio.

—O te calmas o te echo. No debí llamarte, ¿qué haces aquí? Te dije que todo estaba controlado. ¿Ahora cómo les explico tu presencia a las chicas?

—Esa es una buena pregunta. —Los dos se giran para mirarme. Álvaro parece avergonzado, y suelta a David, que recorre la distancia que nos separa y me abraza fuerte.

—Estaba muy preocupado por ti. No he podido evitarlo, tenía que venir. —Me besa el pelo entre palabra y palabra y yo sonrío estúpidamente.

—¿Qué es ese escándalo?

Fran encabeza la marcha del resto del grupo. Están todos menos Lucas, quien supongo que seguirá durmiendo la mona. Al ver a David, vienen todos a

saludarlo y dada la poca disposición de volver a dormir, vamos a la cocina a preparar café.

Empezamos hablando de por qué está aquí, lo que resulta obvio para mí puesto que Álvaro le llamó, y acabamos riendo. Poco a poco el cansancio se hace evidente en los rostros de todos y acabamos por irnos a la cama cerca de las ocho. Conmigo me llevo a David, que podría irse a casa de su madre, pero no quiero que me deje sola. Ha cruzado media España para verme, pues ahora que me vea y me sienta.

Se quita la ropa ante mí y no pierdo detalle, con el *slip* y nada más, se mete en la cama. Yo, tras quitarme la bata, hago lo mismo. Su brazo me rodea y me acerca a su firme pecho, proporcionándome la calidez necesaria para caer rendida en pocos minutos. En ningún sitio se duerme mejor que entre sus brazos.

El brillo del sol que entra por las persianas impacta en mis ojos y me hace despertar. Lentamente lo ocurrido ayer, la bronca con Lucas y la visita inesperada de David, vuelve a mí. Abro los ojos y lo busco, pero no está. Confusa, me levanto, me pongo la bata y bajo las escaleras lo más rápido que puedo. Las voces que salen de la cocina me guían a donde están los demás. Ni Lucas ni David están con mis amigos y no sé cómo tomarme eso. Desconcertada, miro hacia el jardín, no hay nadie. Cuando voy a salir de la cocina la voz de Álvaro me detiene.

—Se han ido.

—¿Por qué? —Confusa, los miro a todos, no entiendo nada.

—David tiene partido hoy y si el entrenador se entera de que estuvo aquí, va a tener problemas.

—Ah... —Ni siquiera había pensado en eso, mi egoísmo me asusta, no me gusta, debería haber pensado más en él.

—Lucas ha decidido que no tenía nada que hacer aquí, se fue antes que David.

—Vale. Voy a ducharme...

La necesidad de estar sola me lleva a huir de esta situación. Las miradas de mis amigos me siguen hasta que abandono la cocina. Veloz, subo las escaleras, cojo mi móvil y le envío un mensaje a David.

ALBA:

No deberías haber venido.

No quiero que tengas problemas por mi culpa.

Lo siento. Besos.

Me voy a la ducha y, con el agua de la alcachofa, dejo que mis lágrimas corran. No sé qué me ha pasado, yo nunca soy tan egoísta. Siempre pienso en los demás. Quizá estar sola no me está haciendo bien, quizá debería volver a Madrid. Quizá...

Dejo que mis dudas, mi indecisión y todas las razones para estar sola se las lleve el agua. Al enjabonarme percibo que además de mi cuerpo estoy limpiando mi alma y sonrío. Siento que es lo mejor que puedo hacer, que debo volver.

Con la decisión de regresar a Madrid tomada, salgo de la ducha. Tras arreglarme, bajo a ver a mis amigos, que están haciendo planes para volver a casa. Como no saben que los escucho me quedo alucinada por lo que dicen. Ellos, al igual que yo, creen que estar sola no me está haciendo bien y planean llevarme de regreso a Madrid, aunque sea contra mi voluntad.

Escuchar a Vicky decir que el secuestro no es una mala idea hace que me ría y que todos me miren. No parecen muy preocupados por haber sido descubiertos, pero enseguida decido contarles mi decisión. Así evito las medidas desesperadas de mi amiga.

—No os preocupéis, he decidido volver a casa. No habrá necesidad de secuestro.

Todos ríen felices por mis palabras y nos ponemos manos a la obra. Pasamos la mañana empaquetando mis cosas. Insisten en llevarme con ellos, no sea que vuelva a cambiar de idea, lo que me hace mucha gracia. Una vez está todo recogido, bajamos las maletas hasta la entrada. Para no ensuciar la cocina, pedimos unas pizzas y al acabar de comer, seguimos con las labores para cerrar de nuevo la casa por una buena temporada.

Al llegar la hora del partido del Atlético de Madrid, nos plantamos todos delante de la tele. Estamos deseando ver a David, para confirmar que todo ha salido bien, pero no sale. Él hoy no juega y, sabiendo que le habían convocado, me preocupa. Es la estrellita del equipo, no se pierde ningún partido. ¿Qué habrá pasado?

Mis amigos parecen igual de desconcertados, nadie se esperaba que David no estuviese en el partido. Las opciones empiezan a salir de boca de uno y de otro, lo que me va preocupando más a cada minuto y me influyen para acabar pensando lo peor.

Por mi mente no dejan de cruzar posibilidades, a cada cual más escalofriante. ¿Le habrá pasado algo? Desganada y preocupada, apago la tele

y acepto la propuesta de irnos a Madrid cuanto antes, aquí ya no se me pierde nada. Con el móvil en la mano, me subo al coche que me lleva de regreso a la capital, necesito verlo para saber que está bien y esta vez me toca ir a mí a buscarlo.

Capítulo 29

Mi turno

Las horas que nos lleva llegar de Valencia a Madrid no dejo de llamarle, de enviarle mensajes y de suplicar que no le haya sucedido nada. No es típico de él no responderme las llamadas, o eso creo, porque la verdad es que nunca hemos hablado mucho por teléfono...

La desesperación de no saber nada de él va a más a cada kilómetro que nos acercamos a la capital. Mi cabeza no deja de imaginar los posibles desastres que le han impedido jugar y ninguno me tranquiliza precisamente.

La continua presencia de Almudena a mi lado, tratando de animarme y sacarle hierro al asunto no ha logrado su propósito. Siento que las cosas no andan bien, en mi interior algo grita que le ha pasado algo y no sé qué hacer. Al divisar las luces de la ciudad en la lejanía mi estómago está hecho un nudo y el aire casi no llega a mis pulmones. Decidida a sacarme la duda miro a Álvaro.

—Esto..., Álvaro. Tú le conoces, ¿sabes dónde vive?

A través del espejo central cruzamos la mirada y él asiente. No es de hablar mucho, pero la verdad es que ahora tampoco lo necesito. En la siguiente rotonda se desvía, alejándonos de los demás, y llevándome a plantar cara a mi futuro.

Los minutos se me hacen eternos, no sé bien qué espero de David, de su casa o de la zona donde reside, pero para nada es lo que encuentro. Estamos en una zona de chalets enormes, con jardines por todos lados, muy tranquila y con vigilancia. Así debe de ser como viven los ricos...

No pierdo detalle de la zona, de la gente que pasea por la calle a pesar de las altas horas de la noche, ni de la casa ante la que se detiene nuestro coche. Cojo aire y con decisión me bajo, camino hacia el timbre, que es lo último en tecnología y tiene vídeo, llamo y solo el silencio me responde. Insisto y nada. Desesperada pego mi dedo al botón y una señora con cara de pocos amigos aparece en la pantalla.

—¿Se ha perdido, señorita? No son horas de molestar en una casa decente.

—Me sonrojo abochornada, ni sé qué hora es, pero tarde, seguro.

—Lo lamento, estoy buscando a David...

—Usted y medio Madrid, lleva desde ayer desaparecido.

Me quedo anonadada mirando el rostro de la señora, que no parece ser consciente del daño que me acaba de causar. Sigue parloteando y no me entero de nada de lo que dice.

—¿Desea algo más? ¡Señorita! —Fijo mi mirada en la mujer de nuevo y niego—. Buenas noches y procure no volver, no nos gustan las fans desesperadas.

Pero... ¿qué le pasa a esta mujer? Me quedo como una estatua mirando la pantalla, que ya se ha oscurecido, sin dar crédito a lo que ha dicho. Desolada y sin saber qué hacer rompo a llorar.

David ha desaparecido.

Nadie sabe dónde está y yo me siento culpable, por ir a verme a mí ayer se alejó de su casa, de su rutina y de la seguridad que estas le aportan.

Siento que un brazo rodea mis hombros y me guía hacia el coche de nuevo. No necesito mirar para saber que es Almudena, no dice nada, pero no es necesario, la señora hablaba lo suficientemente alto para que ambos escucharan todo lo que ha dicho.

Desesperada, vuelvo a llamarlo al tiempo que Álvaro enciende de nuevo el coche y se aleja de mi última esperanza. Sin nadie más a quien recurrir, llamo a doña Gloria, espero que ella sepa dónde está...

—¿Sí?... —Tiene la voz pastosa, como si acabara de despertarse, lo que me recuerda que es muy tarde.

—Hola, doña Gloria, disculpe que la moleste. ¿Sabe dónde está David?

—¿Alba? Niña, ¿para qué me llamas a estas horas?

—Disculpe, es que necesito hablar con él y no lo localizo...

—Ah..., es muy típico de David perder el móvil o perderse él. Suele irse a dormir a hoteles o de fiesta hasta muy tarde para evitar a la prensa o las fans. Seguro que mañana aparece como si nada, no te preocupes.

Su voz me calma, aunque lo que me dice no. David está habituado a vivir sin dar explicaciones, de fiesta en fiesta y de cama en cama. ¿Es realmente eso lo que yo quiero en mi vida? La confusión y el cansancio hacen mella en mí, por lo que decido cortar la llamada sin dar explicaciones y refugiarme en mi casa, mañana será otro día...

Al llegar a casa, mi madre me espera ansiosa por verme, me abraza y no

deja de hacerme preguntas. Como una autómatas respondo, me despido de mis amigos, que parecen preocupados, y me voy a la cama. Entre unas cosas y otras ya son casi las tres de la madrugada y estoy muerta. Seguro que mañana todo se verá más claro.

Por la mañana, el olor del café me despierta. Me pongo la bata y acudo a desayunar con mi madre. Aunque no suelo levantarme tarde, hoy necesitaba descansar. Me siento para desayunar y mis ojos van al televisor, es muy raro que mamá vea cotilleos, pero justo eso es lo que hay en la tele, corrillos de marujas. Sin muchas ganas me fijo en lo que dicen y el café que acabo de tragar se me amarga en el estómago.

Están hablando de David.

Ayer me moría de la preocupación por él y resulta que estaba por ahí con una mujer. Indignada, apago el televisor y camino hacia mi cuarto. Lo mejor para olvidar el daño es salir a correr, una ducha relajante después y olvidarme de los hombres, son todos unos desgraciados.

Más de una hora después, al salir de la ducha, veo la pantalla de mi teléfono iluminada y me acerco a curiosear. Tengo diez llamadas perdidas de David y miles de mensajes. Lo ignoro, al igual que él hizo conmigo ayer, y me visto.

Golpes en la puerta del piso me sobresaltan cuando estoy recogiendo mi melena en una cola de caballo, me asomo a ver qué sucede y veo a un alterado David discutiendo con mi madre. Está enfadado y no entiendo la razón, si alguien tiene derecho a estarlo, esa soy yo.

—¿Qué haces aquí? —Los dos se callan y me miran. Mi madre regresa al cuarto, donde los niños de Almudena descansan, y nos deja solos.

—Nena, tengo que contarte algo... —Parece desesperado, pero lo ignoro.

—No hace falta, ya lo he visto en la televisión. —Seca y cortante, así le respondo.

Me mira confundido y empieza a negar mientras se acerca a mí. Mi reacción nos sorprende a ambos, pues alzo una mano y le detengo cuando está a solo un par de pasos. Tiene un chupetón en el cuello, lo que solo hace confirmar mis sospechas.

—Alba, no sé lo que has visto, pero no es lo que ha ocurrido. Me...

—No quiero saberlo. Ayer te busqué, fui a tu casa, te llamé mil veces y pregunté a tu madre por ti. Estaba tan preocupada... —Me río sin ganas.

—Nena...

—No, David, no me llames así. Yo no voy a ser una más de tus conquistas. Una muesca más en el cabezal de tu cama. Me niego a que me humilles de esta forma.

—Alba, joder, no sé qué has visto, pero...

—Pero ¿qué? —Me altero más y lo miro furiosa—. ¿Vas a negarme que pasaste la noche en un hotel, que contigo había una rubia muy atractiva y que la marca en tu cuello te la hizo ella?

—¿Qué cojones? —David corre hacia la entrada y se mira al espejo. Las diatriba de palabras malsonantes que salen por su boca me hacen sonrojar—. No sé cómo ha llegado ahí, es lo que intento decirte.

—Oh, qué ocurrente. Creo que te equivocaste de profesión, en vez de futbolista deberías ser actor, se te da bien.

—No estoy mintiendo, fingiendo ni nada que se le parezca. ¡Me drogaron!

—¿Qué? —Asustada me lo quedo mirando, ¿será cierto?

—Lo que estás escuchando, Alba. No sé quién fue. —Se pasa las manos por el pelo revolviéndolo de una forma muy *sexy* que me distrae—. Al llegar de Valencia fui directo al campo de fútbol, llegaba tarde a la concentración y sabía que el entrenador me iba a montar una gorda. Me bajé del coche y alguien me pinchó en el cuello. ¡No sé qué era ni quién lo hizo! —Se pasea de un lado a otro alterado y empiezo a dudar, a pensar que su historia quizá sea cierta—. Me desperté esta mañana en un hotel, con una rubia y sin saber cómo había llegado allí.

—Qué conveniente...

—Lo primero que hago es venir a verte, antes incluso de ir a poner una denuncia, ¿y es así como me recibes? ¡Joder, Alba! Te estoy contando la verdad.

—Yo..., lo siento. —Avergonzada por desconfiar de él, me siento en el sofá.

—No te imaginas lo que sentí al abrir los ojos y ver a la tía esa... —Me mira y suspiro, parece dolido—. Solo era capaz de pensar en ti, en lo que ibas a pensar y en lo que tendría que hacer para que me creyeses. —Se encamina hacia mí, se acuclilla frente al sofá y agarra mis manos entre las suyas. Me mira a los ojos y dice con convicción:

—Yo te quiero, Renacuaja. Ahora que por fin estamos juntos, no voy a cagarla. Esto ha sido una encerrona... ¿Qué te pasa?

Mis ojos se han inundado y lo veo borroso, pero sigue siendo el hombre

más guapo que he visto nunca. Sus ojos chocolate son mi debilidad y... me quiere. ¡Me ha dicho que me quiere!

—Alba, ¿estás bien?

—Yo también te quiero.

David sonrío, atrapa mi rostro entre sus manos y me besa con dulzura. Al separarnos, nos miramos a los ojos y los dos sonreímos como dos bobos enamorados, sonreímos como lo que somos.

Decidida a aclarar todo, me levanto, me despido de mi madre, doy un beso a los peques y salgo con David hacia la comisaría. Es la hora de buscar al culpable de lo ocurrido ayer y que pague por lo que hizo.

Capítulo 30

No me lo creo

Han pasado varias horas, en las que nada ha quedado claro para la policía, pero sí para mí. Él no me ha mentado, lo que cuenta es real y saber que alguien ha intentado hacerle daño me preocupa. Cuando por fin, tras miles de preguntas, nos dejan salir de la comisaría, la prensa nos espera en la puerta.

David agarra fuerte mi mano entre las suyas y me guía entre los reporteros y fotógrafos, que no dejan de gritar preguntas a las que ninguno de los dos responde.

A lo lejos veo un coche que reconozco y siento cómo David tira de mí hacia dónde está Alex. ¿Qué hace él aquí? Entramos en la parte de atrás del coche y este arranca, alejándonos de la prensa y sus ansias de saber.

—Gracias, Alex. Llévanos a mi casa, tenemos que hablar. —Alex asiente y David le da la dirección.

El trayecto se lo pasan hablando de los pormenores del caso, de la denuncia, de lo que recuerda y de posibles culpables. Doy por hecho que Alex va a ser el abogado de David y sonrío. Me gusta que se esté relacionando con mis amigos.

Al llegar a la casa de David, entramos con el coche y miro a mi alrededor alucinada. Es una mansión de líneas modernistas con un jardín impresionante. Alex detiene el coche ante la puerta y los tres nos bajamos. Al ir a abrir la puerta, la señora de la noche anterior se adelanta y, todo sonrisas, se acerca a David.

—Buenos días, señor, cuánto me alegro de verlo. ¿Quiere que le prepare algo?

—Buenos días, Rosa. Café, llévalo a mi estudio.

David me rodea con su brazo y me guía al interior de la casa, en ese momento la mujer me mira y parece asustada. Le guiño un ojo para tranquilizarla, imagino que recibirá muchas visitas como la mía de ayer y no quiero causarle problemas. Ella asiente y se va sonriendo hacia lo que deduzco es la cocina.

Alex y David hablan de lo ocurrido, de cómo proceder y miles de cosas más en las que no me centro. Mi mirada vaga alrededor, está todo lleno de libros y ordenado. A través de la ventana se ve el jardín y eso aporta tranquilidad al lugar. De pronto, Alex se despide y quedamos los dos solos.

David me pide que me acerque a él y, sonriendo, lo hago. Me siento sobre sus piernas y nos besamos, nos acariciamos y susurramos palabras de amor hasta que Rosa regresa para avisar que la comida está en la mesa.

Después de comer, David me lleva a casa y se va al campo de entrenamiento. Allí le esperan más explicaciones y pruebas médicas para comprobar que lo que le han inyectado no afecte a su rendimiento o su salud.

Han pasado varios días en los que la felicidad es la conductora de mi vida. Sonrío todo el tiempo, lo que provoca las burlas de mis amigos, y David no deja de sorprenderme. Hasta mi madre está anonadada con la dedicación que pone a nuestra relación.

De Lucas no he vuelto a saber nada, supongo que cuando regrese al trabajo lo veré. He decidido darle espacio para que supere lo nuestro y después intentar de nuevo ser amigos. Creo que es lo mínimo que se merece. No he sido justa con él y soy consciente de ello.

Esta noche he quedado con David para ir a cenar, me ha pedido que me arregle mucho y estoy en ello. Vestido rojo ajustado, melena lisa suelta, maquillaje ligero y labios rojos. Mi abrigo negro por si hace frío y los zapatos y el bolso en rojo y negro combinado.

Me miro al espejo y me siento guapa, atractiva, por lo que sonrío, espero que a David también le guste. Me encamino hacia el salón, donde mi madre espera y me despido de ella. En mi móvil hay un aviso de que David ya está abajo, me extraña que no suba a por mí como hace siempre, pero, sonriendo, bajo yo, no me pierdo por ir sola.

El conserje me abre la puerta y la escena que me presenta me deja alucinada. David y Lucas están discutiendo. No les alerto de mi presencia, pero escucho todo lo que se dicen, cosa que es muy sencilla dado el elevado tono de sus voces.

—¿Cómo pudiste hacer eso, Lucas? Es rastrero hasta para ti.

—A rastrero no te gana nadie, no me jodas. Lo hice por Alba, ¡tú me la quitaste! —Se acerca amenazante a David.

—No, yo no te quité nada, tú la perdiste. —David parece más calmado,

aunque creo que es pura fachada.

—¡Yo no perdí nada, me la robaste, al igual que la plaza en el equipo!

—¿Cuándo vas a dejar el pasado atrás? Han pasado años y sigues con lo mismo, ¡madura de una vez!

—No puedo olvidarlo, me jodiste la vida. —Lucas parece derrotado y me da pena, por lo que hago amago de acercarme.

—¿Y eso te da derecho a drogarme? —¿Qué? No, no puede ser... Él no...

—Sí, eso me da derecho a lo que quiera. Es una pena que la rubia no fuese más convincente, Alba debería haberte dejado.

—Estás loco, Lucas, háztelo mirar. ¡Alba es ¡mi! pareja! A ver si te entra en esa cabeza dura que tienes.

—Nunca, haré hasta lo imposible por recuperarla. Ella volverá a ser mía.

Se acercan peligrosamente, parece que van a pasar a las manos y por ello intercedo. No he asumido aún lo que acabo de escuchar, pero es mejor que deje clara mi postura.

—Ni lo intentes, Lucas. —Doy un paso hacia ellos—. Acabo de escuchar todo lo que necesito saber de ti. —Los dos se giran al escucharme, David parece frustrado y Lucas avergonzado—. Es mejor que te vayas, no quiero volver a verte, ni a hablar contigo. —Me acerco despacio hasta David y entrelazo mis dedos con los suyos—. Lo que tú y yo tuvimos ya pasó, no quiero problemas, Lucas, pero si no te alejas de nosotros iré a la comisaría y testificaré todo lo que acabo de escuchar.

—No serás capaz... —El miedo se percibe en sus palabras.

—No me pongas a prueba. —Aprieto la mano de David para darme fuerzas y continúo—: Yo nunca te mentí y pensaba que tú tampoco lo habías hecho, ahora mismo no sé qué pensar de ti, no te reconozco... ¡No sé quién eres!

David me rodea con el brazo libre y me besa en la sien. Sabe lo que me está costando decir esto, yo no soy una persona de discusiones ni enfrentamientos, no guardo rencor ni me enfado por nimiedades, pero ha intentado separarnos de la peor manera.

—¿Por qué lo hiciste, Lucas? No entiendo qué pudo llevarte a delinquir, porque eso es lo que has hecho, ¡cometer un delito! ¿Pensaste siquiera en las consecuencias?

Lucas aparta la mirada y parece abochornado. Me mantengo firme en mi decisión, es cierto que me cuesta porque llegué a quererlo mucho, aún lo quiero, quizá no como él espera, pero eso no significa que no me duela su

traición.

—Adiós, Lucas, espero que te vaya bien y superes el pasado. Ya es hora de que vivas por ti y no por los demás.

David, con mi mano aún aferrada con la suya, me guía hacia su coche y juntos nos perdemos en la noche madrileña. La que iba a ser la cita ideal se ha convertido en una noche de revelaciones, pero seguro que mi novio me hará sonreír de nuevo. Se le da muy bien eso...

—David.

—¿Sí, Renacuaja?

—Quiero que retires la denuncia.

—Pero... —Le miro y suspira—. Está bien, lo haré por ti, pero antes hablaré con Alex, necesito cubrirme las espaldas.

—Lo entiendo. —David aparta la mano de la palanca de marchas y entrelaza sus dedos con los míos, que reposan sobre mi pierna, justo en el borde de la falda.

—No te he dicho que estás preciosa, nena, pero lo estás. Eres la mujer más *sexy* de todo Madrid.

Alza nuestras manos unidas y besa la mía, haciéndome sonreír, tal y como predije. Si alguien puede borrar el dolor de mi alma, ese es David.

Epílogo

Tres meses después...

Estamos en pleno verano, David está de vacaciones y hemos decidido aprovechar para volver a Valencia. Hemos pasado la semana solos, amándonos y esquivando la prensa. Al principio me agobiaban mucho, pero ahora ya me he acostumbrado a que me sigan a todas partes. Son como moscas que hacen mucho ruido e incordian un poco, pero no me molesto ni a mirarlos.

He hablado de muchos temas con David, juntos descubrimos que tenemos muchas cosas en común y disfrutamos de ello. Tal y como esperaba, se entiende a la perfección con mis amigos y eso me hace enormemente feliz.

Un día, hace más de un mes, me presentó a sus compañeros de equipo y me acogieron tan bien que aún no me lo puedo creer. Es verdad que hubo algún comentario subido de tono y alguna puya a su soltería o falta de ella, lo que provocó risas y buen rollo. Sus compañeros son maravillosos, la mayoría al menos, y desde entonces hemos salido alguna vez con ellos a celebrar las victorias.

¿Quién lo diría? Con lo poco que me gustaba y ahora el fútbol ha entrado en mi vida por la puerta grande. Entre que conozco al equipo, que mi novio es el delantero y que mis amigos también lo siguen, ir a los partidos se ha convertido en un hábito. Me hice socia y tengo asientos asignados para ver todos los partidos de Atlético de Madrid en casa. Podría decir que soy su mayor fan, pero mentiría. A todo hay quien gane.

Las cosas se han calmado mucho en mi vida, he vuelto a Animals, donde Lucas ya no trabaja. Al parecer regresó con su familia y abrió una pequeña clínica por su cuenta. Me alegra saber que le va bien, nunca le he deseado mal alguno. Mi trabajo me da muchas satisfacciones y seguro que a él le pasará lo mismo.

David, tras hacerle firmar un papel en el que confesaba por si las cosas se ponían feas de nuevo, fue a comisaría y retiró la denuncia. Por suerte, parece que eso ha quedado en el pasado y que podemos olvidarlo, aunque Alex tiene guardada toda la información del caso, ahora es el abogado de David, es quien lleva todos sus asuntos legales y verlos juntos me gusta mucho. Hacen un buen equipo.

El timbre de la entrada me sobresalta, estoy en el jardín, acostada en una hamaca sobre el firme pecho de mi novio y me amarga tener que ir a abrir. De reojo busco sus ojos y sonrío, está dormido y a mí me encanta verlo tan relajado. Con cuidado de no despertarlo, me incorporo y camino hacia la cocina. Acaricio a Thor, que está tirado en la hierba descansando cerca de su dueño, y me voy a abrir la puerta.

Antes de verlos ya sé que son ellos, les estaba esperando, pero lo que no me esperaba era el ruido que hacen al entrar. Están todos, esta vez no falta nadie. La pandilla al completo de vacaciones.

Alex y Vicky con Clara, que se abraza a mí nada más entrar. Desde que Vicky la adoptó, siempre me ha llamado tía y yo orgullosa de serlo la cojo en brazos y la lleno de besos.

Almudena y Álvaro entran empujando el carrito de los mellizos. Cada día dan más guerra ese par, pero los adoro casi tanto como sus padres. Álvaro sonrío y con ello sé que todo está bien.

Mi madre entra tras ellos, me guiña un ojo y corre tras los niños, se ha tomado muy en serio su papel de abuela postiza y disfruta de ello.

Tras ella llega Fran, que me abraza con fuerza, y Miguel, que me sonrío y entra tras su pareja. Estos dos siempre están alegres y me encanta verlos así.

¿Quién diría que acabaríamos todos siendo tan felices?

Los acompaño hasta la cocina, desde donde compruebo que Clara ya ha saltado sobre David y le hace cosquillas, poniendo así fin a su siesta. Me apoyo en el marco de la puerta y observo a mis amigos, a mi familia. Sonrío al ver aparecer a doña Gloria y camino hacia ellos, ahora sí que estamos todos.

—¿Alguien sabe dónde está Fran?

La voz de Miguel nos sorprende a todos, que le miramos confusos. Negamos uno tras otro y la preocupación de su rostro nos altera a todos. Mis ojos se dirigen a Vicky, que no parece tan preocupada y frunzo el ceño.

¿Qué sabrá ella que los demás no?

Ese par siempre se cuenta todo, si Fran ha desaparecido, ella seguro que sabe dónde está. Lo mismo que pienso yo, parece pensarlo Miguel, que se planta frente a ella.

—¿Dónde está?

Todos les miramos, él parece convencido de que ella lo sabe y todos esperamos la respuesta. Por su sonrisa, muy típica de Vicky, sí, lo sabe.

—No puedo decirlo, Miguel, confómate con saber que está bien y que va a afrontar su destino. Ya era hora de que Fran aceptara cuál es su realidad.

Sobre la autora

Cristin Ferro nació en Gomariz, una localidad de Ourense, el 23 de Julio de 1986.

Desde pequeña ha sido una lectora empedernida, devorando todos los libros que cayeran en sus manos. A medida que pasaron los años, fue decantándose por la romántica sin descuidar los demás géneros. De niña escribía pequeñas cosas, relatos o poemas que con los años se perdieron. Colaborando con una amiga crearon un blog donde realizan reseñas de todo tipo, y con el apoyo de la misma, empezó a escribir de nuevo, dejando así salir lo que llevaba dentro. Publicó por primera vez su novela: *Las vueltas que da la vida* (2016), *Los líos de Almudena* (2017), bajo el sello digital *Bookit* de Lxl Editorial, y ahora, nos presenta *Las decisiones de Alba*.

